

2003-10

Ciudadano N. Crónicas de la diversidad

Reguillo-Cruz, Rossana

Reguillo-Cruz, R. (2003). Ciudadano N. Crónicas de la diversidad. Tlaquepaque, Jalisco, México: ITESO.

Enlace directo al documento: <http://hdl.handle.net/11117/225>

Este documento obtenido del Repositorio Institucional del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente se pone a disposición general bajo los términos y condiciones de la siguiente licencia:
<http://quijote.biblio.iteso.mx/licencias/CC-BY-NC-ND-2.5-MX.pdf>

(El documento empieza en la siguiente página)

Ciudadano

Crónicas de la

diversidad

ROSSANA REGUILLO CRUZ

Primera reimpresión
Prólogos de Jean Franco y Carlos Monsiváis



ITESO

Ciudadano

*Crónicas de la
diversidad*

Ciudadano

Crónicas de la diversidad

ROSSANA REGUILLO CRUZ

Primera reimpresión
Prologos de Jean Franco
y Carlos Monsiváis



ITESO

Primera edición: 1999
Primera reimpresión: 2003

La presentación y disposición de *Ciudadano N. Crónicas de la diversidad*, son propiedad del editor. Aparte de los usos legales relacionados con la investigación, el estudio privado, la crítica o la reseña, esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, en español o cualquier otro idioma, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, inventado o por inventar, sin el permiso expreso, previo y por escrito del editor.

D.R. © 2003, Instituto Tecnológico y de Estudios
Superiores de Occidente (ITESO)
Periférico Sur Manuel Gómez Morín 8585,
Tlaquepaque, Jalisco, México, CP 45090

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

ISBN 968-5087-10-5

Para mis hijos Daniela y León, que desde la frescura y
el coraje de vivir dan testimonio cotidiano
de que las palabras, aún, tienen sentido

Prólogo a la primera reimpresión

Jean Franco

"La ciudad es un itinerario" concluye uno de los protagonistas de los breves capítulos que componen *Ciudadano N. Crónicas de la diversidad* y lo que tienen en común los itinerantes es su coincidencia en el mismo espacio y el mismo tiempo, en la ciudad de Guadalajara y en el presente. Inmersa en la ciudad, Rossana Reguillo Cruz esquivo toda generalización para entrar en las conciencias de los Joaquines y Fernandos, de las Ángelas y Dolores. Escritas en tercera persona, cada crónica resume una vida y una táctica de supervivencia. Aquí desfilan niños y niñas que viven en la calle, jóvenes sometidos a la represión de la policía, señoritas aburridas y aficionadas a la poesía, los que son rechazados y los que erran por las calles.

En el siglo XIX, el costumbrismo captaba el proceso de cambio y la rápida desaparición de las tradiciones ante la modernización. Autores como Antonio García Cubas en el *Libro de mis recuerdos* y Guillermo Prieto en sus cuadros de costumbres describían tipos como "el aguador", ya anacrónicos en el mundo moderno. Aunque sentían cierta nostalgia por su próxima desaparición esto no disminuía su entusiasmo por la modernización que iba a borrar todo lo antiguo, como anticipo de un futuro más claro. Como miembros de la *intelligentsia* no podían ver más allá de

• • •

lo típico, de las actitudes, las maneras de vestir y los lenguajes asociados con oficios. En contraste con el costumbrismo, los textos de *Ciudadano N* se detienen en la singularidad de las personas. Cada narración destaca una historia particular de personas, cuyo lazo social es su convivencia en la misma ciudad y en el mismo tiempo. Al escribir la crónica, Rossana Reguillo quiere parar el flujo momentáneamente para enfocar la atención y captar un presente que puede perderse en la rutina. Constata que "a fuerza de repetir el ritual se pierde la capacidad de asombro y cada noche, al regreso, las mil historias que pudimos conocer se diluyen, se deshacen como espuma en un movimiento que no cesa". La línea recta que conducía al futuro se ha transformado en un itinerario oblicuo; "todo es tan diferente y, al mismo tiempo, nada ha cambiado. La vida se hace de estos circuitos en que nos construimos a nosotros mismos con música de fondo".

Aunque Guadalajara es el escenario de estas vidas, casi todo el mundo hoy en día se siente habitante de este mundo incierto. Los promotores del neoliberalismo insisten que no hay alternativas. Los alientan la crisis de las grandes causas, la atomización de la existencia y la degradación de la política. El balance del neoliberalismo sin embargo ha dejado a 40% de la población global debajo del nivel de pobreza, a la vez que la lucha por la supervivencia mínima se hace en un ambiente de ofertas múltiples y sofisticadas, desplegadas en anuncios de la calle, en la televisión, en los *malls*. Por cuanto esfuerzo que se hace, esta cornucopia está fuera del alcance de la mayoría. Además, en México, un país que ha pasado por la devaluación del peso y la crisis monetaria, mucha de la gente, aun de la clase media, ha vivido una degradación de la calidad de vida. Entre los que tienen y los que no tienen se ha abierto una brecha y cunde el miedo por ambos lados. Mientras sectores de la población son condenados, en palabras de Rossana Regui-

♦ ♦ ♦

llo, a "la muerte social", los más acomodados viven en enclaves blindados, en fortalezas y transitan por las calles en auto. En "Fast Food", una de las crónicas de *Ciudadano N*, niños pobres invaden el "aséptico restaurant" donde Marcela está comiendo con sus amigas. Los trabajadores intentan expulsarlos al bando de los pobres, pero una entre ellos agarra la pata de la mesa de Marcela. La escena es captada magistralmente en una sola frase: "Un segundo, una mirada cruzada, bastaron para que Marcela y la feroz luchadora se contaran sus vidas". Si la ciudad tiene una virtud es esta —que es difícil evadir ciertas realidades aunque no siempre conducen a una toma de conciencia.

Para los nuevos inmigrantes, la ciudad presenta un perfil amenazante; pronto descubren "que había fronteras y territorios vedados para ellos". Como otros sectores de la población, sobre todo los jóvenes y los viejos, son condenados a la muerte social o a la no ciudadanía. "El derecho de tener derechos" no alcanza a ellos. En la ausencia de infraestructuras que protejan a los sectores más vulnerables, como los enfermos, los ancianos y los sin trabajo, estos sufren y mueren en la soledad. Los jóvenes que todavía no se han convertido en obedientes o resignados son considerados sospechosos simplemente por su edad. Son presas fáciles de la policía que, como no se atreve a perseguir a narcos y gatilleros, criminaliza la juventud. Aunque estas situaciones son cotidianas, repetidas en miles de ciudades, no resta la singularidad de sus protagonistas que también nos recuerda que México no sólo es el Distrito Federal.

Guadalajara, famosa por sus costumbres conservadoras (uno de sus gobernadores trató de prohibir la minifalda), de hecho ha intensificado el extraño encuentro del fundamentalismo del mercado con el fundamentalismo valórico, característico del neoliberalismo.

De un lado, el mercado estimula la liberalización de costumbres y, por otro, grupos de presión frenan la liberaliza-

• • •

ción, sobre todo cuando se trata de la sexualidad. Por esta razón es difícil hablar de hegemonía, en términos gramscianos, porque en estos lugares donde las múltiples ofertas de consumo son inalcanzables para la mayoría no hay sentido común aceptado por todos. En tales circunstancias no es sorprendente el aumento de la criminalidad ni que "el diler" de drogas se convierta en hombre de negocios. A su vez, la criminalidad hace necesarias *medidas de seguridad* para proteger a los ciudadanos acomodados.

La ciudad también impone la disciplina a cada sujeto. Determina trayectorias y prohibiciones, erige fronteras y vigila lugares de encuentro. A la vez sociología urbana y ensayo, testimonio y crónica, datos empíricos y literatura, *Ciudadano N* combina felizmente etnografía y ficción y pone énfasis, como su subtítulo *Crónicas de la diversidad* sugiere, en la multiplicidad, o el caos que Carlos Monsiváis privilegia en su libro *Los rituales del caos*, porque lo considera antiautoritario y por lo tanto motivo para el optimismo. El caos impide la imposición de una sola manera de ser ciudadano. En *Ciudadano N* la multiplicidad de dialectos que cruzan la ciudad —el caló de la droga, el habla romántica, el lenguaje irónico y lo poético— y la multiplicidad de imaginarios —que muchas veces tienen su origen en la televisión, las películas, las tiras cómicas, el rock— expresan deseos y esperanzas que exceden las dificultades y las luchas diarias.

Qué puede significar *comunidad* en este ambiente. Las colectividades de ahora son diferentes de las grandes colectividades de antes, como la patria, la iglesia, el partido. Se trata a veces de grupúsculos de amigos, de aficionados, de tímidos acercamientos a la solidaridad que puede ser virtual... En "Su andar juntos", la solidaridad se establece precariamente entre un grupo de jóvenes, movilizados por la marcha zapatista de 1994. Su manifiesto es tentativo, "queremos consensar la organización y organizar el con-

• • •

senso" —quizás un primer paso hacia una democracia otra, en vez de la falsa democracia electoral.

En su presentación, Rossana Reguillo asevera que "se trata del permanente tránsito de historias y de memorias, que siendo mapas individuales configuran un mapa colectivo". Pero es un mapa que carece de fijeza, un mapa vertiginosamente cambiante, marcado por injusticias y miedos, pero también por pequeños triunfos.

• • •

V

Crónicas de la diversidad y la unidad

Carlos Monsiváis

Investigar, reflexionar, escribir sobre los jóvenes es empresa altamente recomendable para los profesionales del sermón, las generalizaciones, el lugar común y —¿por qué no?— la confección de los prólogos. Una venerable tradición de la segunda mitad del siglo XIX, en los años fundadores del sentimiento republicano y la transmisión de los legados nacionales, estipula la necesidad del *mensaje a los jóvenes*, que si bien a los destinatarios no suele servirles de gran cosa, a los remitentes los ha confirmado en su papel de guías, Conciencias Nacionales, Maestros de la Juventud, y lo que haga menester.

A partir de las visiones paternalistas, el examen de los problemas y gustos juveniles ha seguido el rumbo de la condescendencia y el interés pintoresquista. Los jóvenes, aquellos que por su edad no pueden evitar serlo, son contemplados desde la benevolencia, la prevención, el oportunismo cronológico ("son exactamente como yo, sólo que nacieron después, y por lo mismo comparten mi actitud pero no mi experiencia"), el interés sociologizante ("entre los jóvenes hay más preocupación por conseguir empleo que entre los agonizantes"), la concentración genuina y la conveniencia política ("si los jóvenes me van a recibir al aeropuerto, y me declaran su líder, y votan por mi partido,

mejorarán en unos cuantos lustros sus oportunidades de ascenso"). Esto desemboca en el gran olvido: desde 1968, los jóvenes son ciudadanos a los 18 años de edad, y por lo tanto no son lo otro, lo de las afueras de la sociedad, sino también una parte de la solución.

En contra de la tradición de los Adultos Sinceramente Consternados, desde hace algunos años distintos investigadores —no un grupo sino una corriente interpretativa— trabajan en acercamientos normalizados a los temas juveniles, sin pretensiones de consejería o rectificación de senderos. Entre ellos figuran José Manuel Valenzuela, Maritza Urteaga Castropozo y Rossana Reguillo, con libros y artículos que son a la vez crónica, investigación de campo, reflexión cultural y ensayo libre. Si han leído con detenimiento a los teóricos de los *cultural studies* (Stuart Hall es una presencia inevitable, así sea a través de fuentes indirectas), y si aprovechan los enfoques de la posmodernidad y el posnacionalismo, también es innegable su conocimiento detallado de los sujetos de su estudio, y su propósito esencial: describir críticamente como el paso previo a las construcciones teóricas y la acción complementaria: situarse teóricamente para orientar la descripción.

Rossana Reguillo enseña, investiga, participa en la sociedad civil de Guadalajara, hasta hace unos años una de las zonas del país más reacias al debate y los cuestionamientos sociales, por razones diversas, que incluían el control priista, caciquil o integrista en las universidades, la ausencia de diarios, revistas y suplementos culturales ajustados a la modernidad, las reacciones agrias ante el Centro que despojaba por sistema a la ciudad de sus valores más evidentes, la debilísima infraestructura cultural (falta de grandes bibliotecas, métodos arcaicos de enseñanza, conservadurismo que calificaba de "subversiva" a cualquier innovación). Pero, y Rossana ha dado cuenta de este proceso, Guadalajara, sin ser todavía una sociedad abierta ha admi-

• • •

tido desde hace dos décadas, con la presteza hipócrita y la energía inevitable de una ciudad conservadora de millones de habitantes, espacios de tolerancia y diversidad. Si el tradicionalismo, la derecha política, el priismo manipulador y la inercia se oponen a la apertura, están a favor las necesidades expresivas y las fuerzas vitales inevitables en una colectividad tan basta y —a pesar suyo— tan globalizada.

Si la explosión de 1992 suscitó y desarrolló el hartazgo del PRI y la fe en las organizaciones independientes (y Rossana Reguillo ha documentado extraordinariamente el proceso), y sí, por ejemplo, la eficacia de los moneros ha sido resultado de un conjunto enormemente liberador (la salud mental de Guadalajara está muy en deuda con Jis, Trino, Falcón, *Galimatías*, *El festín de los marranos* y *La mamá del abulón*), también ha sido muy importante la localización de las nuevas individualidades y los nuevos grupos (tribus urbanas) de una ciudad consagrada desde su origen a la obediencia y la unanimidad. Es muy estimulante el reconocimiento de la riqueza urbana, y en este sentido *Ciudadano N. Crónicas de la diversidad* es una contribución valiosa.

Homogénea, sujeta a los delirios de la fantasía criolla, ceñida a la versión más anacrónica de los tótems indefinibles (La Moral y las Buenas Costumbres), no muy convencida del fin del virreinato, ceñida a orgullos todavía no renovables, Guadalajara ofrecía el perfil unívoco a sus habitantes y visitantes. Reguillo demuestra la falsedad de este rostro ceremonioso y lánguido (el lado cortés de las represiones) y muestra una Guadalajara de jóvenes cachondos, obsesionados con el *luk*, hijos de sus barrios y del aliviane ocasional, *macizos* cuando se puede, convencidos de que el sexo si rápido dos veces bueno, atiborrados de frases cuyo contenido tarda en llegar, ciudadanos de vez en cuando, enfermos de sida, averiados salariales, de todo hay.

• • •

El hecho de mirar y ser mirado. En el trabajo de Reguillo es fundamental abolir la distancia entre sus personajes (la mezcla de la persona con la personalidad escenificada); por eso los mira incorporando al texto el modo en que a ella se le contempla. No es consejera, ni confesora, ni delatora ante la Buena Sociedad Tapatía de qué carajos le pasa a sus marginales, ni dama de caridad, ni nada que no sea la relatoría comprometida. Atestiguar con inteligencia crítica es un método que participa de las ciencias sociales, la literatura, la crónica periodística, el informe múltiple de seres y situaciones. Reguillo habla, observa, acepta hablar y ser observada, y del diálogo y la mezcla de experiencias desprende lo que más le importa: los acercamientos únicos a la pluralidad real, la exhibición de una sociedad a la que vuelve compleja la vida de sus habitantes, y a la que quieren simplificar y banalizar los hechos políticos.

A lo largo del desfile de seres únicos, que transcurren en su mayoría sin moralejas adjuntas, Reguillo no ofrece otra Guadalajara, sino lo opuesto: la imposibilidad categórica de asegurar que esto, lo que sea, es *Guadalajara*. Libro y colección de crónicas sobre represiones, ingresos al mundo, jactancias, perplejidades, asuntos de todos los días, amores, desamores, herencias sentimentales, politizaciones, *Ciudadano N* exhibe la ridiculez de vaguedades como la "Generación X", de obviedades y condenaciones, de comprensiones cronometradas ("dénme 15 minutos con ese joven descarriado y lo vuelvo al buen camino"), y búsquedas de regimentación ("¿qué hace un joven fuera de su casa a las diez de la noche?"). Leerlo es comprender por qué ya nunca podremos decir "así es Guadalajara", al tiempo que nos adentramos en algunos de los infinitos significados de vivir en "la Perla de Occidente".

Presentación

El viaje, la frontera, los límites, el tránsito, de todo ello habla este pequeño libro sin hablar. Se trata de un viaje al encuentro del otro, de la otra. Se trata de la frontera como lugar de cruce entre el discurso académico y el relato, se trata de los límites de un lenguaje provisional que busca su sentido entre la abolición de ciertas normas académicas y el temor a la ficción, se trata del permanente tránsito de historias y de memorias, que siendo mapas individuales configuran un mapa colectivo.

Ciudadano N nace de un ejercicio periodístico y adquiere vida propia en el intenso diálogo con los lectores. Es un mapa-documento en el que las personas no se agotan en una sola de sus características; la historia personal es más compleja. No solamente se es joven o mujer, o indígena o blanca, o católico o mexicana. *Ciudadano N* es una cartografía de las pertenencias, diversas, contradictorias, dramáticas y lúdicas. ¿Quién soy? ¿quién es el otro? en un juego de espejos, de identificaciones y diferencias.

Este libro se inserta, a partir de una escucha atenta, de una etnografía de inserción profunda, entre los diferentes "dialectos" que organizan los saberes y el sentir cotidianos

en la ciudad. En buena medida se trata de un texto "bilingüe", en el sentido de que aspira a articular dos lenguajes, el de una antropología de la comunicación y el del habla operada por los muchos diversos que desplazan y transforman las palabras para narrar el mundo próximo y lejano.

No se trata entonces de un discurso ortodoxo, no sigue una arquitectura antropológica pero tampoco se abandona a la ficción: cada uno de los relatos es "real" a su modo. Es un discurso que se acerca a "la moderna tradición" de los estudios culturales en lo que se refiere a la inestabilidad de las disciplinas. Se trata, en síntesis, de relatos que aspiran a consignar la vida en la contradictoria complejidad de su simpleza. Es un texto cuyas tensiones no tienen solución.

Pese a todo, un cambio mueve callada y subrepticamente las fronteras entre los lenguajes para nombrar el mundo.

Los compañeros de aventura han sido muchos y muchas. Debo un primer agradecimiento a Rosa Esther Juárez, la semiótica convertida en periodista y viceversa, por su capacidad para poner en crisis los bordes en que las cosas pasan y fluyen; a Diego Petersen y Jorge Zepeda, por creer en un periodismo distinto; a Carlos Monsiváis, por la pedagogía silenciosa y la interlocución en movimiento; a Ana María Miralles y los estudiantes de la especialidad en periodismo urbano de Medellín, por creer en el giro de la escena periodística; a Jesús Martín Barbero y Elvira Maldonado, por problematizar mi escucha y brindarme la certeza de un lugar en sus afectos, y a Hilda Hernández, que teje cotidianamente una estrategia para volver visibles las cicatrices que dejan las palabras, sin su trabajo, este libro sería imposible.



Capítulo I

La ciudad y los jóvenes

DÓNDE QUEDÓ LA ESPERANZA

Un vientecito fresco le alborota el largo pelo, está solo, en la esquina, esperando a sus compas, un tatuaje le asoma por el pecho, lampiño, delgado, disminuido por la inhalación de chemo. El Macizo está enojado y triste, pero más que todo, desencantado. Ayer lo tumbaron unos judas, que por ser sospechoso de ser sospechoso. Pinches güeyes, piensa, esta vez se escapó del tehuacanazo porque no le encontraron nada arriba, pero ya estuvo bueno, son unos manchados esos cuates, él ni se mete con nadie, trabaja en lo que puede, le cuesta trabajo que lo contraten, que el pelo, que el tatuaje, lo traen azorrillado con tanta neta que le tiran. Pero él, a dónde va, sabe muy bien que no quiere repetir la historia de su jefe, miles de pinches días en esa fabriquita pa' que de todos modos se estuvieran muriendo de hambre y luego terminara alcohólico y poniéndole sus madrizas a su jefa, que nomás se aguanta y recala con ellos. Y luego vienen y le dicen que es un inútil, un vago, un pendenciero.

Él de lo que tiene ganas es de olvidarse de todo, del hambre que a veces le chilla en el estómago, de los años

que lo metieron a la granja, ahí se enseñó a ponerle en serio al chemo y al tonsol.

No quiere acordarse de su primer caída a la peni, se alfilereó con un bato, pero él no lo provocó, él nomás se estaba en la esquina con la raza, oyendo música, después de talonear en el Abastos estibando cajas, pero hay batos que de plano no entienden ni madres y le sacan a uno el coraje.

Tenían una canchita de basquet en la calle, pero la tira la tumbó, que bola de vagos y güevones, pónganse a trabajar, no pos si están gruesos esos batos.

Había ido a Taiwan de Dios a comprase unos Nike que le costaron pilas y pilas de cajas estibadas, pero el luk es el luk y ni modo, y por casualidad estuvo en esa manifestación grandota que por la muerte del Cardenal, y piensa allá en el fondo que ojalá él pudiera dolerse de esas cosas y de los damnificados, pero no puede, él es más damnificado que esa bola de gentes que perdieron sus casas por las transas de la autoridad y él está más muerto que el más muerto de los del aeropuerto, así que cada quien a lo suyo, que no le tiren netas ni le vengan con rollos bonitos, pinche gente ¿qué de plano hasta ora descubren la violencia?, que se vayan al barrio a dar un voltión, que si está muy peligrosa la ciudad, la neta es que no conocen Guanatos, lo que pasa es que ora sí les llegó a sus barrios y por eso se apuran, piensa el Macizo y se hace el duro y el malo y el meimportamadres, porque él sabe que si se da chance de sentir ya no va poder hacerla en el barrio y que se necesita ser machín pa' resistir tanto desmadre.

Sus compas van llegando poco a poco, una chela en la mano, una graba en la otra, un ritmo repetido. Se saludan ¡Qué onda ese!, ¿qué te tumbaron los judas afuera del cantón?, un cierto orgullo cruza fugaz el rostro del Macizo, acá entre la raza, el poder aumenta conforme crece el expediente. Recuerda, cree que fue el pinche Olmos, ese

• • •

de Santana en la película, que dijo "there's no fucking hope", que en buen tapatío quiere decir "no hay una jodida esperanza". El Macizo hoy está desteñido y no sabe por qué.

LA DECISIÓN DE SOFÍA

Sí o no, deshoja lentamente un clavel en el que busca una respuesta que de antemano sabe que no llegará por esta vía. Sí, no, las lágrimas le empañan la mirada y se siente perdida en medio de esta gran ciudad, desde el banco del parque mira el templo del Refugio, como una plasta extraña en la gran herida que es Federalismo. Así se siente Sofía, como arrancada de todo lo que hasta entonces conocía, absurda. Hace una semana Sofía se comía el mundo a mordidas, su risa cantarina de 18 años subía y bajaba las escaleras en la universidad, no le cabían los planes en su mochila de cuero y sus tenis andaban la ciudad despreocupadamente. Hace una semana Sofía sabe que está embarazada. Veinte veces en dos horas se negó a aceptar que el predictor anunciaba que su cuerpo había cambiado, que una cosa, ¿un bebé, realmente un bebé? le aleteaba en las entrañas. Un llanto silencioso le bajó por la cara y una tristesima blancura le pintó el rostro. Me van a matar, fue lo primero que se dijo y ese plural incluía a todos, a sus papás, a sus hermanos, a su abuela, a su chavo, a sus maestros, a sus compañeros, nunca Sofía se sintió tan sola y tan vulnerable. Pues ni modo y lo voy a tener se dijo luego, y se contempló de perfil en el espejo imaginando una barriga enorme; de su mochila de cuero salieron desfilando sus planes, la carrera, su beca en el extranjero, su libertad, y ya no hubo lágrimas sino una resequedad que le quemaba la boca. Se permitió, pese a su educación, pensar en el aborto, pues voy y no le digo a nadie, se dijo y salió decidida a la calle, habló con sus amigas y se sintió traidora porque pidió ayuda para una imaginaria amiga y rápidamente una red femenina empezó a funcionar,

• • •

dos, tres domicilios, recomendaciones, consejos para la supuesta amiga se sumaron a los sueños de su mochila.

Caminó de regreso a su casa, Vallarta le parecía desierta, se detuvo a mirar los muros de la estación del tren ligero en el parque de la Revolución, qué feos, pensó, y se sintió igual que el parque, víctima de una injusticia, la comparación le causó risa. Se vio convocando a un debate público para consensar si tenía o no al niño ¿cuántos ciudadanos a favor?, ¿cuántos en contra? y otra vez las lágrimas le cubrieron la risa; la noche descendió sobre la ciudad y Sofía miró televisión como siempre, y como siempre en su familia se comentaron las noticias del día, las grandes y las pequeñas, las hazañas de los funcionarios y las hazañas de sus hermanos, un cuernito se le atravesó en la garganta y no pudo cenar. Su madre estaba horrorizada con la clínica clandestina que habían descubierto en Santa Tere, qué horror dijo su abuela, que fusilen a esos doctores, moral es lo que falta en esta sociedad contestó su mamá. Sofía se retiró a su cuarto, puso en el estéreo a Peter Gabriel y "don't give up" la reconfortó un ratito. Se dijo una a una las razones por las que debía tener al niño, para luego contarse sus miedos, sus resistencias, la fuerza de su "no" iba abriéndose paso hasta que se quedó dormida ajena a su preocupación y a su dolor.

Sofía habló finalmente con su chavo, 22 años a cuestas y una mirada limpia; nos casamos, le dijo, pero en realidad no lo dijo. Y los dos lloraron y se sintieron solos y desesperados. Me van a matar, pensó él y tuvo ganas de salir corriendo, pero el pelo de Sofía desparramado en su brazo lo retuvo y hablaron del aborto y se sintieron cómplices y tuvieron mucho pero muchísimo miedo y él dijo tú decide y yo te apoyo y Sofía lo odió y no llegaron a ninguna decisión, quisieran que otros decidieran por ellos, pero saben que nadie puede vivir la vida por uno mismo.

Dentro de un rato Sofía tiene una cita con el futuro, se sentó en el parque abrazada a su mochila. Una viejita le

ofreció un ramo de claveles y en un gesto inexplicable Sofía los compró. Está amarrada al banco del parque, hipnotizada, anestesiada, una alfombra de claveles cubre sus tenis blancos, unos niños la ignoran desde la intensidad con que habitan su juego; el walkman repite "ella existió sólo en un sueño", la voz de Lora suena tan cerquita. El último clavel se le desgasta en las manos en ese viejo juego en que el "sí me quiere" la salvaba de la oscura boca del monstruo. Sí-no, sí-no, nadie puede salvarla de sí misma.

CON EL VIENTO EN LAS VENAS

Un ligero temblor le sacude el cuerpo, un sudorcito frío le moja los bigotes y las manos, ya mero, ya mero. Abre una y otra vez la carpeta para mirar de nuevo sus papeles. Se vistió lo mejor que pudo, pero a estas horas ya anda todo arrugado y a lo mejor lo miran feo. Es la cuarta vez que trata de sacar la visa, pero es la sexta que decide irse pa'l otro lado, ya se cansó de que la migra lo apañe y lo trate como perro, peor que perro, así que ahora quiere su visa, pa' cruzar como Dios manda y luego buscar la manera de quedarse allá; aquí de plano la cosa está rete fea, no hay jale y además, la última vez, en Sacramento dejó una morrita, una chicanita que habla un español bien bonito, suavecito.

Javier tiene 22 años y desde los 15 va y viene, del otro lado está su jefe, acá vive su jefa con sus hermanos más chicos, pero él piensa que no cabe en su país, en su ciudad, no hay sitio para los jodidos, ni aquí ni allá, pero allá pagan en dólares. La fila avanza lentamente, por las caras de los que salen Javier sabe a quién le dieron visa y a quién le dieron pa'trás. Está nervioso, los de la ventanilla son muy gachos, lo tratan a uno como delincuente, sino fuera por la necesidad, suspira...

El abuelo de Javier llegó a Guadalajara con todos sus sueños empacados desde Autlán y con una jacaranda así de

• • •

chiquita que fue creciendo en el terrenito que se consiguió allá por Balcones, su abuelo se pone triste porque su árbol echó raíces pero sus hijos no, todos se fueron poquito a poco y como no queriendo, de nada le valió al abuelo enterrar bajo el árbol el cordón que ataba a cada uno de sus hijos a su madre, para asegurar que los niños echaran raíces. Javier cuando era niño se quedaba mirando el árbol, buscando alguna señal, su abuelo le contaba de esa vieja tradición que él aprendió de su madre campesina y ella a su vez de su madre y así hasta el principio, pero el ombligo de Javier no lo enterraron porque él ya nació en un hospital y a veces se pregunta a dónde fue a parar su ligadura con la tierra, su abuelo le dice que por eso es tan desapegado y le baila el viento por las venas y nunca se está quieto, pero Javier cree que esas cosas no funcionan en la ciudad.

Le devuelven su carpeta casi sin mirarla, no le dieron la visa. Besa su escapulario, pues ni modo, otra vez a la brava, a burlar a la migra, a buscar una nueva tierra donde plantar un árbol y esperar a que crezca pa'arriba y pa'bajo, a ver si así él logra quedarse en algún lado. En el camión, de regreso a su casa, en el radio dicen que con el TLC disminuirá el flujo de migración... Javier sonríe.

VIBRACIONES POSITIVAS

Repite incansablemente un sonsonete mientras revisa escrupulosamente su vida, penetra obsesivamente en cada rincón de su memoria y escarba sin piedad deseos, sueños, esperanzas y temores. Medita. Se siente bien consigo misma y con la humanidad, después de tantos años de búsqueda y de sus años de universidad cuando decidió que el conocimiento formal no era el camino, por fin encontró en este grupo la paz, o así lo dice a sus amigos. Todo proviene de la insatisfacción y después de libros, comidas, naturismos, filosofías, ejercicios, retiros y varios cientos de miles de

pesos, por fin Paloma encontró lo que buscaba: la paz interior y la cosmovisión universal, sideral, y de paso, amigos y amigas como ella, en búsqueda; un lugar para ser sin problemas, un nicho de referencia frente al anonimato de la gran ciudad.

Su vida gira en torno al centro de reflexión, no hay acción ni sacrificio que no esté dispuesta a realizar por su nueva religión, aunque ella se niegue a nombrarla así.

Su piel luce limpia, tantos años de entrenamiento y de afanoso trabajo para deshacerse de las toxinas mantienen su cuerpo elástico enfundado en un traje hindú y su pelo brillante. Paloma es una defensora de la vida sana, de la meditación profunda, del contacto con las fuerzas siderales, quisiera que toda la gente que conoce y la que no conoce entendiera y viviera el éxtasis de una vida plena, el gozo de los cantos compartidos y el encuentro con uno mismo. Su mirada está volcada hacia dentro y hacia el cosmos, nada debe perturbar la energía cósmica y en una espiral incesante Paloma y su grupo se alejan de la realidad inmediata. Mientras medita, afuera, en un cosmos próximo, muchos se afanan en ires y venires sin alcanzar nunca el éxtasis de la meditación, ni la posibilidad de un menú bien diseñado, desconociendo las ventajas de las medicinas alternativas.

Paloma y su grupo son profundamente respetuosos, ninguna imposición de su filosofía empaña sus relaciones próximas, su mente está abierta y su tolerancia no tiene límites, aunque de vez en vez un ligerísimo tono de superioridad, propio de aquellos que conocen las respuestas, les impregna los gestos. La expansión de la conciencia es una tarea ardua y requiere de técnicas sofisticadas que superen el espejismo de la realidad que creemos habitar. En su casa, Paloma no escucha el radio ni ve televisión, una música de cítara y un permanente incienso flotan en su ambiente incrementando las vibraciones positivas; los ecos de lo mundano llegan a sus oídos a través de algunos amigos, de

conversaciones aisladas con compañeros de trabajo, apenas como bosquejos de territorios que Paloma cada vez habita menos.

"La cuestión es —le dijo una vieja amiga— que mientras la conciencia se expande la interacción se achica" y Paloma se molestó un poquito, todo lo que le permite molestarse su extraordinario control, y escuchó con paciencia los reclamos sobre el individualismo y el permanecer al margen que suponía su amiga, y decidió no tomarse la molestia de explicarle que la liberación del uno mismo es lo único que puede transformar este mundo y que no es cierto que ella y su grupo estén aislados de lo que sucede y que su vida cotidiana es más rica desde que encontró la paz. Afuera, ajenos a las profundas meditaciones de Paloma, unos ciudadanos amarrados a lo terrenal se comen unos tacos y beben coca cola, mientras escuchan divertidos el radio y se distraen un poco al observar con extrañeza la esbeltísima figura envuelta en un traje extraño que camina etérea por la calle. Paloma da la vuelta en la esquina y no alcanza a escuchar "uno de lengua y dos de sesos, por favor".

CRUZADO CRÓNICO

Termina sus oraciones nocturnas con la conciencia limpia de quien ha cumplido su deber, de quien es poseedor de la verdad, sin matices. Para Mario la realidad es simple: hay hombres y hay mujeres, por lo tanto no debe haber homosexuales; hay buenos y hay malos: los malos siempre son los otros; hay ejército y hay grupos trasgresores y a estos últimos hay que exterminarlos; hay instituciones y éstas siempre están por encima de la gente. Ninguna fisura, ninguna duda enturbia su horizonte, ningún titubeo hace flaquear sus acciones. Su misión: exterminar, arrancar, negar, descalificar todo aquello que no cabe en su mundo. Su lema: primero juzga.

Con 22 años a cuestas Mario no es un joven salido de las filas del tercer reich, es un tapatío —dice él— de pura cepa, de buenas costumbres y buena familia. Gente normal pues, para que se entienda. Es buen hijo, buen amigo, dócil y a veces hasta encantador. Pero Mario se transforma porque sabe que el mundo (que normalmente se reduce a la ciudad) está plagado de terrores, de fantasmas abominables y de monstruos desalmados dispuestos a acabar con la gente de bien; y él, paladín de la moral única e incuestionable a nombre de un nosotros intangible y no cuantificable, vive su cruzada contra todos aquellos abstractos y concretos que no caben en sus parámetros: ya es Madona un día, ya los homosexuales en paquete otro día, tanto los ateos como los grupos trasgresores, pues todos están hechos de lo mismo, engendros diabólicos con forma humana; total que siempre hay contra quien luchar, la guerra es a muerte, sin cuartel.

La cosa es bastante sencilla: si la gente no trabaja es por pura flojera, que oportunidades sobran, piensa Mario (a pesar de estar a punto de concluir una carrera universitaria nunca se ha planteado la relación entre políticas económicas-recesión-desempleo), si los niños de la calle se drogan es por viciosos y porque vienen de familias sin religión y sin moral (para Mario, aunque no alcance a formularlo, la familia es una célula aislada e impermeable al entorno), lo mismo vale para los homosexuales (su objeto odiado más querido). Se enorgullece de su pasado indígena, pero el indígena concreto es un ser inferior, luego entonces Mario aplaude la intervención del Ejército Nacional en Chiapas y es que a Mario los uniformes siempre le han fascinado, aunque sus portadores no se ajusten muy bien al modelo mental que Mario tiene fabricado, que es más bien un soldado gallardo al estilo Senda de Gloria o mejor aún, Patton en su traje de gala. Pero el uniforme es el uniforme y merece respeto, así se lo inculcaron desde chiquito y no va a venir una bola de pelafustanes, de comunistas, de

♦ ♦ ♦

violentos revoltosos a manchar el buen nombre del país, que claro, con aquello de la teología de la liberación que hace una falsa interpretación de la Biblia, se creen que pueden alterar el orden natural de las cosas (eso lo escuchó de un profesor que aunque no porta uniforme es representante incuestionable de una institución).

Mario cierra los ojos apaciblemente, por hoy su misión ha concluido. Bajo el cobijo de la noche, los otros, los diferentes, las minorías, ven televisión, aplauden, se divierten, sufren el frío, hacen el amor, se angustian por la comida de mañana, rezan, discuten sobre el conflicto en Chiapas, sobre el asesinato de Colosio, y entre ellos, un niño de ocho años con una bolsa de tonsol, que aplaca el frío y el hambre, se pierde en su sueño para siempre.

POR SI ACASO

Los días transcurren para Tere sin ningún problema, su calendario está bien organizado, en la semana se trabaja, salvo honrosas excepciones, y los fines de semana son para la disco, para la fiesta, para el café y el bar con sus cuates y cuatas. Algunas cosas le dan una flojera enorme, leer el periódico, las discusiones sobre política, hacer esfuerzos para entender lo que sucede; ella vive muy bien sin saber quién es Patrocinio González o Jorge Carpizo, le da lo mismo que exista o no Samuel Ruiz, que le parece un nombre familiar pero no sabe si es candidato a algo o qué. Su vida transcurre sin sobresaltos, no se involucra salvo con los galanes en turno. Frente a su espejo, en el que peina su bellissimo cabello negro y transforma su rostro cada mañana, están colgados varios retratos de Frida Kalho y algunos libros de su tiempo universitario reposan silenciosos en el librero. Tere es moderna, liberada y autosuficiente, pero sueña con encontrar un galán de película que la salve de la

sucesión de días en que se ha convertido su vida que transcurre al margen de los acontecimientos. En un barecito de moda, Tere conoció a "un niño" buena onda y sus grandes ojos se iluminaron por algunos días, pero terminó por sentir el mismo vacío de todas las veces, la sensación de que "la vida está en otra parte".

Cada vez son menos las cosas que la emocionan, la distancia entre su inteligencia y la información que posee es cada vez más grande. En su trabajo es eficiente, es hábil para resolver problemas prácticos, pero nada consigue arrancarla de la monotonía, su gesto se endurece y las opciones para enfrentar los largos fines de semana son escasas y los domingos se extienden interminablemente a veces ante una taza de café y un interlocutor transparente, a veces ante la pantalla del televisor.

Tere coquetea con el mundo cultural de la ciudad. Conoce artistas, pintores y poetas, pero qué flojera le dan esos actos en que una vez que saludaste y besaste a los y las besables no queda nada por hacer y ella se queda como espectadora de su propia vida. No hay remedio. Le tocó asistir a una reunión en la que escuchó que Bosnia no estaba en Asia, que el problema con el 22 de abril no era sólo de los damnificados sino de la ciudadanía, que un señor Pelayo dejó un puesto en Tránsito, que el conflicto en Chiapas tenía que ver con la miseria y la injusticia y algo más de la democracia que no alcanzó a seguir en la conversación porque qué flojera.

En la soledad de su pequeño y hermoso bunker en el que el tiempo ha sido suspendido, Tere piensa que hay algo en algún lado capaz de decirle que está viva, que vale la pena, que rompa el hastío, alguien que vendrá a salvarla de sí misma. Una voz en la tele habla de los indígenas en Chiapas, Tere busca el control y después de varios zumbidos encuentra una película vieja, algo es algo y se conecta de inmediato a la trama. A los pies de la cama puede verse en

su bolsa entreabierta una flamante credencial de electora, que Tere sacó, por si acaso.

UNIVERSIDAD CALLEJERA

El Brody tiene calor, pero más que nada tiene hambre. Hoy el jale ha estado bien flojo y nadie quiere que le limpien el carro. Nel, ta'recabrón, ocupa hacer alguna transa pa'sacar una lana pa'los tacos. Son las 12, los carros pasan cada vez más de cuando en cuando, algunos batos y muchas rucas encopetadas, de esas que no quieren ni que les toquen su vidrio, ¡ándele doña una limpiada!, ¡no niño, no!, le dicen desde su aire acondicionado. A sus 12 años, el Brody no sabe qué está más duro: si el sol que le pega desde arriba o el que rebota desde el pavimento; tampoco sabe qué es más gacho: si la vida que llevaba cuando vivía en el cantón con su jefa y su padrastro, o ahora que es un "empresario independiente", que así se presenta el Brody con su banda, y hace lo que le da la gana a la hora que le da la gana.

El Brody recoge su baldecito, su esponja y su franela roja, si se apura y se pone trucha alcanza a llegar al mercado, ahí nunca falta algún jalecito qué hacer. Le encarga su esquina al Truenahuesos, que somnoliento reposa bajo la sombra de un arbolito. Te quedas güey, te pones trucha sobre todo con la ley, al rato vuelvo. El Truenahuesos tiene ocho años, pero su complexión robusta lo hace aparecer más grande y el apodo no es gratuito; vive desde los cinco en la calle y le ha enseñado al Brody muchas de las cosas que ahora sabe. Incluso el apodo él se lo puso.

Qué onda Brody, lo saluda don Rafa, el carnicero, límpiate ese refri y te doy una lana y te disparo unas camitas, ¿quihubo? Simón don Rafa, pero primero móchese para una agüita que ya me anda dando la pálida con tanto pinche sol. Ta'bueno pero no te tardes. Rosi la de las escamochas y yogures lo recibe con una sonrisa, ¿qué te sirvo Brody?

• • •

No pos arrégrame una horchata con bien muchos hielos. El Brody bebe apresuradamente su horchata, que de tan fría le quema la boca. Saluda con la mano a doña Jose, la ruca de las verduras, y de regreso a la carnicería se topa con el Chorty, ese carnal sí se quedó enano, pero pos desde bien morrillo andaba cargando cajas y mandados, ahora tiene diez, pero su cuate el Truenahuesos se ve más grande. Qué onda pinche enano, saluda cariñosamente y el Chorty le informa de las novedades, se abrieron todos los de su banda, se fueron pa'Tijuana y apañaron al Pelón y al Chango porque los güeyes andaban bien tonsoleados.

El Brody concluye pulcramente su trabajo en la carnicería. Cinco pesos y una bolsita con camitas y tortillas no están nada mal. Se dirige a su esquina y encuentra afanado al Truenahuesos limpiando un parabrisas. A la sombra del arbolito reparten sus ganancias. Entre los dos juntaron 12 pesos y como ya tienen la comida pues deciden regalarse dos cocas de lata, de esas que salen heladas de la maquinita que está enfrente.

Se disponen a comer, un papel de estraza les sirve de mantel y los ojos les brillan, es lo primero sólido que prueban en el día.

Desde un enorme coche blanco, con propaganda electoral, dos señoras contemplan el cuadro de los niños en la banqueta. Una comenta, mira si todos los pobres fueran como el candidato nada de esto se vería. A ver, dónde están las familias de estos muchachitos, sí en este país sólo el que quiere está jodido. El coche arranca y atrás queda, ajeno a los vientos electorales, el Brody, que con la panza satisfecha contempla el cielo enrarecido.

Una gran sonrisa ilumina su rostro envejecido de 12 años e ignora olímpicamente sus "oportunidades" de estudiar en Harvard o en Princenton. Hoy ya comieron, mañana Dios dirá.

TERNERITA SAGRADA

Una ceja que se arquea involuntariamente y una sonrisita perdonavidas redondean su atuendo e indican lo profundamente satisfecho que está consigo mismo. Él, que logró acceder a los círculos de los pontífices de la cultura tapatía. Está borracho de placer, en la última inauguración "todo mundo" lo saludó y pidieron su opinión sobre la obra expuesta y sobre el estreno teatral y sobre el nuevo libro del talento local y él se embriagó con sus propias palabras y se bebió a sorbitos las miradas de otros jóvenes que lo contemplaban con una mezcla de admiración y respeto, mientras hablaba en el círculo de las personalidades.

Con ese aire de descuidada indiferencia, de aquel que todo lo sabe, camina por la ciudad y percibe la imagen que le devuelven los aparadores, una mano levanta un mechón del pelo negro que acentúa su look de poeta maldito. Alejandro llegó, no sabe a dónde, no sabe para qué, pero lo importante es que él ahora pertenece, forma parte, está, es, y de pronto la ciudad le queda chica y sus antiguos compañeros le parecen hasta estúpidos, tan desinformados los pobres, se dice, tan superficiales, tan pero tan tapatíos, con su visión parroquial del mundo y sus problemas pequeñitos que no alcanzan ni para una novela mediocre; podría comerse el mundo de un bocado, de aspirante pasó a ser oficiante en este círculo que dictamina lo que vale y lo que no vale, que lo mismo exalta con exquisitas maneras cierta producción intelectual y cultural, que destruye a título de suficiencia autores y obras que crecen salvajes por fuera del círculo bendito.

El proceso de metamorfosis no ha sido largo, pero sí intenso, tuvo que aprender poco a poco un nuevo lenguaje; arrancarse los vestigios de sencillez que le quedaban, a sus pocos años es fácil volverse vanidoso; dejarse ver; construir-

se una imagen; consumir hasta la saciedad revistas y suplementos culturales; aceptar como suyos los gurus a los que el grupo rinde homenaje; domesticar sus maneras y sus "piensos", en este mundo no se vale ser social ni políticamente apasionado, se considera de mal gusto; con pasión se viven los episodios amorosos de la vida privada, la producción artística y los ataques a los otros, que casualmente nunca están presentes, en lo demás hay que mantener una actitud cool, incluso light. Alejandro aprendió que es de buen tono mantener un ligero aire de izquierda pero alabar la política salinista; hablar del pueblo en abstracto pero abstenerse de tomar posición. El arte es el arte y punto y los artistas están más allá de todas estas cosas.

A veces Alejandro se siente solo, cansado y aburrido de ser un intelectual-artista-crítico tapatío, de andar de puntitas para no rasgar el delgadísimo velo que separa lo que puede decirse de lo que hay que callar. En esos momentos Alejandro piensa que Guadalajara es la ciudad de los comienzos, donde es tan fácil echar a andar un proyecto, una empresa, una idea y tan sencillo hacer un video y creerte videasta consagrado, hacer un poema y asumirte poeta, montar una obra y llamarte director, escribir un ensayo y vivir para siempre jamás de sus méritos. Pero esos "a veces" son escasos y la mayor parte del tiempo Alejandro vive extasiado con sus logros, asistiendo a diferentes actos donde lo que cambia es la escenografía, ya que los asistentes son siempre los mismos, en esos lugares Alejandro desempeña a la perfección su condición de ternera sagrada, bajo la mirada protectora y satisfecha de sus mayores, que en su momento dejarán en Alejandro, si no traiciona el reglamento e ideario no escritos, el peso de dirigir sin dirigir la cultura de esta ciudad.

FAST FOOD

Marcela se hizo grande, le cambió la mirada y la forma de andar por la vida. No es sólo que los duendes hormonales le caminen por el cuerpecito y le tallen las formas y le dibujen sombras o le cambien los humores, no es sólo eso.

Marcela está aprendiendo a andar por la ciudad, a descubrir sus secretos, sus espacios, sus claves. Aprende a desplazarse, a domesticar sus miedos y a controlar su pedazo de territorio.

Entre sus numerosas incursiones, Marcela y sus amigas decidieron comer fuera en un enorme y aséptico restaurante de fast food. Se formaron en la caja y eligieron su menú de acuerdo con las coloridas fotografías que casi oían de lo bonita que se veía la comida. Pero la comida a esa edad es un pretexto, así que no les importó que el esponjadito pan de la foto no tuviera nada que ver con el húmedo y desabrido pan que les sirvieron. Un refrescote para acompañar y un postre por no dejar. Se sentaron cómplices, y cómplices buscaron con la mirada alguna mesa con sus pares del sexo opuesto, poniendo a funcionar torpemente algo parecido a la coquetería.

Familias, parejas y otros adolescentes componían la clientela del lugar. Los niños jugaban y alborotaban felices en el área de juego. Hasta que un grito feroz congeló el pan en la boca de Marcela y su desagradable sabor se le hizo evidente. El ruido se interrumpió y la vida se suspendió, todos estaban atentos.

Unos niños "pobres" (así los define Marcela), se habían colado al área de los juegos y dos meseros con esos iguales uniformes que se repiten a lo ancho del planeta, luchaban cuerpo a cuerpo con los niños para expulsarlos del lugar. Una adolescente de la edad de Marcela, pero encogida y más chiquita por la desnutrición, era la más feroz. Escapó

a gatas entre los comensales del fast food y se aferró a una pata de la mesa donde comían Marcela y sus amigas.

Un segundo, una mirada cruzada, bastaron para que Marcela y la feroz luchadora se contaran sus vidas. La mano del rubio mesero jaló a la niña del suéter raído, que debió haber sido rojo pensó Marcela. Con una dignidad de reina, la niña se enderezó, respiró profundo, tomó de la mano a un niño de apenas cinco años y salió del lugar.

El clima artificial y la música de fondo seguían funcionando, haciendo más impresionante el silencio. La masa de pan en la boca de Marcela adquirió un sabor salado, se dio cuenta de que estaba llorando unas lágrimas grandes y calladas, diferentes a las del llanto compulsivo de su infancia. Marcela tenía muchas preguntas, se hizo grande.

UN BESO BUENA ONDA

Cada día es un pequeño triunfo sobre la muerte que desde hace dos años se le ha convertido en compañera inseparable. Cuando le diagnosticaron sida, el mundo se le vino abajo. Resistió de mil maneras la verdad del diagnóstico, es un error, se dijo primero, no puede ser, se equivocaron, confundieron los análisis. Recuerda que en esa primera etapa toda su fuerza estaba concentrada en negar la enfermedad. Pero la evidencia le fue cayendo como peso muerto, sin trucos, verticalmente. Luego se hundió en la depresión, levantó una muralla de reproches, se aisló. Se refugió en un pequeño y oscuro rincón de su interior desde donde veía pasar la vida, de los otros, con rabia, con impotencia.

Pero Joaquín siempre ha sido más fuerte de lo que él mismo quiere reconocer y poco a poco aceptó la realidad. Tenía s-i-d-a, la palabra temida, pero decidió enfrentar la enfermedad. Primero los tratamientos alopáticos: inyecciones, pastillas, que si bien ayudaban en ciertos aspectos de la enfermedad, le generaban molestias y trastornos difíciles

• • •

de sobrellevar; luego vinieron los ensayos con medicinas alternativas, hasta que encontró un tratamiento que parece haber frenado los destrozos que en su cuerpo hace el virus. Pero Joaquín no se engaña, aunque continuamente haga concesiones y se deje creer —momentáneamente— que todo está bien y es el mismo de siempre.

Para los que asisten, con dolor e impotencia, al deterioro de Joaquín, resultan evidentes no sólo sus cambios físicos sino principalmente sus cambios de conducta. Las transformaciones en su manera de relacionarse con los demás, con el mundo, con las cosas, provocan el desconcierto de sus allegados.

Sin darse cuenta, Joaquín ha hecho de su enfermedad una profesión, se ha vuelto egoísta. La provisionalidad de su vida lo autoriza a establecer relaciones efímeras, pasajeras, con lo que lo rodea. Joaquín ha dejado de comprometerse, pero simultáneamente ha aprendido a comprometer a los demás en su mundo. La compasión que rechazó en un principio terminó por ser casi la única forma de relación que ahora conoce. Joaquín utiliza a sus amigos y en los momentos en que logra conectar con el dolor que lo desgarrar por dentro, se da cuenta del profundo rencor que siente contra todo y sufre. Hace grandes esfuerzos por asumir su estado, por afrontarlo como algo inevitable, como cualquier enfermedad, pero se ve atrapado por las miradas, por los gestos, por los cuchicheos a sus espaldas y por el silencio cuando entra a alguna reunión. Entonces Joaquín se ve obligado a relacionarse desde su enfermedad, a utilizarla, a pasar la factura, a golpear a los otros en donde más les duele: la impotencia y el absurdo ante su inevitable camino hacia la muerte.

Joaquín piensa, a veces, en escribir sus memorias. Contar por ejemplo que un adquirido sentido, intuición, antena, no sabe cómo describirlo, le hace distinguir cuándo una persona coloca un beso en su deteriorada piel para

demostrar que "es buena onda", que "no hay bronca", y cuándo este beso no tiene nada que ver con su enfermedad y brota espontáneo. Todos harían bien en dejar de fingir y aceptar, por principio, que no sabemos qué carajos hacer con el sida.

LA MIRADA

Le dijo que cada uno sabe lo que es por el hecho de mirar y ser mirado. Se acuerda clarito de lo que el abuelo Honorio le decía mientras le acariciaba las trenzas, "si quieres saber cómo es una persona, fijate en su mirada" y le repetía aquello de que los ojos son las ventanitas del alma. Y Angélica pasaba largas horas escudriñando y clasificando miradas, le preguntaba a su abuelo si las personas con ojos verdes o azules veían el mundo de ese color. Angélica disfrutaba imaginando mirar a través de otras miradas, jugaba a descubrir las intenciones, a anticipar los movimientos por lo que las miradas le decían, pero sobre todo Angélica disfrutaba mirando el mundo.

De tanto mirar hoy Angélica se siente como la mujer de Lot, petrificada. El azoro se le ha ido gastando, ya no encuentra placer Angélica, más bien lo que quisiera es cerrar los ojos, tapar esas ventanas.

No es que sea pesimista o una persona triste, al contrario, tampoco piensa que todo es malo, pero últimamente piensa que todo es peligroso y a ella, acostumbrada a mirar y a dejarse mirar, le dan escalofríos tantas imágenes que se le meten por las pupilas, que la persiguen.

No puede dejar de ver una y otra vez los cadáveres de los campesinos de Guerrero, aventados a una combi como si fueran bultos; no puede eludir la mirada del adolescente que narraba, como ausente, la masacre de la que fue víctima su familia; la angustia en la mirada de la esposa anónima de algún reo anónimo, que espera apurada información afuera

del penal; y quién sabe por qué su mirada se pierde en la mirada de Diana Laura Riojas el día del funeral de Colosio: tenía tanta tristeza en los ojos, tan profunda, como si en su mirada se proyectara la película que ahora todos vemos, de tanto dolor que mejor cerró los ojos para siempre.

Angélica camina por la calle y busca con su mirada la de otros, todos la esquivan. Lee la preocupación por encima de las palabras y los gestos, que no logran aminorar la gravedad de la mirada, los torbellinos interiores.

Angélica prepara su cámara, diestra, rápidamente, y antes de que los policías se den cuenta captura la escena: un grupo de adolescentes contra la pared, en primer plano el rostro de un policía que choca con su mirada en la mirada de Angélica, un juego que a ambos, por distintas razones, asusta. Por la lente Angélica ve que la mirada masculina se acerca, llena de ira y de temor. Las miradas son fugaces a menos que queden atrapadas. Angélica pronuncia la palabra casi mágica: prensa. Da la vuelta y se aleja impotente.

En su cuarto oscuro, Angélica trabaja afanosamente, revela las imágenes en el sentido más pleno de la palabra. Aísla las miradas, las agranda, las observa: ¡clic! la mirada de venado del jovencito que quedó en el piso por la que escapaba eso que el abuelo Honorio llamaba "alma"; ¡clic! primero la mirada metálica del adulto uniformado, luego ¡clic!, del metal a la oscuridad del extravío, de la mirada interior que se descubre, aterrada por el instante pequeñísimo en que la mirada conecta, como un puente, lo exterior con lo interior.

Angélica piensa que podría decirle al abuelo que sí, que tenía razón, que de la vista nace el amor, pero hoy le diría "también el horror, abuelo".

LOS EXILIADOS

Le duele la cabeza, todo le da vueltas, vomitó toda la noche. No es para menos, le dice su novia, con semejante susto. Sí, piensa Carlos, fue mucho el susto, pero más la rabia, la impotencia, la incapacidad para reaccionar, para detener los abusos, la prepotencia, y caray, dice Carlos, con un visible temblor en el cuerpo, no se vale, me cae que no se vale. El apañón, los gritos, el trato como si fueran delincuentes y la clausura del local. Está confundido y enojado, muy enojado.

Como a muchos chavos de su edad a Carlos le gusta el rock, ir a las tocadas, sentir que la ciudad está viva y que le ofrece un pedacito de opciones, algún rincón para estar con sus iguales, con sus pares. Le gustan también las exposiciones, las conferencias, el cine, las discusiones, andar la calle despreocupadamente. Carlos no es un delincuente ni un drogadicto ni un enfermo, pero a sus pocos años cuenta ya con una lista respetable de encuentros desagradables con la policía; primero, los apañones en el Roxy, los perros husmeándole el miedo, el policía robándole el aliento, las manos basculeando sus intencionalmente desgastados pantalones; luego, el atraco en la calle, por ser sospechoso de ser sospechoso, y luego esto: la clausura y la amenaza.

Exiliado de su propia ciudad en donde pone las ganas de vivir, se niega a aceptar la jaula en la que quiere confinarlo la gente de las buenas costumbres, la autoridad, que da palos de ciego cuando se trata de gatilleros, narcos y asesinos, pero que se da vuelo con los más vulnerables y publicita con cámaras de televisión acciones de las que debería avergonzarse: lanzar la fuerza del sistema sobre quienes, en todo caso, son más víctimas que culpables y herederos del desencanto.

La bronca está dura, piensa Carlos mientras se acaricia la oreja herida, en la que traía su arracada de fin de semana:

su disfraz de malo o diferente. Qué alternativas tenemos, se pregunta, y la respuesta se le va haciendo chiquita como la ciudad que lo expulsa. Carlos va dejando día tras día retazos de su juventud, pronto entrará de lleno en la adultez, pero eso no significa que su edad sea una enfermedad o un problema; ni puede renunciar a vivir, ni aceptar la muerte social a la que lo condenan y hacer como si todo este tiempo no fuera otra cosa más que la preparación para ingresar al mundo real, al de los adultos, y acatar, sin más, un orden que le roba espacio.

Si la energía y la lana que se gasta en oprimir alternativas a los chavos se empleara para entrarle de a deveras al problema de las drogas, para apañar a los socios lavadóláres, para dismantelar la industria del robo de automóviles o algunas "empresas" igualmente redituables, otro gallo nos cantara, le dice Carlos a su novia.

Carlos está vivo. Es hoy y aquí un joven, Carlos quiere y necesita opciones, y no necesariamente subterráneas.

FANTASMAS CITADINOS

Apura el paso de regreso a su casa. No sabe qué es más fuerte, si los nervios del regaño que seguramente le van a dar o el miedo que le da la calle sola. Fernando tiene 15 años, aquí ha vivido toda su vida, es, pues, un adolescente-urbano, pero no domina la ciudad.

Siempre ha vivido protegido y atemorizado por los temores de sus padres, de sus tíos, de sus maestros. La calle es peligrosa, nunca hables con extraños, nunca te pares a ayudar a nadie que no conoces, no andes solo, cierra la puerta y no le abras a nadie; no son solamente frases, forman parte del manual-no-escrito-para-vivir-en-la-ciudad que Fernando ha ido haciendo suyo desde chiquito. Luego entonces la solidaridad para Fernando y para muchos niños-jóvenes como él es un valor abstracto que sólo encar-

na en el ámbito estrecho de su mundo conocido. Todo lo extraño es malo y amenazante. Los pobres son imágenes de tele o seres etéreos a los que hacen referencia su libros de texto: el chavo que se acerca a limpiar el parabrisas es seguramente un delincuente-marihuano; la mujer que toca la puerta pidiendo trabajo es una ladrona-trafficante de órganos de niños. Sus compatriotas son sus tíos, los papás de sus amigos, los chavos del equipo de fut de la otra escuela: el señor que toca el claxon tratando de pasar es un loco-desenfrenado que te mata por nada, la secretaria de tu-papi que pidió aumento es una abusiva que se roba lo que puede. Los políticos son engendros del mismísimo diablo, aunque le dicen sus maestros que hay que votar. Los ejemplos se multiplican, monstruos por todos lados. La ciudad es un asco, ya ni siquiera enamorarse es seguro, con tanto narco-trafficante ya no se sabe quién es quién.

Fernando no tiene muy claro lo que significa "tolerancia", "respeto", "convivencia pacífica"; en sus cortos años no ha tenido oportunidad de ejercerlos y, como van las cosas, seguirán siendo valores abstractos en los libros, en los sermones del domingo o frases hechas para echarle en cara sus actitudes de permanente defensa que no son un invento ni parte de sus humores cambiantes de adolescente sino producto de un largo proceso de educación-socialización que le ha cercenado con miedos reales y ficticios la capacidad para vivir de manera espontánea en su entorno.

Fernando va al encuentro del futuro con un cargamento de temores, la ciudad será cada vez más grande y más peligrosa. Las fronteras y muros invisibles que Fernando ha ido levantando lo aíslan de posibles peligros pero también le roban la felicidad de la confianza; le arrebatan el gozo de ser solidario porque sí, le niegan la posibilidad de sumergirse en un evento colectivo sin miedo al roce y contacto con lo extraño. Le han quitado la posibilidad de acertar en sus juicios porque en ello va el temor mortal a equivocarse. Esto

es la ciudad para Fernando, su espacio cotidiano, su pedacito de patria, y éstas sus confusas ideas sobre las relaciones sociales.

La oscuridad extiende sus sombras por la calle, una sirena rompe a lo lejos el silencio, unos perros que ladran son la única señal de vida cercana. Es que en la colonia donde vive Fernando todos se encierran temprano. Fernando no sabe que antes la gente salía a platicar a la banqueta, o a ver pasar a las personas mientras los niños jugaban en la calle. Esa es prehistoria.

Una camioneta verde y blanco de la policía hace su ronda, al verla Fernando se tranquiliza. Los policías lo ven y se alejan plácidamente, la amenaza, también para ellos, tiene color de piel y clase social. Fernando abre la puerta de su casa, por hoy está a salvo.

ANÓNIMOS VIAJEROS

"Bienvenido al cajero automático" anuncia la pantallita, y en un ritual repetido Omar introduce la tarjeta electrónica. "Teclee su número de identificación personal", y en un gesto no calculado Omar teclea cuatro dígitos neutros que son y que no son él. Terminada la operación, Omar sube a su coche y toma el paso a desnivel de López Mateos que a esas horas marca "congestionado", mientras lo cruza el radio anuncia diferentes productos para "usted que es diferente"; ensimismado, Omar ignora voces y paisajes, la ciudad se convierte en una palabra, en una idea: "Av. La Paz, próxima salida"; "Hidalgo, 1/4 de kilómetro". Arriba la calle es apenas un itinerario.

Omar trabaja en un edificio inteligente, una cámara, una mirada anónima y misteriosa, lo sigue hasta su oficina, desde su ventana en el onceavo piso puede ver la ciudad por la que transitan miles de anónimos "clientes", "conductores", "pasajeros". El fax trabaja ininterrumpidamente,

• • •

decenas de tránsitos, transmisiones en el espacio, redes. En la pantalla de la computadora aparecen listas, números que son personas, perfiles de los poseedores de tarjetas de crédito. Omar ordena, pide clasificaciones, imprime en una laser jet. Concluye la jornada en el aséptico ambiente del clima artificial de su edificio inteligente.

Un alto en una farmacia, paga con tarjeta de crédito, demuestra que es inocente y que ha pasado por todos los sistemas de control. Su identidad, desconocida para el cajero en la farmacia, está amplísimamente documentada y probada en misteriosos ficheros, en listas similares a las que Omar maneja. De nuevo al auto, los tonos naranjas de la tarde que cae sirven de marco para resaltar los enormes edificios. Cansados pasajeros aguardan en las esquinas sin tocarse entre sí, en la soledad de su similitud. Los conductores comparten el alto, una luz roja y una mirada de reojo; el viaje continúa.

Los letreros de neón se encienden, invitan, interpelan. Otro alto y Omar contempla extrañado las bancas de metal en el cruce de Niños Héroes y López Mateos, fugazmente se pregunta a quién se le ocurriría sentarse en esas bancas a contemplar el espectáculo de anónimos viajeros que se convierten en marcas de automóviles. Cuando se aleja y el radio repite incansable "gracias por su preferencia", "para usted que es diferente", Omar alcanza a formular una veloz idea: "estas bancas son un monumento al desencuentro". La ciudad es un itinerario.

¿POS QUÉ ESTÁ PASANDO PUES?

"Porque fijese usted, lo que esto significa es ... dadas las condiciones, lo que hay que hacer ... yo creo que esto tendría que ver ..." Sigue buscando en la banda, Dolores está molesta, lo que quiere son noticias, información, y no las opiniones más o menos entendidas de algunos profetas

• • •

de la radio y de la televisión. Pero no hay escapatoria, la tendencia a la editorialización de todos los acontecimientos se extiende como ola expansiva. Muchos locutores, conductores, reporteros se sienten en la obligación de opinar de todo cuando lo que hace más falta es información clara, comenta Dolores en voz alta mientras busca afanosamente una estación que le diga qué, cuándo, dónde y cómo. Inútil.

Está cansada de la risita suficiente y de los gritos de Javier Alatorre que noche tras noche se crece en su mediocre omnipotencia, y de los regaños, trampas y netas de Zabłudowsky. El que se salva es el de Telemundo, de tan discreto que ni su nombre recuerda, pero resulta tan poco el espacio que dedican a México... Pero ahí está como una adicta todas las noches, control en mano, repitiendo el ritual: del 13 al 2, del 2 al 6 y vuelta a comenzar; resignada a los corajes, hecha al ánimo de que de lo que va a enterarse es poquísimo en comparación a lo que ella escucha, sabe, siente, intuye que está pasando.

A Dolores los periódicos le dan flojera, pero ni modo, hace un esfuerzo "para compensar" como dice ella. Poco a poco ha ido adquiriendo la costumbre, pero como habitante más o menos reciente del planeta, su percepción del mundo pasa por las ondas hertzianas, las imágenes, los colores. Para ella, la revolución mexicana, por ejemplo, es una fotografía del archivo Casasola; la guerra de Vietnam, una película con Robert de Niro. Su memoria es visual. El blanco y negro de la prensa la cansa y se distrae con facilidad. La gravedad de los hechos amerita un esfuerzo, comenta irónica cuando emprende su cruzada cotidiana contra la desinformación en espera de que un milagro transforme los medios electrónicos en este país. Porque podrá ser floja para la lectura, pero tonta no; se defiende ante sí misma.

Que yo opino, que tú la traes, que no se sabe, y pasaban los minutos y Dolores no podía saber, sin interferencia, qué

• • •

era lo que le había sucedido esa mañana al ex procurador. Como prendió tarde el radio, durante un buen rato pensó, por el manejo informativo, que habían asesinado al actual procurador. Y luego que ya los tenían, y que siempre no, y entre la confusión de las autoridades y los opinólogos, pues no hay manera.

El desconsuelo y otra vez la incertidumbre la colocaron en esa espiral frenética: buscar información, llamar por teléfono y el ya común ¿ya oíste...? ¿cómo la ves? y las pláticas del día y el miedo invisible que se suma a los muchos miedos que ya traemos, expresado y condensado por su nana Cuca: "¿pos qué está pasando pues?".

Dolores se promete aumentar su dosis de lectura, vencerse a sí misma, a ver si así logra entender lo que sucede y de paso explicarle a su nana.

LOS CARACOLES

El proyecto es no tener proyecto. Vivir día a día, sin compromisos, pero también sin demasiada esperanza; sin utopías que coloreen el paisaje, es decir, sin dolor, pero también sin alegría. La vida para Germán se resuelve minuto a minuto. Nada es definitivo, todo es provisional. Tiene 26 años, una carrera universitaria y un bello rostro desde el que mira con mezcla de desamparo y de desdén al mundo.

Militante de sus propias causas, Germán forma parte de la llamada Generación X, esa que inventada por un novelista y cuyas aventuras han sido llevadas al cine por más de un director, es una realidad: la generación de la crisis, del deslavamiento de los valores "duros", de la cultura de lo efímero. No tienen "causa", pero no son "rebeldes"; al contrario, están dotados de un mecanismo que les permite adaptarse con sorprendente facilidad a los desafíos que les plantea de manera cotidiana la situación actual: la falta de empleos, el desencanto de la política, el sida como amenaza

invisible de sus relaciones amorosas, los intangibles peligros propios de la modernidad. Están-viven-son vitalmente cansados; no hay terremoto capaz de arrancarles un gesto de sorpresa. Ciudadanos globalizados del fin de milenio sus señales de identidad son una amalgama de símbolos donde confluyen lo local, lo trasnacional. Hábiles y pragmáticos navegantes que lo mismo transitan en mares turbulentos que en las aguas turquesas del dejarse ir-dejarse ser.

Germán ha buscado un trabajo afín a su carrera donde desplegar un talento y una inteligencia que el mundo no merece. Emigró de la ciudad a la capital en busca de alguna oportunidad, pero, en el fondo, su partida tiene más de huida, de escape infructuoso, porque Germán no puede huir de sí mismo, ni del mundo. El cambio de escenografía le sienta bien, el anonimato posible en la megalópolis le permite camuflarse, exponerse-replegarse de acuerdo con su estado de ánimo.

De día duerme, de noche trabaja en un bar. A las tres de la mañana, la neblina capitalina, la soledad en los viejos edificios, el silencio, le dan la sensación de ser el personaje de una novela, de vivir entre la realidad y la ficción. No es feliz pero tampoco es infeliz, ahí la lleva.

Entre su sueldo, raquítrico, y las propinas, Germán paga la renta de un departamento que comparte con otros miembros de la X, con sus propios estilos de estar en el mundo. Come lo que se puede y con lo que sobra alcanza para un buen libro, un concierto, una exposición y largas tardes de café expreso donde espera sin esperar que algo suceda.

Germán y sus contemporáneos no tienen arraigo ni banderas. Germán se piensa a veces a sí mismo como un caracol marino, que reacciona apenas a los sacudimientos del entorno, que ha aprendido que para sobrevivir es necesario moverse lento y rápido de acuerdo con las corrientes imprevisibles de la vida. Mutantes, somos mutantes,

• • •

piensa Germán, nada de un tercer pulmón para procesar el aire contaminado, nada de pieles rugosas o desaparición de dientes. Sólo la ironía, la incredulidad, el desapego como mecanismos de sobrevivencia, conservar el calor interno como única meta para no perderse. Quieren amores posibles.

"AUNQUE ME DEN CON LA MANO DEL METATE"

Puro instinto, gozo, piel, amaneció. El sol de invierno le sacudió la nostalgia, bajo el brazo el nuevo libro de Ricardo Yáñez, *Dejar de ser*. La ciudad se veía fantástica esa mañana pese a tanto escarbadero. Una página, un poema y su sistema lúdico-amatorio se reconectaba nuevamente. Lucía es una enamorada de la vida, confesa e irredenta.

Como cápsula de sol mediterráneo, revitalizante, le cae cada palabra, cada giro de lenguaje.

Lucía lee y se reconoce: "aunque me digan, aunque me contradigan... aunque venga mi madre y me suplique... mi voz y me suplique, he de morir viviendo, ya lo dije/ es todo lo que sé", dice el poeta en la página 14. Lucía levanta la mirada y contempla fascinada los ires y venires, los rostros anónimos de sus conciudadanos, los sucesivos gestos de renuncia, de desamor, la prisa y "tanta nada irresuelta, irresoluble", como lee en el número dos de "Vulnerado"; página 66, Lucía subraya.

Un sorbo al cafecito y una balbuceante idea hace olas en el líquido negro: la poesía nos devuelve a la dimensión exacta, ahí donde se tocan lo interior con lo exterior; ahí donde se abrazan en un vuelo perpetuo los dolores privados con los dolores públicos. Qué bueno que hay poetas, piensa Lucía.

"Iba mi voz en do, doliente nota. Iba mi voz en solamente rota... pasaban en la calle los viandantes, como de sentimientos traficantes", le dice el poeta y Lucía se entre-

• • •

tiene en descifrar el tráfico, los colores de los autos, el ruido ronroneante de motores, la partitura colectiva ejecutada frente a sus ojos: un alto, un siga, un radio que se pierde en la próxima cuadra y los girones de conversación que quedan en el aire. ¿Qué si no un tráfico de sentimientos, de jornadas en que nos decimos sin decimos, es esta ciudad? se oye pensar Lucía.

En la mesa contigua un hombre lee atentamente la nota roja: pleito entre pandillas, muere maleante de un balazo. Lucía salta a la página 37 de su libro-continente: "En San Andrés mataron a Macario por un pleito sin chiste. Lo balearon por la espalda, además, ¿y qué tendría: 16, 17 años?... Dicen que el que lo hizo era muy pobre... que se quitó los huaraches para huirse, pero de todos modos lo agarraron". ¿Qué hay de poesía en la muerte, o será que la poesía nos ayuda a domesticar la muerte?, un escalofrío le habita momentáneamente el cuerpo, Lucía imagina el cuerpo de Macario tendido, inerte, ahora invulnerable. El hombre del periódico salta la sección de deportes. Cuanta violencia absurda: "cómo se acaba el mundo de unos ojos", los ojos vivos de Lucía leen en las páginas siguientes.

Mientras Lucía continúa su lectura, afuera, transeúntes distraídos apenas perciben ese cuerpo acomodado a un equipal y tal vez fugazmente alcancen a pensar: "Una mujer hermosamente ridícula, frágil, escultórica... Una mujer que cambia de lugar y no de vida. Grita, susurra (nadie sabe si llora). Pariente de la luna, de la sangre, anda comiendo sillas todo el día". Quizás muchos lo puedan percibir, pero sólo un poeta puede decirlo.

Todas las profundidades terminan por encontrar su sitio. La ciudad es perfecta en su eterna imperfección. Lucía paga la cuenta y se sumerge en el movimiento "como un zapato viejo pero muy, muy bailado", con su libro de poemas bajo el brazo.

OPERATIVO DE RUTINA

Unas gotas heladas le descenden por la espalda, su boca está reseca y un bigotito frío le cubre los labios. Las manos del patrullero de Zapopan recorren su cuerpo de 15 años, mientras el otro patrullero corta cartucho y los mira desde la prepotencia de su uniforme, desde su ancestral impunidad. Venían muy rápido ¿qué traen?

Daniel y sus amigos "delincuentes" de cachucha y pantalones de mezclilla están aterrados. Una voz interior, un miedo y desconfianza (también ancestrales) les recomiendan asumir, acatar sin protestar la orden de los "guardianes". Abren las piernas, se colocan contra la pared, se dejan catear, mientras en su interior se agita la humillación, los pensamientos atropellados sobre las culpas que no tienen.

Vamos a una fiesta y no veníamos rápido. Se atreve a contestar, momentáneamente envalentonado, el chofer del vochito destartado que maneja desde hace meses con un permiso debidamente registrado en Tránsito.

Municipio de Zapopan, ocho de la noche, fin de semana, los jovencitos buscan espacios para reconocerse, para darse fuerza y confianza mutua, entre iguales. Están cansados de la semana escolar, de los lamentos familiares por la crisis, de la madurez que se les pide y luego se les reclama. De lo que tienen ganas es de reírse de nada, por nada, de sentir por un rato que la vida les pertenece, comerse el mundo de un bocado. Vitalmente jóvenes, impúdicamente seguros (para disfrazar la inseguridad que les provoca un cuerpo que crece y les queda grande y a veces chico), naturalmente, exploradores de su propio entorno. La ciudad los espera. Afuera, los peligros, las advertencias recurrentes: no los vayan a asaltar, regresen temprano, avisen dónde están, sean responsables.

Al catálogo de recomendaciones habría que añadir: cuidado con las patrullas.

La noche se echó a perder. Abatidos, con las piernas temblorosas, el espíritu aventurero sustituido por el desánimo y el miedo, los "sospechosos" regresan a sus casas.

Daniel narra su encuentro con la ley: íbamos a casa de Mónica en el vochito del Totoy y nos alcanzó un patrulla (está hiperventilando, lucha contra las lágrimas que amenazan con brotar). Que párense y ya nos paramos y nos quedamos bien paniqueados y luego un policía de cada lado del coche y uno que corta cartucho, traía un riflote y que a ver bájense y contra la pared y que ¡a ver tú, soplame! y que vamos a llamar a Tránsito y que dónde está tu permiso, le decían al Totoy, y al Totoy se le caían todos los papeles y unos señores muy buena onda se pararon y yo creo que los policías se sacaron de onda de que los estuvieran viendo y la señora les dice: oiga oficial pero si están muy jovencitos, pues qué hicieron. No pues nada señora, es un operativo de rutina, es que hay mucho pandillero.

Ya se pueden ir muchachos, no hay problema. Pero ¿y si los señores no se hubieran parado? pregunta Daniel mientras de un solo trago se bebe el vaso de leche con azúcar (para el susto) que le sirvió su mamá. Con los ojos pide una explicación, un consejo sobre cómo reaccionar.

Sus padres permanecen callados. No es fácil responder. ¿Es prudente decirle que tiene sus derechos, que los defienda, que no se asuste? o, por el contrario, ¿decirle que en estas situaciones es mejor no discutir? Con profundo dolor e impotencia, sus padres optan por el sentido común: lo que pasó no está bien, tú tienes tus derechos pero contra la prepotencia no se puede, cuidate. Daniel percibe la ambigüedad del mensaje: hay leyes pero a la hora de los cocolazos sálvate como puedas. Daniel hace su entrada en el complejo mundo de la impunidad legal.

RITUALES COMO BESOS

Amaneció preocupada, casi triste. Tanto trabajo, tantas reuniones, autocontrol para ejercitar la tolerancia, abrirse a las opiniones de los otros. Y ahora sólo faltan unas horas para saber si lograron vencer las inercias, nada ha dejado de hacerse. Piensa Paula que hay que confiar en el encuentro, en la capacidad de despertar lentamente las fuerzas aletargadas. Paula cree en la consulta, 27 de agosto de 1995, para que la gente diga sí o no y se esbocen los cómo; Paula cree en la necesidad de involucrarse, de correr el riesgo de la apuesta.

Pero también intuye, desde la frescura de sus 20 años, que no hay proyecto social que agrupe entusiasmos y los mantenga, que hay casi una renuncia generalizada a himnos y banderas. Hace poco tiempo Paula pensaba que era un alivio la falta de planes, dejarse llevar por el día a día, andar la ciudad despreocupadamente, que la vida sucediera bajo el sol y la lluvia. Una buena rola, un buen libro, una tarde de cine y se acabó.

No sabe Paula en qué momento la fue deshabitando la tibia comodidad y como no queriendo se fue acercando a los otros. No es sólo Chiapas, no son los zapatistas, ni siquiera la idea romántica de fugarse por los huecos de la disidencia. Los detractores de Paula, y de muchos como ella, dicen que se trata de románticos trasnochados, de inconformes empedemidos, les parece cursi, y a veces hasta hipócrita, que a algunos les de todavía por involucrarse en causas y procesos sociales. Sonrien condescendentemente al paso de Paula con su caja de carteles promocionando la consulta, a los desvelos de Paula; agitan la cabeza con gesto autosuficiente ante los himnos y piensan que qué mal gusto, que cuanta necedad en esta época de marketing y de fin de la historia; ya no se usa la esperanza, o al menos la esperanza

que no corre aparejada al bienestar de los edificios y electrodomésticos.

Pero Paula no se ha desanimado, aunque hoy esté preocupada y casi triste, un solecito le calienta el pecho porque sabe, siente, vive una dirección, porque ha logrado, simplemente, ponerle nombre a su angustia, porque en medio del ruido, de la agitación, de la falta de sentido, Paula ha descubierto que, o vamos juntos, o no vamos a ningún lado; porque hoy sabe que también existen los que no son poderosos, los no ricos, los no famosos, los no corruptos. Está enamorada de la vida y dicen que los enamorados son como los sonámbulos: no ven sólo con los ojos sino con el cuerpo entero.

Paula ordena la papelería, el material de la consulta y antes de salir de su casa rumbo a la mesa que le tocó atender con otros jóvenes, respira profundo. Tiene miedo, no de lo que le pueda pasar a ella sino de que la consulta no logre apuntalar el papel de la conciencia, del criterio; que una vez más la noticia de la noche sea que Lady D se compró nuevo vestuario y allá en el último espacio, del último corte, de la última emisión del día, aparezcan, como hormigas, los que siguen emocionados. Y eso entristece a Paula.

Da un paso al frente, avanza, se introduce en la calle con su cargamento a cuestas, dispuesta a vivir el ritual. Recuerda fragmentos de una frase, un filósofo alemán que decía que los rituales tenían sentido a condición de que no se gastaran y fueran como besos. La tristeza y la preocupación se han ido, a cada quien le toca pensar y poner su deseo.

NATURAL BORN DILER

La transa está hecha, con la última bolsita de 3.5 gramos de mota entregada, el día laboral concluye. Guerrero se dirige de regreso al cantón mientras hace las cuentas de la

ganancia, que en realidad es poca, porque la parte gorda del negocio es para otros, los no visibles, los señores. Él es distribuidor en pequeño, un diler de barrio que ha logrado sobrevivir gracias a su instinto para oler los problemas con anticipación. Nunca ha tenido broncas con la tira; sus clientes están satisfechos, casi puros morritos del mismo barrio, aunque vienen a buscarlo también de lejos. Pocos entienden la broma que Guerrero (su nombre de batalla) les gasta cuando les dice que él "pura calidá total, servicio de primera"; lo único que saben es que su diler es infalible, nunca le falta mercancía y jamás "los deja abajo". Tampoco ha tenido problemas con sus proveedores, domina perfectamente los códigos no escritos, no pregunta, no habla y hace puntualmente sus pagos.

Hoy Guerrero tiene 26 años pero se inició en el bisnes desde los 15, primero como ayudante. Su empleador su tío, su iniciador y maestro en la lucha por la sobrevivencia, le decía que iba a llegar lejos, que su instinto natural para mimetizarse en el ambiente y el ojo para seleccionar a los clientes (porque no a cualquiera se le vende) eran atributos muy bien cotizados en este mercado.

Un día fueron al cine, doble función dominguera, a ver películas de putazos que su tío decía que eran muy educativas. De ahí le vino el apodo, en honor a un guerrero ninya que aparecía y desaparecía a voluntad: ira, le dijo su tío, tú eres como ese cabrón. Y el apodo se le quedó. Lo que quedaba de José de Jesús desapareció para siempre, tomó el mando el Guerrero Negro: no carnal, tú de plano naciste para esto.

Su tío cayó en la cárcel por un pleito de faldas y Guerrero se fue haciendo cargo del negocio, como no queriendo, hasta que logró controlar un territorio bastante grande. Desde la cárcel su tío le pasó los contactos. En su casa nadie preguntaba, agobiados como estaban por una economía

precaria, caía muy bien el ingreso infalible y creciente que el hijo mayor aportaba.

Muy al principio, José de Jesús se aparecía en los sueños de Guerrero y una como cruda lo despertaba. La imagen de su padre, un maestro albañil ahora consumido por el cáncer, y la de su madre, prematuramente envejecida, le arrancaban los remordimientos. Él no se iba a consumir a lo tarugo, él era un empresario y ni modo, vendía un producto como cualquier otro y no tenía porque sentirse mal, faltaba más, peores chingaderas hay en el mundo, se decía rápidamente Guerrero y a lo que te truje.

De regreso al cantón, Guerrero descubre las huellas de un psicotrópico en la mirada y en los movimientos de su hermano menor. De un puñetazo lo derriba en el piso: ya te andas metiendo tiznaderas de vuelta, buey. Si quieres entrar al negocio tienes que mantenerte frío, vas a hacer que nos agarren. Lloroso y asustado, el hermanito jura y perjura que ya no, que lo promete, que es la última vez, y retira como puede su humanidad de 14 años de la mirada enfurecida de su hermano, empleador y maestro.

Guerrero revisa el inventario y descubre faltantes. Sacude la cabeza y piensa para sí que para este negocio se ocupa talento. No todos nacieron para dilers.

QUE AL CABO ASÍ ES LA VIDA

Como cada mañana, Chuy se despertó con las campanadas de la iglesia, y como cada mañana pospuso por algunos minutos y con mil pretextos el momento de bajar de la cama que comparte con Beto y con Pancho, sus dos hermanos menores. Como siempre, recorrió la cortinita que de noche convierte en recámara un pedacito de la pieza en la que vive con toda su familia.

Pero esa mañana Chuy amaneció como descompuesto, con la tragedia pintada en la cara, la saliva espesa y el

• • •

estómago hundido. Los ojos se le fueron siguiendo a su mamá, que repetía las mismas acciones de todos los días; Chuy sintió un escalofrío, algo parecido a la nostalgia, jaló una bocanada de aire y el olor a pobreza le golpeó los sentidos.

Ándale m'hijito, ya apúrate, necesito que hagas unos mandados y acuérdate que tienes que ir a ver al señor que te dijo tu tío para ese trabajo en la fábrica, lo apuró su mamá. Como cada mañana, todos chocaban contra todos, pero ese día Chuy ni se puso de mal humor, a pesar de todo andaba juguetón, jalándole el pelo a sus hermanas y molestando a los chiquitos.

Afuera el sol empezaba a calentar pero ya el movimiento de la gente del barrio levantaba una pesada capa de polvo en las calles sin pavimentar. Chuy saludaba con gesto de fastidio a las vecinas que se afanaban en barrer la tierra.

Hizo todos los mandados que le encargaron: llevó el abono de la tele, fue a pedir prórroga a la tiendita "que dice mi jefa que por favor nos espere hasta el sábado porque mi jefe no ha rayado", y luego se fue para la fábrica.

Lo hicieron esperar mucho rato. Chuy seguía fascinado los movimientos de las máquinas y el bullicio de voces y de albures; cuando ya movía sus tenis convers con muchísima impaciencia, apareció el amigo de su tío. Pos sí muchacho aquí hay un jale, pero no quiero viciosos en la fábrica y te vas a tener que cortar el pelo y mira nomás ese tatuaje. Total que el señor le soltó la aburridora y al final ni la chamba le dio; que se veía de a tiro muy loco y que él ni por su amigo se iba a arriesgar. A Chuy le dio coraje pero ya estaba acostumbrado. Total.

Anduvo deambulando por el centro, se fue a ver los estéreos a Taiwán de Dios; se encontró con varios cuates y se saludaron con el ritual acostumbrado: un apretón de manos y un ligerísimo roce de los pulgares: ¿Qué onda ese? y se contaron las hazañas del día, que más bien eran pocas.

La noche se les vino encima. De regreso al barrio sus compas y él se sentaron en la esquina de siempre. Un lapso de tregua para quejarse y contentarse con la vida. Y al rato el silencio. Todos habían alcanzado a correr, menos Chuy. Dicen que se oyó como un golpe en seco, dicen que sus tenis quedaron empapados en sangre, dicen que quedó panza arriba con una pregunta no formulada en sus ojos abiertos, dicen que cuando le avisaron a su mamá se puso a alisar la ropa y a enrollar calcetines del puro dolor y desconcierto, dicen que los muchachos no estaban haciendo nada, dicen que el policía que mató a Chuy no se fugó, "nomás se fue"; algunos dicen, entre suspiros, que al cabo así es la vida. Muchos ni se enteraron.

LOS RECHAZADOS

Ocorre que no hay sitio, que no hay lugar, que no se puede, que no salió, que tal vez el año que entra, que qué lástima y el siguiente por favor. Elías se deja caer en la banca de un parque, desmadejado. ¿Y ora?, se pregunta, ni modo de no hacer nada, a los 17 la palabra resignación no existe en el vocabulario. A la mera se equivocaron y sí estoy en alguna lista, capaz que no busqué bien. Pero Elías en el fondo sabe, aunque se invente mil razones para posponer la realidad: no está en la lista de admitidos, no hay lugar para él, ni para mucños como él que deambulan por la ciudad tratando de entender lo que significa no salir en listas, anticipando el gesto de desesperación de una mamá que todo lo apostó "para que salgas adelante m'hijo", o el silencio en los hombros abatidos de un papá que ya no ve lo duro sino lo tupido y ha sido, a su vez, varias veces excluido de alguna lista. La crisis va borrando nombres.

Una revolución de tripas saca a Elías de su meditación. Tiene hambre, salió de su casa muy temprano, y con la nerviolera su mamá lo expulsó literalmente de la casa

"ándale m'hijito, vete a ver las listas y ponte tu pantalón bueno". Elías trae algunos nuevos pesos en la bolsa, se pierde en el tráfico humano de las calles del centro en busca de algún puesto cercano. Esquiva a los vendedores ambulantes: una funda para su videocasetera, joven; diez agujas por un peso; lleve su medicina para los callos y los juanetes; la sirenita y el rey león para colorear. Se vuelve consciente de las múltiples solicitudes de limosna: me regala para un taco, me completa para mi camión, me da para mi medicina, una caridad por el amor de Dios. Elías siente que se le encoge el corazón y se pregunta de cuántas listas están borrados estos conciudadanos, contiene apenas las lágrimas, la tragedia propia sensibiliza, es más fácil ver el dolor de otros.

A pesar de todo, Elías tiene hambre. El cuerpo no entiende de razones, ¿por qué entonces el hot dog le sabe a masa cruda y el chocomil se le atora? Elías se siente un fantasma, con un sentimiento confuso como de haber sido desprendido de algún lado.

El ciclo se ha roto, la aspiración de los recién llegados no encuentra caminos de concreción, ¿cómo continuar la sucesión si ni siquiera hay lugar para los que ya estaban? Por ningún lado se vislumbran respuestas mientras el ajetreo y la lucha por la sobrevivencia siguen su ritmo cotidiano. Pero el mundo se oscurece.

Como llevado por una fuerza invisible, Elías se arrastra, otra vez, hacia el edificio escolar donde aparecen las listas (el poder casi mágico de hacer existir por el simple hecho de ser nombrado). Muchos jóvenes bajan la escalinata decepcionados, como profetas devaluados de su propio porvenir, algunos otros descienden con la confianza de seguir existiendo. Elías los contempla, callado, con su folder (inútil) de trámites y documentos probatorios bajo el brazo. El veredicto ha sido pronunciado, la clasificación es inequívoca: los que sí, los que no, y todo lo que eso significa.

Al lado de Elías, dos profesores conversan: no se trata sólo de un problema de infraestructura escolar, alcanza a escuchar Elías, de presupuesto, la cosa es más seria. La cuestión no es sólo que los rechazados no quepan adentro sino que tampoco caben afuera.

MURIÓ... ¿POR LA PATRIA?

Antonia forma parte del ejército infantil integrado por miles de héroes y heroínas de la sobrevivencia, aquellos para los que cada minuto de estar vivos es casi un milagro. La Tony, como la conocen sus cuates, tiene ya 11 años; o sea, es de las veteranas. Ya de plano no se acuerda y una sombra de duda le cruza por la carita prematuramente envejecida cuando alguien le pregunta que desde cuándo anda en la calle, por no decir vivir, que se oye feo. Uhh, pos sepa, contesta mientras separa con los ojos brillantes lo que sirve y lo que no del botín que rescató de un bote de basura: bien muchos, añade, desde que estaba chiquita. Y no hay manera de avanzar más, de penetrar en el misterio.

La Tony tiene su propio ejército formado por el Agustín, el Fernando, el Juan, el Francisco y el Vicente, cada uno con rango y nombre de batalla: el Chale, el Chimpas, el Sata, el Gordo, santo y seña con que el grupo va bautizando a sus nuevos integrantes. Un rito entre serio y divertido en el que los soldados acuerdan cuál es el nombre que mejor expresa las características del recién llegado, y que sirve además como una forma amorosa de llamarse entre ellos.

La Tony sabe que la vida en la calle es dura, difícil y que se necesita algo más que ingenio para sobrevivir. No en balde su larga experiencia la ha convertido en una especie de generala de división, no hay nada que no se le consulte, ninguna decisión se toma sin su consentimiento. No es sólo que es la más vieja del grupo, aunque esto cuenta, se trata más de su capacidad para sortear dificultades, de su fortaleza

para enfrentar la hostilidad que su pequeño ejército padece diariamente. Ella aprueba y desaprueba, mediante gruñidos y pujidos, que son interpretados sin problema gracias al perfecto entrenamiento del grupo. Hoy se trata de defender una esquina de otro ejército de limpiabrisas, mayores y mejor equipados que su grupo; mañana de sacarle la vuelta a la tira y acomodarse para pasar la noche; otras veces la misión consiste en sacarle una lana al aprendiz de investigador, que llena su libreta de notas con las historias que la Tony inventa, según la inocencia de su interlocutor.

Hoy la generala Tony está de mal humor, le duele el pecho (por la mojada de antier) y la cabeza. Además, en su esquina se acaba de instalar una nueva franquicia, que opina que no quiere mugrosos revoloteando alrededor de los coches de los clientes.

El pequeño ejército no se da por vencido, más tardan en correrlos que ellos en brotar de la nada: "¿se lo cuidó?", "¿le limpio el vidrio?"

Aunque en el fondo la Tony sabe que el invasor los vencerá (la historia se repite), diseña una estrategia de defensa final. Con todo y la calentura y una plancha en el pechito disminuido que le impide respirar, gira instrucciones, da órdenes, que el pequeño ejército acata sin chistar.

Por la noche, toda defensa parece inútil, su esquina ha sido tomada, los soldaditos se dispersan. Con escalofríos, la Tony se envuelve en un periódico y se deja caer en la banqueta. Una ambulancia recoge en la mañana, a los pies de un palacio de cristal, un cuerpo helado que se reporta como "adolescente, femenino, desconocida". Ningún libro de texto recogerá la historia de la Tony y sus cadetes.

DE MIEDOS Y ALAS

Yo de lo que tengo miedo es de que la policía me vaya a poner un retroputiza en barrio, dijo el Guillian. Por supues-

to todos se rieron, porque además lo dijo con frescura, sin fatalismo. Pero la risa tenía mucho de tristeza, de nerviosismo colectivo. Resulta que no es fácil hablar de los propios miedos delante de los otros, pero quizá es más difícil escuchar los miedos ajenos.

El Guilligan tendrá unos 17 y es un apasionado del grafitti. Su cuerpo ágil y moreno se hace uno con el bote de aerosol y la pared va respondiendo como si desde siempre contuviera en sus poros los diseños que el Guilligan va trazando; disciplinadamente el muro obedece las instrucciones y suda letras, rostros, objetos. La pared es un reflejo del mundo.

Los demás observan sorprendidos a las termitas trabajar. Hay que ver a los grafiteros en acción para entender lo que de colectivo tiene esta ceremonia.

Rigurosos tenis, pantalón corto, camiseta blanca bajo la camisa desabrochada y la infaltable cachucha para atrás, el Guilligan se desplaza de un lado a otro para verificar los resultados del trabajo. Los grafiteros de hoy son una mutación de la identidad de sus antecesores. La modernidad también penetra transformando lo pequeño, lo no visible, velozmente; nada es estático. Nunca el mundo estuvo tan cerca como hoy.

También me da miedo la pobreza, añadió el Guilligan cuando por fin logró sentarse y cuando para los otros, ahí presentes, adquirieron sentido los indicadores estadísticos, las noticias. Paula dijo que ella de lo que tenía miedo era del desamor, y las luces que son sus ojos negros se taparon un poquito; luego el Loco dijo que él no tenía miedo, pero acabó reconociendo que lo aterraba el futuro; la Pato dijo que lo que es ella le tiene miedo a darse por vencida y ya no más, lo dijo con tal convencimiento, con tal intensidad, que las respiraciones se cortaron; Julio comentó que sentía miedo de que sus hijos fueran a ser víctimas en el futuro de los políticos corruptos y sacó una hojita y la leyó y les dijo

* * *

a todos que ya estaban juntos y que ahora no podían hacerse tontos, que ya se habían oído y hasta sentido; que ya no se valían las fronteras ni las aduanas.

En la oscuridad una voz dijo, yo tengo miedo a perder la esperanza. Y todos estuvieron de acuerdo en que ese era el miedo mayor, la veta-madre de todos los miedos.

Y antes de que les entrara la depre se fueron juntos a reconectarse la esperanza con los acordes del rock, y ya en pleno concierto, como lo señaló el percusionista Pato en su poemario *Póngale usted el título que quiera*, hubo que reconocer que el rock como la poesía, "es sólo cuchillito de palo, quien intente cortarse las venas, matar al vecino, cazar al nahual o torturar al ser amado con él, se llevará una gran desilusión".

Y así diciendo, rodeados de grafitti, tarareando canciones, disfrutando la carrilla colectiva, supieron que era posible estar juntos, que eran más cosas las que los unían que las que los separaban.

El poemario del Pato se abrió en la página 15: "corra a mirarse al espejo más próximo: notará que usted no será ya nunca más el mismo: habrán empezado a brotarle alas en la espalda".



Capítulo II

La calle y otras ondas

TRÁNSITO DE HISTORIAS

La nave despegas desde el mismo punto todos los días. A fuerza de repetir el ritual se pierde la capacidad de asombro y cada noche, al regreso, las mil historias que pudimos conocer se diluyen, se deshacen como espuma en un movimiento que no cesa. Esta mañana, aunque igual, es diferente. Irma decide embarcarse en la aventura con toda la conciencia de la que es capaz.

Los gestos, las pausas, los silencios, la violencia, se vuelven hoy visibles. Desde su asiento, en la parte posterior, Irma observa atentamente. Poco a poco empiezan a concentrarse los olores, la temperatura va aumentando a medida que los cuerpos se aprietan, se rozan con resignación mientras las miradas se evitan, se escapan hacia adentro, o fingen interés en algún punto no ubicable.

¡Háganse pa'trás!, grita el capitán del navío urbano, transitoriamente dueño y señor de los destinos de los pasajeros, quienes ejecutan la orden con desgano, siempre en espera de que sea el otro quien se desplace.

Un alto y el acelerador se convierte en instrumento musical, tanto para piropear la minifalda que cruza con prisa

por la esquina, como para "invitar", a la mexicana, al vehículo delantero a que desaparezca. Temerosos de las repercusiones que en sus apretados horarios pudiera tener el incidente, algunos pasajeros gritan: ¡ya chófer, no le hagas caso!, marcando, cariñosamente el acento en la o. Magnánimo y consciente de su histórica importancia, el chofer acepta la ovación colectiva y comenta con la pasajera más cercana que así cómo, que ya no se puede, que tanto energúmeno suelto en la ciudad y él todo el día lidiando con ellos. La pasajera asiente y musita un ¡qué barbaridad! y el silencio regresa.

Irma detiene sus sentidos en un hombre maduro que con poco disimulo pega su cuerpo al de una jovencita, atrapada entre una bolsa de mercado y una gigantesca grabadora. Nadie hace nada, el aliento del tipo sube de temperatura en la nuca de la joven que finalmente logra desplazarse unos centímetros y utilizar como escudo protector la grabadora japonesa. Un poco aliviada la joven mira su reloj nerviosamente, el final de su viaje se adivina lejano.

Dos filas adelante, dos señoras se narran una a otra sus enfermedades y problemas. Parece un concurso de desgracias: marido desempleado, úlcera y madre con embolia, mata vivir de arrimada con nuera perversa. El juego vuelve a comenzar.

Como olas, los pasajeros se renuevan en distintos puntos, aunque algunos permanecen formando una hermandad, algunas miradas cómplices y desaprobatorias se comparten cuando el hombre del cuerpo pegajoso busca (y encuentra) otra víctima, que le sale menos dócil que la primera y que lo confronta con un fuerte "¿qué trae?" que le enfía el aliento instantáneamente. Una sonrisa disimulada se dibuja en el rostro de la hermandad y otra vez cada quien a lo suyo.

Un vendedor de profecías invita a encontrar el "verdadero camino" mediante la módica suma de dos pesos. Un

viejito de sombrero antiguo, con credencial del Seguro que sobresale de su bolsillo derecho, le compra la receta. Quién quita y a lo mejor encuentra la manera de hacer rendir su pensión. El profeta da la bendición al pasaje, las gracias al chófer y brinca luego ágilmente a la banqueta. Algunas miradas escrutan con curiosidad el folleto del "verdadero camino" que revisa con atención reverente el viejito, hasta que pierden interés.

Imma llega al final de su viaje y desciende maravillada. Al día siguiente la fotografía en primera plana de todos los navíos parados en el centro la lleva a pensar en sus personajes: a qué nuevos creyentes venderá promesas el profeta, qué cuerpos buscará para el suyo el pervertido, a cuál desconocido se le contarán las desgracias propias. Quién llevará a sus destinos las historias que transitan cotidianamente por las calles.

SEPTIEMBRE

Como cada año, desde que tiene uso de razón, Elvira asistió a la ceremonia de independencia y, como cada año, se maravilló con los cuetones y con el castillo. Como buena experta en esas artes, por venir de familia de cueteros, Elvira mide el éxito de la fiesta por la calidad de los fuegos artificiales: sabe cuándo está ante profesionales y cuándo nomás están cuenteando, mucho ruido y pocas luces.

Ataviada con su única falda negra, una blusa blanca y su rebozo verde, llegó tempranito a la plaza para colocarse, como siempre, "mero enfrente del balcón, que es donde se pone bueno". Arriba están los principales, con sus trajes de lujo y sus caras de aburridos; acá abajo, el puro pueblo, dándole vuelo al patriotismo.

Un elote desaparece lentamente entre sus dientes. Los niños juegan con sus globos y hacen sonar tenazmente sus

matracas, todo es bullicio y amontonamiento, sudor contra sudor. La patria colorida está contenta hoy.

Un silencio va creciendo entre la multitud cuando en el balcón se asoma la bandera; todos los cuellos se estiran y Elvira va sintiendo cómo se le pone chinita la piel: ¡mexicanos, viva México!, y un ¡viva! desgarrado contesta como ola expansiva.

Y como cada año, Elvira se pregunta ¿qué carajos hago aquí? y siente que le duele su patria, los agravios y los años de promesas y mentiras; le aflora el enojo contra los que están arriba, en el balcón, se odia a sí misma por ser "tan babosa" se dice, por entusiasmarse, por creer; cada año, cuando su presencia es importante para revivir la independencia, para decirle a todos qué contenta está de ser mexicana, cuando el resto del tiempo los que guardan la bandera y se saben de memoria los discursos de los padres de la patria, ni la fuman, ni se acuerdan que existe.

Y también, como cada año, el primer ¡bummm! la saca de su reflexión y la devuelve a la fiesta, la integra al gozo colectivo. Con la muleta que compensa la cojera adquirida en una enfermedad curable de la que nadie la curó, sigue la ruta de los cuetes con alegría infantil, mientras una estrella verde, blanca y roja estalla en sus pupilas.

LA FERIA

¡El catrín!, ¡la dama!, ¡el borracho!, canta la doña con renovado entusiasmo como si fuera la primera vez que tuviera en sus manos los mágicos cartones de la lotería. Más allá, el algodoner presume su pericia ante los siempre atentos espectadores que esperan, con agua en la boca y brillo en los ojos, el milagro de los rosas algodones; una pareja comparte uno hasta que sus labios se tocan con sabor a azúcar.

El Parque Morelos está de fiesta, otro año más, otros muertos que se incorporan a la memoria, otros vivos que descubren apenas la feria y se maravillan "de que aún existan estas cosas", y otros, los más, que renacen a la celebración como cada año y se empalagan con buñuelos y calaveras de azúcar.

Federico asiste desde que se acuerda, primero fue un niño extasiado ante el pequeño ring en que informes muñequitos querían parecer luchadores enmascarados y la espada de madera, roja y verde, colgaba de su cinturón mágico. La mano grande de su abuela lo trasladaba de puesto en puesto, de maravilla en maravilla. Un caballo de cartón completaba su sueño y los granos de elote le salpicaban, como estrellas, la camisa de vaquero cosida por su madre para la ocasión. El terror de las máscaras apiladas lo miraban fijo mientras él se escondía en los faldones de la abuela y, para rematar, su sombrero de soldado romano, que no venía al caso.

Luego fue la mano de su novia la que lo guiaba, ella que le pedía una muñequita de cartón con su nombre escrito y buscaban entre las morenas, las rubias, las pelirrojas, con sus arracadas doradas y su diamantina en el pecho, hasta dar con la correcta, con la que más se le parecía, y el nombre de Tereza (la ortografía era lo de menos) hacía parecer que esa muñeca era distinta. Un refresco, un algodón a cuatro manos y dos bocas, y una felicidad con olor a elote cocido que ya no salpicaba.

Más tarde fue su mano la que guió la mano de su niña, enloquecida con los mueblecitos de madera, el pequeño ropero para guardar la diminuta ropa, y la víbora que salía disparada de la cajita rosa y blanca que decía México en medio de las carcajadas de ella y el fingido asombro de Federico. El mismo caballito de cartón en el que él se soñó indio-vaquero-detective-héroe y en el que hoy su niña se piensa amazona de un cuento que ya nadie le cuenta.

• • •

Algunas canas tiene ya Federico. Mientras pasea por la feria, su hija adolescente, con una muñeca abrazada, le cuenta de la fiesta de haloween que tuvieron en la escuela, aunque no concluye su relato pues se entretiene comprando una enorme calabaza. Federico no está triste, es un hombre moderno, consciente de los cambios, del diálogo entre las culturas.

Hoy Federico está en otra parte, los colores y olores en el parque siempre lo conectan con una dimensión en que la magia, el misterio y la fuerza le devuelven un México que late vigoroso. ¿Tú crees que esto se acabe papá? y Federico niega enfático con la cabeza, mientras saborea un elote del que van desprendiéndose unos granos que se le prenden al pecho, como un rosario.

LO QUE DE PLANO NOS AMUELA

Cada año lo mismo, nomás empieza el frío y todo se descompone. Elvira no sabe lo que es la inversión térmica pero bien que su cuerpo sí sabe reconocerla y le basta oír el resuello de su niña en su pechito enflaquecido para saber que los días difíciles se avecinan.

Elvira llegó a la ciudad llena de ganas, de esperanzas. Se casó, tuvo tres niños, dos varoncitos y una niña, todos muy sanos, gracias a Dios, se persigna.

Mi marido, muy trabajador y responsable. Fijese, somos gente de bien y, claro, no nos faltan los problemas, pero con el favor de Dios pues vamos saliendo adelante. Lo único que ya de a tiro nos amuela es la cementera. Mire, antes era rete bonito aquí, mucho verde, haga de cuenta que estaba en el campo. Primero se fueron muriendo los pajaritos y ya luego unas como pelucitas blancas fueron cubriéndolo todo; pero la cosa se pone más fea con el frío, en el invierno pues, todo el cochinerero se viene para acá y a saber qué es lo que anda uno respirando. Ya mis matitas de a tiro

• • •

tristes o de plano bien muertas. Pero lo que más me pesa es mi niña, fíjese, tan sanita, y ahora se me pone muy enferma, le viene una como asfixia y anda todo el tiempo resoplando; que es bronquitis asmática me dicen los doctores, que es una alergia y que mejor me cambie. Cómo cree, ni que fuera tan fácil.

Mire ya hemos hecho de todo, que cartas, que peticiones, vienen los candidatos y nos prometen que ora sí; nomás ganan y se olvidan de uno. Las promesas se las lleva el viento, ese mismito que trae las pelusitas, y a uno pues no nomás se le ensucian los muebles y el cuerpo, también la confianza se le va manchando con ese hollincito blanco. Pero qué va uno a hacerle, para qué nos quejamos. Además, ya le buscamos la manera de cambiarnos y está rete difícil pa' vender aquí, porque ha de saber que el terrenito y la casita pues con muchos sacrificios son de nosotros, le perdemos, nadie quiere ganar para acá, ya está muy feo, todo gris y sin árboles. Luego, ni modo de ir a pagar renta si apenas nos alcanza para salir el día.

Mejor lo que hago es darle tés a mi niña, unos que me recomendó un hierbero, que muy buenos para fortalecer los pulmones, hago unas jarrotas y, como agua de uso, a todos les receto su pocillito. Pero cuando llega el frío siempre ando pensando ¡ánimas que llegue el calorcito!, quién sabe por qué será pero con el sol como que el mugrero blanco se espanta; aunque dijo un señor en el radio que ni madres que se va, que ahí sigue pero no lo vemos.

Elvira sacude el polvo interminable de los muebles. Un ficus deshojado se asoma por la única ventana entre abierta que con un escalofrío Elvira cierra. Un perro ladra en el jardín, una pequeña niña sentada en un zarape respira con dificultad, un monstruo invisible la rodea.

En la ciudad el frío arrecia conforme la tarde avanza. El tono gris que desciende le da a los parques un toque de elegancia, de postal londinense. Casi parece el primer

mundo. Los transeúntes cierran sus chamarras, sus abrigos, y se pierden entre el humo de los camiones.

LAVAR LOS MIEDOS

Querida Tere: recibí tu carta ayer y me cayó tan bien como la primera lluvia en la ciudad, ya sabes que acá las tormentas (si se ignoran los desperfectos y las inundaciones) tienen un sabor a melancolía y a sensualidad, es como si la ciudad se transformara en otra y se volviera más grave y al mismo tiempo más ligera. La cosa es que la lluvia siempre me ha gustado, aunque tú dices que las tormentas te dan miedo.

A mí lo que me da miedo es tener miedo y no poder enfrentarlo. No entiendo lo que está pasando, tengo la sensación de que todo se nos viene encima, de que detrás de todos los acontecimientos de los que hablas en tu carta, y de los que me pides opinión, hay algo oscuro, chicloso, que apesta; algo que nos contamina a todos y tengo miedo: de no entender, de no poder hacer nada, de hablar, de callarme, de que todo se nos deshaga en las manos.

Lo peor es que se trata de un sentimiento colectivo, aunque nos dé por hacer bromas e inventar chistes y a otros por enojarse; andamos de puntitas, precavidos, susurrantes, no vaya a ser que acabe por despertarse el monstruo. Fijate, el otro día leí en el periódico una carta de Novaro, la directora de cine, que decía que ahí nomás se puso a llorar en la calle el día que se supo que habían matado al magistrado Polo Uscanga (¿ya te enteraste de eso? tiene que ver con lo de Ruta 100), la carta era muy fuerte porque decía que no lloraba ni por el muerto, ni por su familia (aunque los respetaba mucho), sino por todos nosotros, por ella, por ese pinche miedo del que te hablo. Pues yo también me puse a llorar con la carta, andaba escondiéndome de mis hijos y me puse a hilvanar todo lo que ha pasado en este año y medio, y la verdad no me cupo en la cabeza, pero

especialmente en el corazón, tanta desvergüenza, tanta corrupción y te juro que me dolió el país en alguna parte del cuerpo.

Supongo que, por un lado, estar tan lejos en estos momentos no debe ser muy agradable para ti, enterarte por los periódicos, no saber hasta dónde llega la gravedad de la situación. No te preocupes, nosotros la intuimos pero tampoco sabemos bien a bien cómo está la cosa, tal vez por eso tanto miedo y tanto enojo.

Dice Juan que lo que estamos viendo es la muerte del sistema, su caída estrepitosa, sus estertores, que ya es cadáver que apesta, aunque se niegue a reconocerlo. Yo le contesto que sí, que está bien verlo así, pero que los coletazos están duros y que si no hacemos algo (no sé qué) en su caída va a arrastrarnos a todos.

Por donde le busques Tere, la cosa está refea. La crisis económica no tiene para cuándo, Enrique se quedó sin trabajo, la fabriquita de Juan José está a punto de tronar, Carmen perdió su casa, cada vez te encuentras más gente en las esquinas vendiendo su angustia (y la dignidad de este país) bajo el disfraz de chicles o paraguas o esponjas sucias para aclarar la visibilidad, de por sí escasa; y algunos todavía tienen el cinismo de decir que "ahí vamos".

La cosa se complica porque la situación política está que arde, todos se pelean contra todos, todos se echan la culpa. Lo más desesperante es que cada quien anda por su lado con afanes protagonicos y no se ponen de acuerdo, y uno no sabe a quién apostarle.

¡Basta de lamentos!, perdóname, a pesar de todo, la vida sigue y aquí andamos. Mientras llueve y se lavan los miedos, hay muchas cosas lindas que permanecen intocables: entre ellas, las ganas, amiga, de seguir buscando cómo dar con eso que algunos llaman esperanza. Te quiero mucho.

EL OTRO LADO

Una claridad azul empieza a rebotar en las paredes, en las ventanas. Un gallo madrugador compite contra la sirena de la fábrica, los cantos de algunos pájaros se mezclan con el ruido de los motores que se encienden, que pasan, que van y que vienen. La vida comienza a agitarse en las esquinas. Don Arnulfo monta en su bicicleta y comienza el trayecto conocido, saluda con la mano mientras las cortinas de metal van levantándose una tras otra. La señora Lolita arrima las últimas naranjas y la licuadora para los chocomiles callejeros. El Patotas cuelga con amoroso cuidado sus sylvertab de fayuca, su camiseta quicksilver y con igual cuidado se pone el overol de trabajo, que exhibe como trofeos de guerra las manchas de aceite y el desgarrón que va desde la pantorrilla al tobillo.

Dijeron en el periódico que la vida en el barrio es pura violencia, nomás delincuencia, puras fotos de muertos y policías pusieron, y dijeron bien muchas cosas de los jóvenes, le cuenta el Patotas a su patrón, y que luego los jefes protegen a sus hijos y se enfrentan a la tira, y que así cómo. Conversan animadamente mientras le dan al torno pa' que la pieza quede al tiro y embone bien en el carrito. Por la puerta entra la Virginia, que se hace la aparecida, así como no queriendo, y es que desde hace varias semanas la panza le duele cuando ve al Patotas, y él se pone nervioso y se tapa con una piema el pantalón roto y, qué barbaridad, cómo va a verlo la Virginia en esos desfiguros. Que dice Lolita que si no van a querer sus chocomiles. Y el patrón, que algo se malicia, le dice al Patotas ándale tú, vete por los chocomiles; pos sí, pero mejor me cambio primero; no sea payaso, que al cabo a la Viky no le importa ¿verdad?; y los dos se ponen como semáforos en alto.

El día transcurre sin mayores sobresaltos, la vida llega al taller en forma de sonidos y olores marcando ritualmente

• • •

el paso del tiempo. Por el radio, "cada hora en la hora", se van enterando de que si mataron a fulano, que al otro ya lo acusaron de corrupción, que entamaron a perengano, que se bronquearon entre los meros meros, y que si los narcos y los banqueros, y más cosas; el Patotas como que medio alcanza a conectar esas noticias con lo que leyó en el periódico y se pregunta dónde está la violencia y la delincuencia de a deveras.

Mientras las cortinas de metal se cierran y el aire se impregna de olor a fritangas, el Patotas se acicala, con suerte y la Virginia le dice que sí y se le domestica el revoloteo de vergüenza y ganas que lo traen hecho nudo. En la esquina sus compas escuchan en una graba a Tex-tex, y como todavía es temprano el Patotas se sienta en la banqueta a descansar la musculatura y a cabulear a los que van pasando para escapar de la monotonía, del tedio, de los días iguales. Las luces rojas y azules de una patrulla a lo lejos indican al sentido común que es el momento de retirarse. El Patotas se aleja rumbo a la casa de la Virginia; un ruido conocido, a sus espaldas, le pone la came de gallina. Después el silencio. ¿Habrà quién escriba la historia desde este lado del barrio?, los nudillos se le crisan y unas lágrimas de impotencia le caen en el rostro joven y recién lavado. Bajo el zaguán Virginia lo recibe y lo protege de la noche, sin decir una palabra lo alivia con un beso la Virginia.

PACHAMAMA (MADRE TIERRA)

No hay nada que le guste más que recorrer la ciudad. Ir al centro por los árboles de Pedro Moreno y andar entre las tiendas y los comercios de Vallarta, perderse en los reflejos de las nubes en los espejos del Fiesta Americana y sentir el ritmo de la ciudad en Hidalgo, espiar las inmediaciones del Parque Metropolitano y descubrir con asombro fraccionamientos nuevos, asentamientos nuevos, contrastar modos

de vida, ver muchísimos conciudadanos que se afanan en sus rutinas cotidianas, en sus lujosos autos con sus negros celulares, esperando el camión con distraída paciencia o ansiosa desesperanza, mujeres apresuradas con portafolios o con canastas, jóvenes frescos vestidos de malos con negras cabelleras, envueltos en mezclillas y largos como flechas. De veras le gusta esta ciudad y la gente que vive en ella, aunque ya no sea un lugar a la medida de la memoria. Últimamente en estos recorridos para tomarle el pulso a la ciudad y monitoreando el radio para completar sus cuadros, Carolina descubre gestos de fastidio y de cansancio, mayor ensimismamiento, repliegue de cuerpos y miradas; y se dice cómo no vamos a estar cansados si cada mañana y cada noche nos sorprende un nuevo estado de alerta, una desafortunada declaración de los hombres del poder, acciones que indignan, expropiaciones paulatinas de la confianza y la dignidad ciudadana.

Los vientos soplan en contra y, a pesar de ello, Carolina mantiene un optimismo moderado, pues también percibe que no son sólo el fastidio y el cansancio, la desconfianza y la indignación, los motores que hacen marchar esta ciudad de entrañas enfermas, moderna y anacrónica, sofisticada y popular. Carolina pertenece a un colectivo ecologista y sabe que hay intentos, brotes ciudadanos, conversaciones de café, de plaza, de mercado; hay ironía, hay humor, que son formas de enfrentar la incertidumbre: hay materia prima. Carolina, y muchos como ella, llevan la cuenta con saldos a favor y saldos en contra; la agenda para la discusión cotidiana de los ciudadanos está llena.

Carolina es una mujer enérgica de suaves maneras, parece tener el don de la ubicuidad, no hay discusión sobre esta ciudad que se permita perder; ya sea el proyecto de un parque, ya la contaminación del subsuelo, ya el mal uso de tierras ejidales. Pero a Carolina nunca se le ve envuelta en ese halo sublime, frío y neutro que tiene todo lo que huele

a "misión", no se siente para nada redentora ni profeta de un nuevo mundo; sencillamente ama la vida, y le duelen los millones de años de desgaste. Este amor tan sencillo provoca la risa de algunos porque piensan que la tierra no sufre y que todo este asunto de la ecología es tan sólo una cortina de humo para no enfrentar las tragedias más próximas, como si próxima no estuviera la muerte continua y anónima de esta tierra que se esfuerza por devolvernos como eco las palabras, las preguntas, los silencios de esta estupidez en marcha, ensimismada en el progreso.

ANTES DEL LIBRE COMERCIO

Una pancita que no puede ya disimular, unas canas que ahora le brotan hasta por la nariz, y una hija de 17 que lo mira como a un venerable anciano, no le arrebatan el sueño; es más, en general no le apura el paso del tiempo, está contento con su vida. Sólo que esta tarde de fuerte lluvia en que tuvo que ir al centro, una como nostalgia lo agarró fuerte del estómago; se le vinieron encima los recuerdos y, al pasar frente a una vitrina, se le reveló de pronto su silueta.

Se sintió como en el túnel del tiempo. Cuántas tardes caminó por esas calles, cuántas historias se aprendió para impresionarlas. Él, el azote de los veranos tapatíos, dueño de los suspiros de cuanta gringa se atrevió a extraviarse en sus ojos oscuros, hábil espadachín de las conquistas. En su lugar quedó el ingeniero Fernández, domesticado, cansado de tanta correría, empachado de romances de verano.

En un charco se refleja una torre de la Catedral, las calandrias siguen ahí igual que siempre, pero todo ha cambiado; él y la ciudad no son ya los mismos. Unas palabras en inglés lo obligan a voltear hacia atrás, dos rostros jóvenes, regordetes, saludables, le sonríen al pasar. El viejo conquistador lucha por abrirse paso, a punto está de pronunciar el piropo infalible, pero el ingeniero Fernán-

dez toma el control y responde a la sonrisa paternalmente. Se guarda para sí la magnífica historia de la Rotonda de los Hombres Ilustres y el fervor patriótico estudiado con que la narraba.

La tarde huele a juventud perdida, se sorprende a sí mismo comprando unas donitas en la bolsita blanca incapaz de contener la grasa. Recuerda que a Peggy ¿o era Marian? le gustaba mucho arrebatarse una a una las donitas con sus dientes tan blancos (tan de mentiritas, tan de anuncio) y él se dejaba querer, tan orgulloso de sus "güeritas" como las llamaban entre los cuates.

Guadalajara se volteaba de cabeza cada verano, todos (casi todos) rompían con las novias; llegaba la "invasión bárbara del norte" y la ciudad se impregnaba de olores a champús y cremas, y telas y estampados y chamarras que, antes del libre comercio, significaban algo así como un milagro. Y las madres tapatías consolaban a las hijas abandonadas: ya volverá, al cabo ya sabes lo que van a hacer con esas muchachas, no son decentes, ¿verdad Polo? y el ahora ingeniero Fernández no soportaba el rostro hinchado y los hipoes de llanto de su hermana que por tercer verano consecutivo había sido terminada por el mismo novio, por supuesto amigo suyo y compañero de aventuras, además del único en el grupo con carro para las obligadas escapadas a Chapala.

El ingeniero Fernández suspira, ve perderse entre la plaza a dos rubias jovencitas y se absuelve. Eran otros tiempos, se dice, otras las pasiones. Por no dejar, se acerca caminando al edificio de Artes Plásticas, ahí, mientras esperaba a Peggy o a Marian, fue fulminado por unos ojos oscuros en los que él se extravió. Se habían acabado para él los tórridos veranos y el tiempo fue medido de otros modos. ¿Cómo te fue? le pregunta su esposa, muy bien contesta él, mientras se soba la panza, de perfil, en el espejo. Tengo que hacer ejercicio.

• • •

ACÁ, ARRIBA

Invisibles mientras caen, minúsculas partículas de algo que debe ser cemento y otros restos de procesos industriales se transforman en una pesada capa de polvo blanco que lo cubre casi todo. Abajo, la ciudad se extiende como un espejismo de ciencia ficción, tan lejana y cercana al mismo tiempo. Acá, arriba, no se respira buen aire, de eso se han encargado las cementeras, las fábricas, el polvo infinito y terregoso de las calles apenas trazadas y sin pavimentar por las que de vez en vez circulan, pesados, los camiones urbanos y alguno que otro vehículo increíble. Y es que acá, arriba, no se sabe muy bien si todo está por construirse o si, al revés, todo ha sido ya destruido. La vista choca contra una fábrica herrumbrosa por la que descende un enorme gusano de metal; a sus pies, junto al camino de tierra, un burro y una vaca permanecen como si cualquier cosa, ajenos al absurdo, a la contradictoria escenografía. La ciudad ha perdido sus contornos. Cinco minutos cerro arriba y las preguntas van cambiando junto con el paisaje.

La cámara sigue explorando, el ojo detrás de la lente se deja conducir, guiar por Ricardo: en esa fábrica se mató un cabrón, un jefe de la banda, bien morro; estaba limpiando la trituradora de piedras y alguien prendió la pinche máquina, se hizo pedazos. Un brinco apenas perceptible, agita la totalidad del paisaje que cabe en el cuadro de record, como acusando recibo de la trágica historia recién narrada. Junto a un lote baldío sembrado con elotes se levanta una construcción cuadrada, de perfil parece una bodega. La cámara busca un ángulo de frente, un letrero de neón rosa y morado anuncia "Nenas Dance", y sobre la pared agrietada unos brochazos invitan: "chow todos los días, una cubeta de cerbasas por 15 pesos, no cover".

El viento de otoño se filtra por el pequeño micrófono de la cámara y se monta sobre la voz entusiasta de Ricardo

que sigue narrando la historia de su barrio: te voy a enseñar un placazo de pocas, un graffitti que levantaron el Chava y su raza.

Cerro arriba el camino de tierra serpentea, se escucha el ruido de un motor descender. Unas niñas juegan con una vieja llanta bajo la enorme puerta de metal de una fábrica silenciosa. Un letrero de Coca-Cola comparte el crédito con el nombre de la calle "12 de diciembre" y ahí, nomás, aparece la Lupita, que contempla la cámara desde su impresionante altura, más de cinco metros de arte barroco o subterráneo, inclasificable.

La virgen, una catedral fuera de proporción, un ángel sexuado, un Juan Diego pequeñito y el águila del escudo nacional componen el placazo; arriba un letrero que reza "Madre de Dios, protéjenos" (así, con jota). Ricardo cuenta divertido que cómo no iba a pedir protección el Chava si para atravesar de noche el barrio se requiere un milagro.

La cámara se apaga. Acá, arriba, antes de que anochezca se respira un aire anterior a tormenta. Frente al mural del Chava dos cigarros se comparten en silencio, mientras se escucha en alguna grabadora cercana una vieja canción de Jaime López: aquí y allá la magia marca el ritmo, cualquier puerta se abre, cualquier puerta se cierra y en eso, abracadabra, se aparece la garra de la guerra. La noche es denso vino clandestino, la noche es el exilio en la ciudad.

Pinceladas nocturnas señalan que es tiempo de bajar. Ricardo dice: Madre de Dios, protégenos.

INVENTARIOS

Mientras empuja una papita con un trago de cerveza, Bernardo completa la idea: en el año de la tolerancia las muestras de intolerancia arrecian, como "hechos aislados" según la sofisticada teoría interpretativa de los políticos actuales que hasta risa dan, pero que vistos en el conjunto,

• • •

más bien preocupan. Ya no sabe uno por dónde van a saltar los cruzados de la moral pública. Al contrario, yo creo que son bien predecibles, señala el poeta. Las cabezas de la pintora, del crítico y del inclasificable asienten. Tienes razón, acepta Bernardo. Es casi tan nítido como el estímulo-respuesta de Pavlov: campanita-salivación, reflejo condicionado. Cada vez que alguien, o algo, toca los puntos sensibles, saltan. Yo de plano ya me decidí a llevar una bitácora del asunto, una especie de inventario.

El crítico se interesa ¿a ver cómo está eso?

Sí mira, en un cuadernito voy apuntando tema, frase célebre, quién la pronuncia y dónde aparece. Ya llené mi primera libreta. La más nueva me la proporcionó una escuchada voz radiofónica, ahí les va (Bernardo saca una libretita de taquigrafía): "Hoy es el aniversario de José Alfredo Jiménez y [pausa dramática] de un homosexual [énfasis evidente] Fredy Mercuri...", con la consecuente explicación de su postura ante la homosexualidad.

Bernardo muestra la libreta a sus compañeros. En una de las hojitas, mal recortada y pegada con prit, aparece la fotografía de un diputado del PRI que porta una cartulina en la que puede leerse: "alto a la pornografía, table dance, raves" y etcétera.

¡Cosas que se ven, caballero!, comenta festivo el inclasificable: los priistas pidiéndole a las autoridades panistas que ejerzan todavía mayor control.

Oye, reacciona la pintora ante el estímulo visual, ¿ya tienes consignada la amenaza de los que se oponen a los table dance? Es una maravilla, amenazan nada más y nada menos con sacarle una fotografía a los que asistan a tan denigrante espectáculo y luego publicarla sabe dios dónde. Exhibir a los herejes en la plaza mayor, masculla el crítico.

Pues sí, parece que esa es la lógica, pero yo creo que podrían llevarse fuertes y desagradables sorpresas. Me temo que descubrirían que la cofradía no es tan pura como ellos

• • •

se imaginan, añade Bernardo, mientras hojea su libretita. ¿Y qué me dicen de la entrevista al de padrón y licencias a propósito de la clausura del Roxy? Esa merece un lugar especial, coinciden todos.

Los miedos privados llevados al terreno público y vueltos reglamentos chiclosos.

Yo lo que no me explico es cómo les alcanza la energía y la mirada vigilante. Debe ser un ejercicio aeróbico avanzado, eso de tomarse como tarea, irrenunciable y cotidiana, hablar por todos, pensar por todos, descubrir al enemigo y acorralarlo. En eso son admirables, dice la pintora, quizás por eso a mí más que darme risa, me da susto.

Sí, coinciden. El tono de la charla cambia, un pesado silencio va borrando la ironía festiva. Doble deber de los cruzados, misión salvadora y violenta fuerza de sometimiento, dice muy serio el crítico.

Al presentir aire de tormenta el inclasificable propone: ¡exportemos censores y matamos dos pájaros de un tiro! Nadie responde a la broma.



Capítulo III
Los oficianes

PRESAGIO

Aquí mismito lo vi, le dice Jacinta a su comadre, mientras hace la señal de la cruz; por ésta que era el mismísimo difunto. Su comadre se persigna y murmura entre dientes un ¡ave maría purísima! Jacinta menea la olla de pozole, sus clientes no tardan en llegar, para abajo se ven las luces de Guadalajara, bien bonitas, como arbolito de navidad. Jacinta echa un balde de agua para espantar la tierra y acomoda las sillitas de madera alrededor de la única mesa metálica con que cuenta. Va a tener que conseguir una prestada, pues el pozole y los tacos dorados le atraen mucha clientela; ocupo más platos y unos vasitos para el agua fresca, piensa.

Convertida en toda una empresaria desde la muerte de su Vicente, Jacinta ha podido sacar adelante a sus hijos. De día hace limpias con ramas de pirul y huevos, prepara algunas recetitas pa'l amor y el desamor y tiene hasta fila para consultarla. Ella aprendió de su abuela, que era bruja y de las buenas, de allá de Catemaco; le enseñó a hacer medicinas para curar la vida pero, sobre todo, de su abuela bruja aprendió a escuchar, a estarse atenta y calladita, para

oír cómo lloran los espíritus y cómo se queja la tierra de tantas injusticias que le hacemos.

Por la puerta entreabierta de su casa se alcanzan a ver pomitos de todos los tamaños, vasijas de peltre y de barro, unos pedazos de ocote, a los pies de un Sagrado Corazón y un san Gabriel; a la derecha, una televisión prendida, desde la que Lolita Ayala sonríe con su cara de aquí no pasa nada.

Cuando la muerte del candidato, tuvieron que poner la tele en la puerta, ese día se le acabaron los refrescos y toda la comida. Se acuerda de la cara de susto que se les iba poniendo a todos y del enojo que la comió por dentro cuando el licenciado le dijo a la Talina esa que se metiera pa'dentro, a donde estaba el pobre hombre agonizando. Sí, de plano no hay respeto. ¿Cómo la ve Jacinta? le preguntaron sus clientes. No pues si ese hombre traía pintada la desgracia, se le veía muy triste, la gente siente cuando lo malo anda rondándole el destino, dijo. Y ahí nomás se pusieron a rezar un rosario, pendientes, mientras metían las cucharas al pozole y nadie quería irse pa'sus casas, como si estando juntos pudieran espantar la muerte. Cuando ya dijeron que estaba muerto, se hizo un silencio como de atole espeso, y un vientecito frío de marzo bajó desde la mera punta del cerro; hasta los perros se callaron. Está cabrón, dijo don Felipe, el del taller. Pobre de la viuda, dijo su comadre. ¿La viuda? preguntó don Toño, pobres de nosotros, esto ya valió madres; y las mujeres lo regañaron.

Jacinta no sabe nada de política, pero sabe mucho de misterios y de magias y de los corazones de los hombres. Ese día se sintió desprotegida, ningún amuleto ni oración le calentó los huesos. Ella no es del PRI, en realidad no sabía, bien a bien, quién era el candidato. Nomás lo había visto en la tele con esa sonrisa que le tapaba la tristeza.

La imagen de su abuela caminando por lo oscuro del pueblo, cuando venían de asistir a un acuchillado, se le hizo

presente. Le soltó la manita, la miró seriamente y le dijo: "Jacinta, hay muertes que no anuncian nada bueno".

Esta muerte es de esas, pensó y sintió que algo se había roto en los tiempos conocidos.

Si, LICENCIADO

Del doctorado en el extranjero poco queda, apenas un dato elegante para el curriculum; pero queda todavía menos de las críticas, de las ideas de transformación, apenas frases hechas para discursos y declaraciones. Y es que Víctor ahora es un funcionario público, convencido de que su partido no sólo es el único capaz de manejar este país sino realmente el único. Una pancita que amenaza con arrancarle un botón, unas manos cuidadas con detalle, más un tono de discurso permanente, son las huellas que con trabajo se ha construido a lo largo de estos años para parecerse cada vez más a los suyos. Víctor es alegremente amnésico, nada de lo que sucede tiene raíces históricas, ni es fruto de la acumulación de errores. Borrón y cuenta nueva y ahora sí somos modemos y que viva el TLC. Víctor pertenece a una generación de políticos jóvenes para los estándares nacionales, aunque en realidad ya no tan joven pero sí muy político. Casi sin darse cuenta, suavemente, hizo suyas las consignas, la invulnerable fe en la palabra del "señor", la voluntad (voluntariosa) de quienes detentan el poder de decisión.

En la sala de su casa, entre las fotografías familiares, resalta aquella en la que se le ve en un banco entre la bruma, en alguna universidad de Europa, con una chamarra, el pelo largo, una sonrisa limpia de 23 años y unos ojos abiertos al mundo; exactamente a un lado, varios kilos después y menos pelo, aparece la fotografía de un Víctor diferente, unos ojitos escrutadores que han perdido su brillo y una sonrisa estudiada, condescendiente. Nada es en balde, aho-

ra tiene una posición, "desde dentro" como se dijo cuando lo invitaron a participar, y es que al principio no era fácil, y tuvo que autoconvencerse con aquello de que es más sencillo dar la pelea de esa manera; pero después se le hizo callo y ya no fueron necesarias las justificaciones, además, estando donde él está, nadie se atreve a pedirselas.

El grado de doctor cedió su lugar a un "sí, licenciado", "como no, licenciado", "a sus órdenes, licenciado" y Víctor fue acostumbrándose a esa suerte de nombre y a todo lo que encierra, palabra mágica que lo eleva a la cima del mundo y lo separa del resto de los mortales pues, aunque haya muchos licenciados, sólo a pocos se les dice "sí, licenciado" con ese tono construido en décadas de historia y a través del cual se reconoce, se acepta y se venera la calidad suprema de sus portadores.

En las mañanas, al rasurarse, el espejo le devuelve una mirada satisfecha; le preocupa un poco esa pancita tan poco decorosa, la contempla de lado y piensa en que habrá que encontrar tiempo para ocuparse de ella, y entonces recuerda las fotos del candidato y del presidente corriendo en pants, es una buena opción, se dice. Sale a la calle y su chofer saluda "buenos días, licenciado" y comedidamente le abre la puerta de la flamante camioneta, ¿a dónde, licenciado? y Víctor da las instrucciones. Abre el periódico y de vez en vez contempla la ciudad, se admira del tráfico fluido, son las 11 y a estas horas los agotados automovilistas y temerarios peatones están ya en sus lugares de trabajo. Guadalajara es bellísima, se dice, y simultáneamente evalúa sus posibilidades; subraya una noticia que le provoca un ligerísimo gesto de molestia. Últimamente, entre su arsenal de objetos y gestos distintivos, la intolerancia lo acerca más a sus iguales. Afuera, en la calle, muchos "votantes", sin percatarse de la investidura del ocupante del vehículo, continúan enfrascados en sus rutinas cotidianas, ajenos a las preocupaciones y aspiraciones de Víctor.

♦ ♦ ♦

NI PARA CUÁNDO ACABAR

No recuerda en qué momento exactamente llegó al punto sin retorno cuando una voz interior le suavizó la mirada y le puso en crisis los años caminados. Trata de explicarse los porqués, uno tras otro. No pudo ya vivir como si nada y poco a poco ¿la inocencia? ¿el desdén? ¿la comodidad? le explotaron en el pecho. El padre Memo ha sido regañado por sus superiores, de regreso a su parroquia, con los pies cansados y el alma ligerita, decide que en adelante tendrá más cuidado, pero también decide que no suspenderá las misas callejeras, que no se apartará de la gente, ni volverá a encerrarse en su oficina. Un ¡buenas tardes, padre Memo! lo saca de sus pensamientos, y un ¡fíjese que se llevaron a los muchachos en una patrulla! le enciende la indignación, esa que ya no lo deja regresar a ser como antes.

No fue sencillo para el padre Memo convertirse en el señor cura de una parroquia olvidada, llena de enfermedades y de pobreza. Le fue difícil comprender a la gente, empecinada en una religiosidad que poco tenía que ver con lo que él aprendió en el seminario: tan mezclada, tan contradictoria y, sin embargo, tan honesta. Al principio el padre Memo vivió su situación como un castigo, esperando que pronto su posición mejorara. Pero nada logró cambiar sus asignaciones y los meses se convirtieron en años. El padre Memo fue acumulando experiencia y desacumulando posesiones.

Allá donde Guadalajara se avergüenza de sí misma, donde los candidatos no llegan y los diputados sabrá Dios, vivió el padre Memo su conversión, no sabe exactamente cuándo.

Mientras se prepara para ir a averiguar dónde quedaron los muchachos y se toma un vaso de agua fresca, se acuerda muy quedito de Jacinto; le pudo mucho ver cómo se rompió por dentro cuando unos policías lo llenaron de golpes, por

resistirse al arresto, y una bala le apagó las pocas esperanzas que le quedaban. Se persigna y espanta los recuerdos. Afuera, la mamá de Soledad vende las mismas gorditas de siempre, ¡le echo una, padre Memo!, las manos regordetas le recuerdan las de la hija, una chiquilla de grandes ojos soñadores que se les escapó con un bribón y terminó en un burdel barato y él no pudo hacer nada. Camina comiéndose la gordita, unas gotas de aceite le manchan la camisa, piensa, se acuerda cómo se le acabaron las razones y las palabras para detener a Soledad, cansada de un padrastro violador y de una mamá que andaba tan atareada que no podía darse cuenta.

¿A dónde va tan apurado padre?, pregunta una voz familiar y él responde atragantándose el último resto de gordita: a ver a dónde se llevaron a estos diablos de muchachos. Déjelos padre, al cabo no ha de ser la primera ni la última, así escarmientan y no andan de vagos. El padre Memo masculla una respuesta y sigue su camino: por haber dejado a Juan, se echó a perder en la penal. ¿Y la misa?, inquiere a lo lejos la voz, al rato vuelvo, dice él. Y sabe que así será, que su destino está indisociablemente unido al de esta gente, que sus penas son sus penas, que no hay regreso posible ni regañó lo suficientemente válido para alejarlo de la línea pastoral que aprendió en su contacto con el barrio.

"Sus" muchachos aparecieron en Zapopan, se los entregaron, con la condición, padre, de que usted los vigile bien y una multa de 80 nuevos pesos. De regreso al barrio los regaña, les pide, les suplica. Él sabe que la distancia entre la situación en la que están estos muchachos y la delincuencia es apenas la de una ligerísima frontera, y que si él se descuida tantito la transición será más rápida. Por eso, el padre Memo está cansado y ni pa'cuando acabar.

AL QUE MADRUGA

"No quiero que te vayas, regálame esta nocheeeeeee", canta Chava desde la regadera. Anda de buen humor, como todos los días. Se recorta el bigote frente al espejo mientras la emprende contra otra canción "que no, que noooo, que no quede huella". Se viste rápidamente y en la cocina dispara un "gud momin jefecita", mientras se come una concha de chocolate con su vaso de leche. A sus 40 años, Chava vive todavía con su jefa, es dueño de un taller mecánico y es también el soltero más codiciado de la cuadra. Piropeador y juguetón siempre encuentra una frase para halagar a las mujeres. "Chiquitita de limón, aquí está tu exprimidor", le dice a Tere la vecina y ella finge enojarse. Nunca se queja y siempre está dispuesto a ayudar a sus amigos, tiene un buen negocio que le da para vivir: "al que madruga, Dios lo ayuda", repite incansablemente a quien lo quiere oír.

Es un mecánico honesto, de los pocos que quedan, ausculta los carros como si de cuerpos humanos se tratara. Cada motor es diferente, dice, y hay que distinguir su ronroneo.

Chava es conocido por su pericia para lograr que los carros pasen la verificación, a la primerita, dice él con orgullo. Mientras revisa un datsun del 85, informa a la espantada dueña: mire señito, yo le hago un ajuste, usté va y lo lleva, y luegoito me lo trae para arreglárselo de veras, todo por el mismo precio. Es que hay que engañar la máquina, cuestión de los calibres, y le suelta un discurso técnico que la perpleja señora no alcanza a comprender. ¿Me entendió?, la mujer asiente poco convencida. No, pues si al buen entendedor pocas palabras, ¿ton's qué, me lo deja?

Se come unos taquitos al pastor mientras se da gusto albureando a sus trabajadores. Su compadre llega a saludarlo, ¿qué onda?, la tienes compadre, contesta entre risas. No

pierde ocasión para demostrar su habilidad con el lenguaje y la rapidez para improvisar. El compadre viene a consultarlo sobre un motor. Chava le dice, mire compadre, un motor es como una mujer, hay que hallarle el modo, suavécito, sin forzarlo. Usted ni sabe de mujeres, compadre, ni se ha casado. Pos por eso mismo sé bien mucho compita, tanto de mujeres como de motores.

Chava estudió un poco de mecánica, pero se fue haciendo con la práctica, pasaba horas abajo y arriba de los coches, aprendiendo, probando, hasta que superó a sus maestros y pudo independizarse gracias a un dinerito que le dejó de herencia su papá.

Enamorado incorregible y confeso mujeriego, se le fue pasando el tiempo de casarse. A veces se siente solo, pero se consuela pensando que "más vale solo que mal acompañado", además sus estados de melancolía suelen durar apenas una canción. Luego luego se repone y a lo que te truje chenchá.

Terminada la jornada se arranca todos los días al billar. Una cervecita y una buena platicada le reconfortan los músculos cansados. El otro día andaban platicando que si el TLC, que si la competencia. La neta es que ese tratado nos viene guango, nos viene a hacer los mandados, pos qué. Mucha tecnología, mucha lana, pero a ver ¿dónde está el ingenio?, ¿cuántos de esos cabrones son capaces de engañar una máquina? Pura pinche producción en serie, pero ¿y el trabajo artesanal? No sean coyones, si aquí lo que nos sobra son las mañas, pos hombre, faltaba más.

Chava es un optimista irredimible.

CARLITOS Y EL GUARDABOSQUES

Carlitos tiene ahora diez años, cuando las explosiones y el desalojo tenía ocho. Pese a su corta edad, se acuerda de casi todo lo que pasó. Se acuerda clarito, como si fuera ayer,

• • •

de las casas de campaña a un lado de la zanja del colector explotado, de las letrinas, del día de las madres en que su mamá despertó mojada por aquella lluvia que se metió por la casita y una gripa que la trajo de mal humor todo el día. Se acuerda de la marcha anterior al desalojo, cuando él y otros niños caminaron agarrados de la mano de un luchador que se llamaba el Ecologista Universal Uno, de la instalación del campamento en la Plaza de Armas, y del miedo que sintió cuando, en la madrugada, los persiguieron con tubos unos señores que parecían policías o soldados.

Carlitos, después de las explosiones, se hizo de un gran amigo. No era damnificado, no era niño, era un señor guardabosques de los que asignaron para cuidar la zona. Quedan muchas historias por contarse acerca del 22 de abril, la amistad entre Carlitos y el guardabosques es una de ellas.

Carlitos se sentaba, primero tímidamente, a pocos metros del guardabosques y contemplaba arrobado su uniforme (el uniforme de los guardabosques es muy bonito) y el rostro imperturbable de su portador. Carlitos iba ganando terreno, tanto en la distancia física como en el corazón del joven guardabosques que cada vez hacía mayores esfuerzos por permanecer imperturbable. Carlitos le había robado ya varias sonrisas y le había arrebatado algunas palabras. El torbellino se agarró de pronto de la mano fuerte del guardabosques y desde entonces fueron inseparables. Largas horas estaban en silencio, nomás viéndose; otros momentos conversaban serios, y otros la risa cómplice delataba la amistad que iba creciendo. El guardabosques aceptaba agua fresca que preparaban en el campamento y que Carlitos le llevaba amorosamente en un vaso de plástico. Carlitos, en medio de la desolación, del incipiente ruido de las máquinas que comenzaban a trabajar, de la incertidumbre de lo que iría a ser de su familia, se sentía seguro con su amigo el guardabosques.

La mañana de la marcha anterior al desalojo Carlitos corrió a buscar a su amigo, no entendía por qué él no podía acompañarlos. Su familia tomó la decisión de quedarse en el plantón por ser solidarios con el grupo, pero principalmente porque estaban cansados de vivir en la calle, de no tener respuestas.

Carlitos se asustó mucho cuando aquellos hombres y mujeres al grito de ¡ora sí bola de revoltosos, subversivos! ¡viejas güevonas, váyanse a sus casas y dejen de andar de argüenderas!, la emprendieron contra los damnificados. Espasmos de llanto sacudían el pecho de Carlitos, mientras corrían y buscaban refugio en su campamento. Estaba muy nervioso y no quería hablar con nadie. Nadie durmió esa madrugada.

Muy temprano el joven guardabosques, contra su costumbre, no llegó directamente a su puesto asignado, se dirigió angustiado al campamento y ahí, Carlitos, cuando lo vio, nomás se soltó llorando y se le abrazó a las piernas. ¿Verdad que tú no eres de esos policías?, ¿verdad que tú no?, gritaba Carlitos en medio de su llanto. El joven guardabosques se inclinó a la altura de Carlitos, lo abrazó con fuerza, y le dijo: "no, compañero, yo no, yo no". Y cuentan, los que ese momento presenciaron, que Carlitos dejó de llorar y que el joven guardabosques lo levantó del suelo y le dijo "vamos a vigilar, para que nada de esto vuelva a pasar", y estuvieron todo el día haciendo guardia.

UNA OPCIÓN PROFESIONAL

De las costas de Guerrero se trasladó al DF, pequeña, de la mano de una madre que lavaba ajeno para sobrevivir, ahí creció hasta adquirir un acento defeño sin perder su sensualidad costeña. Luego la Márgara se vino a Guadalajara tras un mal hombre que le dejó una panza, y una como melancolía mezclada con desprecio por casi todos los señores.

Con el parto, su cuerpo joven adquirió las redondeces y afinó los movimientos gatunos que le han permitido mantenerse (y mantener a su hijo) y que enloquecen a todos sus clientes. Márgara trabaja sólo por las noches y se define a sí misma como una "trabajadora del placer". Ninguna duda enturbia su mirada, ningún complejo, ninguna culpa la persigue.

Su boca se abre con una risa franca que estalla a la menor provocación; Márgara es alegre y encuentra siempre la forma de pasársela bien o de mirarle el lado amable a una vida que no le ha sido fácil.

Vive en un modesto apartamento con su hijo, y también con su madre a quien trajo de México, víctima de una artritis avanzada y de una soledad crónica. Su casa es su santuario, su trabajo no se mezcla con la vida familiar. Con absoluta seguridad dirige su casa; desde hace varios años asumió que ningún príncipe azul le solucionaría la vida.

A veces Márgara tiene momentos de debilidad y se cansa, sus ojos negros se nublan y un suspiro como de loca, o enamorada, se le escapa tras la quimera de la vida que no tuvo y puede imaginar; pero no hace demasiadas concesiones consigo misma (en realidad con nadie) y rápidamente recupera el control, la alegría y la dimensión exacta de su vida.

Reflexiona sobre su "opción profesional" como ella la llama, y hoy su única preocupación es formar con sus amigas una asociación, una agrupación que las proteja de los abusos y de la violación constante de sus derechos ciudadanos. Una prostituta es una ciudadana de tercera, les dice a sus compañeras, a la luz del día todos nos ven mal o quieren fingir que no existimos y nos quieren "salvar" a toda costa.

Pero la Márgara sabe que la cosa cambia de noche, que en la oscuridad alumbrada por el neón los discursos desa-

parecen y son otros los lenguajes que impulsan a los seres humanos. En la penumbra, Márgara aguarda.

DEJAR CAER LOS BRAZOS

Y vuelta a comenzar. Todo se acaba para que todo comience, interminablemente. Paco toma notas, apunta en su libretita de periodista las frases, los detalles significativos, las expresiones de los rostros. Radio, televisión para monitorear el evento y captar los sutiles (siempre toscos y brutales, en el caso de la televisión) manipuleos de la información. A Paco siempre le sorprende, a pesar de sus años de oficio, la habilidad de algunos medios para hacer aparecer todo tan terso, tan suave, tan inocente.

Una mención de Luis Donaldo Colosio, y Carlos Salinas de Gortari se pone de pie y junto con él todos "los elegidos" en San Lázaro. ¿Será que la sola mención del candidato asesinado moviliza las fibras emocionales de los políticos de oficio? o ¿será que un movimiento de Salinas es todavía santo y seña, orden no dicha de quien ha manejado todos los hilos del país? Paco pone un asterisco a esa nota.

Un close up a María de los Ángeles Moreno, sonriente, feliz, desbordada. Parece que atrás quedara la pesadilla llamada José Francisco Ruiz Massieu, ¿será? Un aplauso largo (todos se ponen de pie, menos Salinas) ante los testigos de lujo, los representantes de 63 países. Felipe González, Al Gore (versión yupi de Superman, piensa Paco) y un Carlos Menem, milagrosamente bien peinado; todos con cara de circunstancia. El aval internacional ha sido para el último régimen im-por-tan-tí-si-mo, anota Paco.

Del contenido del primer mensaje presidencial se ocupará luego; ahora hay que estar atento a los detalles. Pero en la cabeza de Paco queda el eco de la frase "no ceder a la tentación de dejar caer los brazos", pronunciada por "el ungido". Y Paco piensa que esa frase no tiene el mismo

significado para la gente, que el lenguaje del poder no tiene equivalentes en el diccionario ciudadano y, lo peor, ¡ni viceversa! La pluma ataca febrilmente la libreta de notas. Paco piensa en el desánimo de los últimos meses, en esa especie de pregunta incautada en el rostro de sus conciudadanos, ese absurdo vestido de violencia que se nos hizo cotidiano. Piensa también en los gritos, los enojos, los reclamos que se han hecho espuma; como espuma será Salinas de Gortari que debe desaparecer para que el próximo exista, según las reglas del sistema. El último abrazo en el umbral es la marca: para uno, el desfile triunfal, los reflectores; para el otro, el ingreso a un discreto anonimato. El código sigue operando, como lo prueban las brevísimas tomas de los ex presidentes: Luis Echeverría, José López Portillo, Miguel de la Madrid. Vigente el rito, con sus símbolos policromáticos y, pese al desgaste, el arrebato siempre renovado de los protagonistas.

"Viva México", papelitos de colores por todos lados, un coche destapado y los saludos. El rostro sonriente del nuevo presidente contrasta con el rostro siempre tenso de su esposa, incluso en su sonrisa hay miedo (pero de esos temas se ocupan las mujeres, piensa Paco, y tacha ese renglón).

Paco está listo para escribir su artículo. Enciende su computadora; coloca sus notas, recortes de periódicos, grabadora para la reproducción de las entrevistas previas, un diccionario y un café. Paco va limpiando de subjetividades la pantalla, su masculina escritura juega a hacer desaparecer las huellas de su propia mirada. Los bytes se acumulan, dos, tres horas de trabajo y ya está en condiciones de buscar un título apropiado: "Cambio de poderes en San Lázaro". Listo, con sonrisa satisfecha, imprime. Se levanta; en la mesa queda, abandonada, su libreta de notas. Y vuelta a comenzar, ningún cambio a su propia rutina. Es un buen periodista.

LO QUE REVELA EL DEVELAMIENTO

*Obviamente para María y para los muchos
que como ella nos mantienen informados*

¡Que no es!, ¡claro que no es!, ¡si ese es él, yo soy mi abuelita!; la quiniela aumentaba mientras María dejaba escurrir, incrédula, una lágrima tibiecita por el cachete. De pronto un rostro, un nombre concreto había salido del pasamontañas. María sabía que nada o muy poco cambiaba las cosas y a pesar de eso algo se le estaba rompiendo por dentro: no era sólo el sub, eran pedacitos de la imagen de Tacho, de Moisés, de Ana María, los cuentos del viejo Antonio narrados por Marcos, las argucias de Beto para robarse los dulces; era su propia piel de periodista, empapada en la convención de Aguascalientes, su cuerpo adolorido por los recorridos, pero siempre alerta por el instinto de su joven vocación de informadora. Fragmentos, hilos de historias que María ha ido hilvanando desde su libreta de notas hasta la computadora.

Hay una María que desciende por las laderas de La Realidad (¿seguirá siendo Aguascalientes?), sonriente, entusiasta. Una María que baja de un camión destartalado, comiéndose un gansito y atragantándose una coca tibia; una María que no pega un ojo en el hotel de San Cristóbal para que su periódico tenga la información lo más pronto posible. Una periodista que ha enseñado su acreditación una y otra vez a "los ejércitos", y que desde el centro de la historia narrada, ha ido madurando en su oficio.

Obligada por ese oficio, María debe recoger información, pensar, analizar, despegarse de sí y acercarse a los otros.

María fabrica sus primeras hipótesis: no importa quién sea Marcos, lo mismo da que sea González o Pérez o Sánchez; Marcos nació a la opinión pública el primero de

enero de 1994 y en su proceso de convertirse en símbolo fue ayudado en mucho por los medios de comunicación. Lo importante no es la persona sino lo que esa persona representa; lo importante no es Marcos, lo fundamental es la situación de los indígenas, de los desposeídos, de los sin voz y de lo que este movimiento ha venido a significar para una buena parte de la sociedad mexicana.

"Mire señorita, yo digo que ese que dicen que es Marcos no es y le voy a decir por qué, fíjese en los ojos, nomás mire qué diferentes", le informa una señora que vende comida en el mercado. "Puros trucos, un golpe publicitario, es una operación para desalentar el movimiento", le contesta un estudiante de 22 años, con aire de superioridad. "Ay, yo no sé, pero creo que no, por más que veo las fotos como que no me checan", afirma tristona una muchacha en un café. "Por supuesto que sí es, señorita, todo coincide, que bueno que ya los descubrieron, ahora sí, para que dejen de andar alborotando", casi le grita un señor en el centro. "No, no, no, para nada, nos quieren confundir..."

Así, María va recabando información, va constatando que tras la cortina de humo levantada por el develamiento de una identidad, aparece con fuerza una opinión que se pronuncia por la paz, por la vía política de la negociación; una sociedad que se moviliza en el DF, en Guadalajara, en Zacatecas, en Cuernavaca; pero también en Madrid y en San Francisco jóvenes que se cubren el rostro (en un gesto solidario, provocador, ¿tal vez romántico?), analistas que levantan la voz, mientras otros aplauden, intelectuales de la talla de Umberto Eco o poetas como Rafael Alberti dejan sentir el peso de su autoridad moral con el imperativo ¡deténganse! Se perciben los vientos pacificadores.

María va procesando la información. Encuentra un título para su primer artículo "¿Estará tanta gente equivocada?": "Las reacciones sociales suscitadas a partir del anuncio y de las acciones presidenciales del 9 de febrero indican que la

identidad de los presuntos líderes del EZLN, 'no populares, no indígenas, no chiapanecos', pasa a segundo plano. Al centro de la respuesta social está la reivindicación de las causas justas levantadas por el neozapatismo y la urgente necesidad de encontrar soluciones pacíficas y de fondo". Así comienza María su artículo, los fragmentos en su interior van tomando forma, sus manos vuelan en el teclado.

SU ANDAR JUNTOS

Un torbellino de vida entra por la puerta; una brisa que huele a instinto, a imaginación, a juventud, inunda la oficina. Vienen contando sus hazañas, en voz alta, atropelladamente, con ese brillo que imprime en la mirada el haber encontrado una bandera. Ella los contempla con una mezcla de estupor y admiración ¿cómo no sucumbir, cómo no dejarse seducir, entusiasmar, por estos jóvenes?; están tan vivos, tan dolidos por su país y, por fin, tan llenos de futuro.

La maestra escucha con atención los planes, comenta, trata de mantener una distancia crítica, apenas puede contener esa sonrisa de mamá cuerva, ese orgullo absurdo de sentir que, de algún modo, en cierta forma, todos esos años, esas largas horas frente al pizarrón, en el aula, en el pasillo, en la cafetería, cobran sentido. Pero sabe que no es ni ligeramente responsable de la metamorfosis, apenas cómplice, escucha, testigo; no más pero tampoco menos.

La transformación tiene que ver con lo que estos jóvenes, Irene, Rafa, Paula, Mónica, Felipe y tantos otros, han aprendido de su país a partir de enero de 1994. Las cosas de la vida, piensa la maestra, quién iba a pensar que estos jóvenes universitarios aprenderían a amar a su tierra, a su gente, su propia vida, a través de las voces indígenas que a cientos de kilómetros dijeron ¡ya basta!; quién se hubiera imaginado que la voz de trueno de Ramona les daría a ellas y a ellos un nuevo sentido de la vida; quién hubiera pensado

que las enfermedades mortales pero curables, el frío, el hambre, la falta de voz, activarían en estos jóvenes una conciencia de la dignidad, de la justicia; ni quién se imaginara que los antes reacios a involucrarse, a la lectura, a informarse, devorarían ahora periódicos, discutirían, correrían el riesgo de contagiarse.

Y ahí andan ahora, buscando la manera de darle forma a la esperanza; ensayando los modos de poner en práctica entre ellos mismos la democracia; luchando contra el protagonismo y la inmovilidad, contra las verdades absolutas y la incertidumbre.

Saben que no están solos, que en este afán de alivio colectivo hay miles. Pero también saben que si ellos no participan, no dicen su palabra, no actúan, nada habrá tenido sentido.

Acopio de víveres y medicinas, investigación e información, actos de difusión y reflexión y, al fin estudiantes de fin de milenio, cibernautas de las redes electrónicas, establecer contacto con París, Madrid, Nueva York, para mandar y recibir información. Navegantes de aguas turbulentas, portadores de una bandera que se llama México y un sueño del que hoy forman parte.

Las voces van alejándose, permanece el eco de las risas y el seriesísimo intercambio de opiniones. Se van contentos, el tiempo apremia, el proyecto futuro los aguarda, recién descubiertas razones acompañan su andar juntos. La maestra queda sola en la oficina, en medio de los libros, los trabajos.

Relee el documento que el grupo acaba de dejarle: "queremos consensar la organización y organizar el consenso", dicen. ¿Será posible?, por lo por venir, por lo ya vivido, por la posibilidad de la inclusión del sueño del otro, ojalá sea posible. Los jóvenes merecen, tienen derecho a un futuro mejor.

LOS VIERNES DE VIRGILIA

Yo le cumplí una manda a la Sanjuanita, viera que es remilagrosa, a mi Gabriel me lo compuso de un mal que los doctores ni pa'cuando. En esta vez el santuario estaba bien lleno, no se podía ni caminar, no había ni manera de acercarse a la Virgen pa' pedirle los favores.

Uy y había de ver la de retablitos que la gente llevaba pa' dar gracias; unos bien curiositos, bien bonitos, como el de una niña que dibujó a su papá con una como corona dorada y le daba gracias a la Sanjuanita por habérselo devuelto, y es que la mamá me contó que al pobre hombre lo habían agarrado los de la migra y no sabían ni dónde había parado, meses pasaron sin saber de él. Otro que me tocó ver, fijese, era de un señor que le regresaron sus tierras; se la pasó a pleito y pleito con los de la Reforma, hasta que le prometió a la Virgen el pelo de sus hijas, y ahí las trajo con las greñas hasta el piso, entonces la virgencita le hizo el milagro y un buen día llegaron los pleiteros a decirle que ya su problema estaba arreglado. El señor le hizo su retablitito a la Virgen con el pelo de sus hijas y los vestiditos de diamantina verdes y rosas, y le puso: "gracias virgencita por devolverme mi territa".

Había de animarse y darse una vuelta para San Juan y persinarse con agua del pozo bendito, por ésta (Virgilia hace la señal de la cruz) que su señor consigue un buen trabajo y su niña se alivia de sus manchas. Usté nomás tenga fe, prométale a la virgencita algo muy valioso, que quiera mucho, ella es muy agradecida, muy buena patrona con su pueblo, con nosotros los pobres. Ya no ande tristiando, póngale unas veladoras al Sagrado pa' que vaya intercediendo con su mamacita, así, cuando ya vaya usté a platicar con ella, ya sabe de lo que se trata.

Mire nomás, si trae los ojos hundidos de tanto llorar, así no va a cambiar nada. Le voy a poner unos chayotitos en

• • •

su mandado, por cuenta mía, para eso somos las comadres, faltaba más. Y ora pa'l viernes le voy dar unas cabecitas de pescado pa' que haga un caldo bien sabroso y ofrezca la vigilia pa' que se le compongan las cosas. Pero ya no esté triste, al cabo nos ayudamos entre todos y pos si el hambre aprieta ya veremos cómo llenamos la panza. No se apure, que su niña se le va a poner más mala si la ve con tanta pena.

Marchantita ¿qué va llevar hoy?, mire que bonitos los repollos. Virgilia atiende un puesto en el mercado y con dos veladoras y unos claveles rojos bajo la figura de la virgen de San Juan de los Lagos entre los canastos y las cajas de madera. Se mueve entre las verduras como una matrona y para todos tiene un consejo, una receta, una palabra, una oración.

Una profunda fe se desprende de sus palabras, de sus actos. No hay en su mundo nada que ella no pueda remediar, sanar, componer. Ninguna duda enturbia su horizonte, de su parte están el Sagrado, la Virgen y los santos. Con semejantes aliados la vida para Virgilia es nomás cosa de tener paciencia, de saberles hablar, de entender los mensajes ocultos que en la adversidad nos manda el Señor. La cuaresma es para ella una ocasión perfecta para renovar sus vínculos y solicitar el milagrito de que le alcancen los centavos. Intercambia en la pescadería unos tomates y unos ejotes por unas cabezas de pescado que nadie quiso.

CREO, PORQUE ES ABSURDO

Todo se mueve y un ruido como de animal herido brota de la tierra, apenas perceptible. Bastan unos segundos para constatar, una vez más, lo vulnerables que somos. La sorpresa se confunde con el miedo, el mundo se vuelve un lugar inseguro, nadie sabe a qué atenerse. Y después el

• • •

temblor interior, la búsqueda de información, las razones científicas que no alcanzan para cobijar creencias, mitos, miedos, intuiciones, de que cada quien es protagonista. Por ejemplo, sigue contando María Luisa, qué tienen que ver los desplazamientos tectónicos con la ira divina que su vecina de 80 años esgrime como razón única y suficiente para explicar la muerte inútil y los destrozos.

Los científicos serios argumentan que entre los terremotos y las pruebas nucleares de los franceses no hay ninguna relación pero, afirma María Luisa, ningún aparato de medición o elaborada teoría bastan para borrar siglos de una cultura que cree en la unidad, en el equilibrio y en una relación con la tierra que va más allá de lo puramente económico.

El "progreso" encuentra en la ciencia su propio sistema religioso y en nombre de la racionalidad olvida que "en el principio" todo objeto, por pequeño que fuera, tenía un lugar en el universo, y que actuar con él, sobre él o por medio de él, significaba provocar un movimiento más general que repercutía en el orden natural y social; pero María Luisa aclara que no sólo los antiguos pensaban así sino que hoy día, ante la catástrofe ecológica cobra fuerza un pensamiento que concibe al mundo en su integridad, como algo en lo que se participa, y que no queda fuera de uno mismo.

Mientras acomoda las pocas pertenencias que le quedan, entre ellas sus cristales de cuarzo, María Luisa, ecologista, sanadora, bruja, que se fue a vivir a la costa en busca de un lugar de energías, habla con un periodista: es curioso ¿no?, Galileo se vio obligado a abjurar ante la inquisición, acusado de hereje, y ahora, mira (María Luisa tira al piso removido un cuarzo) todos entendemos más o menos las leyes de la caída de los cuerpos y no dudamos de que la tierra gira sobre sí misma.

No estoy segura, pero puede ser que hoy contemos con aparatos inquisidores, mucho más sofisticados y poderosos, para sancionar todo aquello que no quepa en las "escrituras científicas". ¿Es tan herético, tan primitivo, tan mágico, pensar en que todo lo que está sucediendo tiene relación con la barbarie que llamamos desarrollo?

Mi vecino perdió a su hija. Quedó como en un estado catatónico y no para de repetir que él tuvo la culpa, que regañó injustamente a la muchacha y que, en castigo, la Virgen se la llevó. Otros vecinos anuncian la llegada del apocalipsis y hay uno que hasta jura que oyó las trompetas poquito antes de que se fuera el mar.

Lo importante, a lo mejor, es que no tenemos derecho a ignorar las creencias sino aprender de lo que estas cosas están diciendo, porque al fin y al cabo esas palabras tienen un poder orientador que funda y totaliza la experiencia.

El periodista guarda su libreta de notas y se aleja rumbo a la playa pensando en cómo darle forma a una nota que no tiene nada de científica, mientras arroja piedritas a un mar todavía embravecido. Seguramente no conseguirá las ocho columnas, pero *¡E pur, si muove!*

SANGRE POR SANGRE

Que la desgracia es un buen negocio me queda cada día más claro, pero últimamente estoy más preocupado por los mecanismos que hacen que más de 14 millones de norteamericanos y, gracias al cable y al contagio cultural, muchos mexicanos también se mantengan literalmente pegados a los telejuicios, los videoasesinatos, los reality shows que muestran, paso por paso, los escabrosos e íntimos detalles de las más increíbles y, al mismo tiempo, historias reales, comenta Guillermo a sus alumnos.

Obviamente el asunto irrumpe en la clase por el caso Selena que, después del de Simpson, se convierte en tema

de atención, conversación y preocupación obligado. En el "guilty or not guilty" reposa el éxito de la macabra industria, aventura Guillermo como una hipótesis. Es precisamente ese juicio popular el que confiere a la audiencia la sensación de que toma parte, de que posee al menos una certeza en medio de un mundo en el que escasean las claridades. Y al discutir a la hora de la comida, del café, del descanso laboral, o incluso en medio del ensordecedor ruido de algunas máquinas funcionando y acerca de la culpabilidad de Saldívar en el caso de Selena, del propio Simpson, o de Lorena Bobbit acusada de cortar el pene a su marido, se juegan en las argumentaciones muchas más cosas que el mero veredicto. El reality show es hoy una industria millonaria, da contenidos específicos al éxito, a la envidia, a la venganza, al abuso sexual, obliga a tomar posición. Al proponer argumentos desagraciados o en agravio para Saldívar, por ejemplo, se filtran visiones sobre lo bueno y lo malo.

Por supuesto que influye el que los protagonistas de los dramas sean figuras públicas, contesta Guillermo a una alumna. Eso añade un ingrediente, pero no es ese el resorte del éxito. Piensen por ejemplo en "Cops", "Hard copy", "Inside edition", "Rescue 911", "Ocurrió así", "Primer impacto", o "Code 3", que se dedican a "rescatar" de los sótanos de la vida social truculentos episodios que producen millones de dólares; porque hay una audiencia dispuesta a "invertir" algunas horas del día en darle seguimiento al caso de los hermanos que mataron a sus padres porque estos abusaban sexualmente de ellos, o al proceso abierto en contra de una familia que mantenía en una jaula a la intemperie ¡y desnuda! a una enferma mental. Una audiencia fiel, que, impávidamente o con lágrimas en los ojos, emite, sin ningún titubeo, una opinión informada sobre los hechos.

Es cierto, brinca un alumno, a mí me impactó mucho que una señora con acento gringo, pero con un español

perfecto, gordita ella, así como ama de casa, con una fotografía de Selena prendida a su camiseta, decía ante la cámara: "ella [Saldivar] se merece que la maten, porque nadie tiene el derecho, sólo Diosito, de quitar la vida sagrada de las personas; que se la lleven a la silla eléctrica". Fuera de cuadro, varios hombres y mujeres asientan con la cabeza y le daban la razón a la señora. De pronto convertida, añade Guillermo, en una "experta" que no se percata del contrasentido de sus palabras. La lógica resulta impecable: sangre por sangre.

La desgracia ajena moviliza las pasiones propias y en esta doble operación, distancia y proximidad, el reality show se afirma como un buen negocio, concluye Guillermo. Mientras borra el pizarrón una alumna se acerca y le comenta que quiere hacer su tesis sobre el caso de Selena, ¿servirá de algo estudiar estas cosas?, le pregunta.

UN ALTAR NECESARIO

Otra vez esa sensación extraña, indefinible, un miedo que se le mete al cuerpo quién sabe por dónde, una sensación como de caminar de puntitas sobre el filo de una navaja. Con la boca medio amarga, Magda escucha las noticias: que todo son rumores, dicen, que vamos bien, que es falso que el país se esté desmoronando y que todo se cae estrepitosamente; más bien lo hace de forma silenciosa, lenta.

Magda pica el papel de china para su altar de muertos, un fino corte de tijera transforma el papel morado en un mosaico de figuras. Sus manos convierten los objetos y ella, al fin artista, está convencida de que pese a las repeticiones cada altar asombra por las variantes inesperadas. La visión de la muerte no se agota nunca en una experiencia. Sobre su mesa de trabajo un telegrama dice: "la invitamos a

participar punto el tema del altar coma a su elección punto confirmar participación en la Secretaría punto”.

Magda decidió destinar sus esfuerzos, su talento, a esos muertos cargados de presagios y de frío que se nos han acumulado como expedientes no resueltos, como muertes dudosas que hablan, desde su silencio, de una muerte mayor.

Magda lee la muerte como quien lee signos en la arena. Poco a poco los signos comienzan a tomar forma en su cabeza. En su pequeño estudio trabaja febrilmente: acopio de materiales, fotografías, objetos, herramientas. Magda convierte cada enigma en su versión particular, y al mismo tiempo colectiva, de la muerte absurda y evitable de los que han bañado con su sangre el mapa que llamamos México.

Lamentamos su ausencia, escribe Magda en su cuaderno de notas, más que por lo que su presencia significaba por la terrible sin razón de sus muertes. No nos queda el consuelo ni siquiera de una muerte heroica, de un propósito. Queda apenas el vacío, las miradas llenas de preguntas que no pueden concretarse en palabras. Arrastrados por la fuerza del azar, la intuición es un recurso demasiado pobre para domesticar el miedo.

La muerte no interrumpe el tiempo, más bien todo lo contrario, piensa Magda mientras resuelve qué ofrendas y en qué orden pondrá en el sitio de Colosio, y cómo representará a los 17 campesinos asesinados en Guerrero. Los bocetos se desparraman por el piso.

No resulta divertida su versión de la muerte, pero tampoco queda atrapada en la solemnidad. Y es que Magda es capaz de darle forma a la ambigüedad que desata la muerte, esa risa nerviosa que ayuda a huir de los paisajes sombríos. Magda recuerda de pronto las palabras de don Juan a Castaneda: “Mira [dice el brujo yaqui], una vez aquí, todos quisiéramos volver a Los Ángeles. Pero no hay modo de volver... lo que dejaste allí está perdido para siempre”.

• • •

Es demasiado tarde para permanecer despierta, pero Magda anda por su insomnio creativo, rasgando el velo de la incertidumbre, con ese miedo instalado en el cuerpo, con esas ganas de decirle a todos que algo más que los muertos se nos está muriendo. El boceto final está terminado y listo para su montaje.

Afuera es noche y los rumores crecen.

EL NAGUAL Y EL TONAL

Doña Cruz anda con el alma en un hilo aunque no dice nada. Poquito a poco ha ido viendo cambiar a su muchacho y ya no sabe cuándo andaba más preocupada, si cuando su chamaco se pasaba todo el día sin hacer nada y con las greñas largas, o ahora que se metió que dizque de cadete de la policía.

Es re fácil jefa, le dijo, y a los poquitos días llegó con su uniforme bien bonito. Qué diferencia, ora sí me respetan, hasta la Carmen me mira diferente. Y el muchacho se paseaba frente al espejo del ropero haciéndose gestos solito él. Luego, a los meses, llegó con tamaña pistolota, que dizque a cada rato se le trababa por viejita. Pero ahí estaba el muchacho duro y duro a limpiarla y sacarle brillo.

Doña Cruz se encomendaba al santísimo y le pedía que su hijo fuera hombre de bien y que se lo cuidara, porque la vida de un policía es muy difícil, muy peligrosa. A veces le daba orgullo que aunque antes tan relajiento, su muchacho cada vez se hacía más serio, pero, otras veces, ella tan entendida de la vida, le miraba la cara de tristeza y una como desesperación que se lo comía por dentro.

Igual que como con los anteriores amigos de su hijo, los policías, muy muchachos todos ellos, tampoco le gustaban nadita. Cuídate muchacho, nomás le decía al principio, y su hijo se reía: ya mamacita, no se apure, y les platicaba a sus

hermanos de unos operativos y de unas diligencias que hacían.

La cosa se empezó a poner más fea cuando a su hijo le dieron una camioneta con otros jovencitos y andaban patrullando de noche. Doña Cruz sentía que algo se le iba haciendo duro por dentro a su muchacho, y que hablaba más fuerte, más golpeado, y que el gesto se le iba haciendo hosco. Ya no les contaba nada a sus hermanos, ni a ella. Llegaba calladito después de su guardia de 24 por ocho y se tumbaba a dormir con el uniforme puesto.

Con la única con quien doña Cruz hablaba era con su comadre Margarita, muy entendida su comadre en esas cosas de la astralidad y de los misterios de la magia más antigua. Margarita hacía limpias y le leía a la gente su destino.

Mira Cruz, le dijo su comadre, a tu hijo se lo está comiendo su nagual porque su tonal no puede actuar. Y doña Cruz pelaba chicos ojotes con cara de no entender nada. La cosa es sencilla, explicó la comadre: cuando vinimos a la vida, el espíritu deja su primera casa y tiene que cruzar de allá pa'ca un río que luego de regreso tiene que volver a atravesar. Ese camino lo tiene que compartir con dos animales, dos vegetales y dos minerales; a partir d'eso la persona queda unida a sus compañeros, los animales muy principalmente. De'stos dos se impone el más fuerte, que es su nagual; el otro animal es su tonal, que es el compensador de los impulsos del nagual, es como la prudencia, pues. Haga de cuenta que hay un ángel de la guarda y un diablito, y en el caso de su hijo hay que despertar a su tonal. Le dio unos tés y una oración.

Con el susto en el alma, doña Cruz ve como su muchacho se le escapa. La otra noche llegó todo ensangrentado, y medio dormida alcanzó, fugazmente, a percibir en los ojos hinchados la expresión natural que antes tenían los ojos de

su Antonio. Animas que a la mejor ya le está haciendo provecho el té de la comadre.

ESPECIES EN EXTINCIÓN

Por más que se lo propone don Pedro no puede ni dejar de enamorarse muy seguido, ni de estar deprimido a veces, porque en general es un señor alegre, muy platicador y lleno de consejos y bromas para los demás. A sus 55 años 30 de los cuales ha vivido con Esperanza, no le alcanzan los dedos de las manos, ni de los pies, para contar cuántas veces el amor lo ha visitado.

Mi vida es como un bolero, platica don Pedro, al tiempo que separa un viejo pie de lámpara y con manos expertas localiza los objetos más inverosímiles con los que poco a poco va formando una pirámide que haría palidecer a los ingenieros en puentes, cuyas formas y proporciones varían de acuerdo con la suerte del día. Y es que lo bonito de este negocio, piensa Pedro, es que uno nunca sabe lo que va a encontrar.

Mi padre fue recolector de basura, el padre de mi padre también lo fue. Es una tradición de la que yo no me avergüenzo, aunque de chamaco me diera mucha muina que me gritaran "ahí va Pedrito el pepenador" y me costara bien muchos trabajos entrenar las narizotas para no sufrir con los olores. Éste es oficio para el que se necesita estómago fuerte, y no está uno libre de sustos. Más de una vez me ha tocado toparme con muertitos, ahí tapados entre los desperdicios, como resignados a que nadie los encuentre. Pero tiene uno sus compensaciones, como todo en la vida, una vez me hallé un relojote de oro macizo junto con unas cartas de amor medio borrosas con unas frases que, ¡uy!, me han servido para mis andanzas.

De mi padre pues, me viene lo serio, y yo digo que hasta lo triste, porque aquí donde me ve tan contento a veces me

da por la negrura y no hay cristiano que me anime. Pero de mi madre me viene lo contento, el gusto por la vida, y yo diría que hasta lo enamoradizo, aunque nunca le supe nada a mi madrecita, que Dios tenga en su santa gloria; ella era como un torbellino que giraba pa'todos lados y andaba siempre corrigiendo entuertos.

Don Pedro pasea su mirada por su montaña multicolor con una mezcla de orgullo y melancolía: con esto de lo moderno sepa que va a pasar, con tanta máquina tan rebuscada y eso que llaman "procesamiento" nos vamos a quedar sin chamba, y una máquina, fijese bien, no es capaz de distinguir entre un muertito y un reloj ¿o sí?, todo se lo echa por igual.

Yo podría platicar cómo es la gente de esta ciudad nomás por su basura y, si me apuran tantito, hasta de sus sentimientos por las cosas que tiran: sus amores contrariados, sus cambios de trabajo, sus vergüenzas. En la basura luegoito se ven los cambios en grandote y en chiquito, digo, tanto plástico y fierros y aparatitos no se veían hace 20 años, eso es lo grandote. Lo chiquito, digo yo, es la basura de cada familia, la ropa de los niños que se hicieron adultos, los zapatos de la abuelita que se murió. No pues si la basura es como un museo de los recuerdos, la de cosas que se aprenden aquí.

Don Pedro se aleja presuroso, es hora de su baño vespertino y de escaparse de los ojos de Esperanza. Hoy es la Leti la que lo trae en trance. Sorteando obstáculos añade: una última cosa, mi madrecita decía, a lo mejor para darme ánimos allá en mis primeros años de recolector, que siempre lo bonito de la vida se hace con lo feo.



Capítulo IV

Sobrevivir y otras metáforas

REGRESO AL FUTURO

¡Viva la Virgen!, gritaba el padre en la procesión, ¡y chingue a su madre el diablo! contestaba Basilio, ante la vergüenza de sus padres y sus hermanos, y la mirada tolerante del señor cura. Desde que estuvo en el ejército, Basilio no es el mismo. Antes, al igual que sus nueve hermanos, Basilio era un ciudadano lleno de proyectos. Su fascinación por las armas lo llevó al ejército y ahí fue metiéndose poco a poco con las drogas, primero las más suaves hasta que se convirtió en adicto. Fue separado del ejército y regresado a su casa, sin más; el problema fue trasladado a la familia. La madre de Basilio viajó a México para pedir ayuda e incluso presentó una demanda, no prosperó. Alguién le aconsejó que no moviera más el asunto: van a venir por su muchacho y se lo van a regresar muerto, le dijeron.

Y así comenzó el terror. Basilio se deterioraba poco a poco, había que amarrarlo para que la familia pudiera dormir un poco por las noches. El padre convocó a una junta y los cinco hermanos hombres (las mujeres no, para no meterlas en problemas con sus maridos) acordaron colaborar en lo económico para internar a Basilio en una

clínica. Ajeno a los problemas que había traído a su familia, Basilio se sumía en la desesperación y en un mundo de miedos reales y ficticios; su cuerpo, antes fuerte, estaba seco y varias veces intentó suicidarse.

Gracias a los lazos solidarios de su familia, los recursos para aliviarlo empezaron a fluir con muchos trabajos y horas extras: el tratamiento era costoso.

Días enteros pasó Basilio dormido, ausente, mientras sus hermanos y sus padres encomendaban a los médicos, y principalmente a la Virgen, el regreso de Basilio.

Transcurrieron seis meses de ires y venires, de sustos y sudores, de esfuerzos económicos que violentaron más las difíciles y precarias condiciones de todos sus hermanos. Hasta que un día el orgulloso padre llamó a la madre de Basilio y le dijo: ahí tienes de vuelta a tu muchacho. Y muchas lágrimas y muchas sonrisas acompañaron su aterrizaje en este mundo.

Hoy Basilio no se acuerda de nada, rápidos escalofríos le atraviesan el cuerpo cuando alguno de sus hermanos le comenta los muchos trabajos que pasaron para traerlo de vuelta. Su fascinación por las armas persiste y ahora es un guardaespaldas privado y puede asistir a la parroquia de su barrio. Basilio contempla el rostro de su madre y un infinito amor le brota por los poros cuando los domingos la familia se reúne para celebrar la vida y acariciarse las heridas.

QUÉ DIFÍCIL SER SOLA

Cuenta el dinero una vez más, 150 nuevos pesos en total, con todo y la morralla, aunque ella prefiere pensar que son 150 mil. Son sus ahorritos de tres meses, si los cuida le van alcanzar para muchas cosas. Camina apresuradamente, le encantan las vitrinas y las tiendas del centro, hay muchísimo de todo. Lo que más le gusta son las canastas grandotas con ropa interior; sumergirse en los colores, blancos, rosas, azul

celeste. En cambio, en las plazas todo es muy aburrido, las vitrinas son tristes, muy acomodadas, muy poquito enseñan en esas tiendas, entonces ¿cómo va uno a comprar? además todo es muy caro. Unos arrayanes se le meten por los ojos y saca, con cuidado, no vaya a ser, de su bolsita de plástico tres viejos miles, "con mucho picante por favor" y las bolitas verdes le saben a niñez, a campanas de Catedral y a un milagrito puesto a los pies de la Virgen por la sanación de su papá.

Se topa con un mimo y, dos cuabras más allá, por la de Morelos, con un salvador de almas: que el fin del mundo está cerca, que hay que lavar los pecados. Lupita hace la señal de la cruz y se persigna dos veces, con tanto loco que hay por ahí.

En su casa tuvieron que poner un cartelito que dice "este hogar es católico y no aceptamos propaganda protestante", con una virgencita bien bonita; porque allá en la colonia los protestantes andan bravos, mucha gente se ha convertido, su vecina, que era una señora muy simpática, ahora anda todo el día repitiéndoles la *Biblia*, y el señor cura dice que eso no está bien, que es puro fanatismo. Apura el paso y alcanza a escuchar que los jinetes del apocalipsis y que quién sabe qué; le da un escalofrío. Luego se detiene a comprar unos peines para su mamá y unas agujas para ella; cómo le gusta el centro, se repite.

Antes de entrar a la tienda de telas alguien le da un volante y ¡án dele, véngase a la manifestación!, que sí, que ahorita va le dice, y se mete carrereada a la frescura de la tienda. Huele, se empapa del olor a telas nuevas. Primero un tafetán blanco para el disfraz de ángel de su niña y el tul para las alas; a ella siempre la sacaban de virgen, como era medio güerita y su mamá también le hacía su túnica y unos resplandores con alambres y papel dorado. También necesita algodón blanco para camisas, que su muchacho siempre ande bien limpiecito, Dios quiera y pueda seguir la secun-

daria. Es difícil ser madre sola, pero con su trabajo nada les ha faltado, aunque ahora tengan que buscar nueva casa porque el rentero es un abusivo y quiere más dinero y ella de plano pues no puede.

Paga las telas y se dirige a Degollado para comprar los huaraches del angelito, a lo lejos se oye un altavoz, pero Lupita va apurada. En el cesto de basura queda una bolsita con restos de arrayán y una hoja arrugada en la que medio se lee ¡Por el derecho a la vivienda!

EL GOZO DEL CONSUMO

Está verdaderamente preocupado. Como cada mes, su desaliento es cíclico. Empieza como una ligera sensación en el estómago y termina con un dolor de cabeza y algo parecido al miedo. Su angustia proviene de las facturas y de las cuentas acumuladas en esa espiral de deudas en que se ha convertido su vida.

Primero vienen las cuentas de rigor: el teléfono, la luz, el gas; luego las colegiaturas y el temido recibo del banco "su saldo vencido es...", y el pequeño departamento que está pagando con "facilidades" se convierte en una carga, deja de ser su hogar para convertirse en un "saldo insoluto" y en intereses acumulados. Luego vienen los "pagos mínimos", producto de la necesidad de pagar más deudas y de esos arranques impetuosos clasemedieros que lo obligan, por el influjo publicitario, a realizar gastos fuera del alcance de su presupuesto. Y así, cada mes, Roberto pierde el sueño por unos días.

En su insomnio se pregunta si su vida tiene algún otro sentido, si podrá escaparse de las redes de los variados créditos que lo tienen atrapado.

Toda su vida ha trabajado. Su única herencia fue una sólida educación y el empuje para salir adelante, para no darse por vencido. Es confiable y predecible, leal. Lleva 22

años trabajando en la misma empresa; tres escalones ha ascendido en todo ese tiempo, pero él espera con paciencia y se ayuda con trabajos extra. Milagrosamente, y gracias a las maromas finacieras que ha aprendido a realizar, lo más urgente queda cubierto. De nueva cuenta Roberto vuelve a ser un ciudadano con la conciencia en paz y el ciclo vuelve a comenzar. Ninguna nube enturbia su horizonte, todo se torna nítido y claro cuando Roberto es capaz de afrontar gastos y deudas.

Un billetito de lotería, dos de ráscale, un boleto para la rifa quevaasolucionarmivida, se acumulan sobre su mesita de noche, en espera del milagro. Roberto observa con detenimiento las caras de los ganadores en los periódicos y en la tele. Son tan iguales a él, a su familia, que no puede pensar sino que "ya mero", la siguiente le toca a él.

El menor de sus hijos necesita lentes; el mayor, unos tenis (específicamente esos que vieron en la tienda de la plaza comercial), su hija se va a graduar y hay que adquirir el ajuar completo y pagar los gastos de la fiesta, porque no es cosa de dejar pasar ese momento como si nada y hay que invitar a toda la familia.

El acontecimiento y las necesidades del resto de sus hijos se suman al saldo en rojo. Pero en realidad no importa, porque caen en las fechas en que Roberto se siente poderoso, fuerte, optimista, miembro del selecto grupo que tiene "el poder de su firma". Eso lo conforta, es testimonio de que pertenece, forma parte, está, es. Y entonces se entrega al dulce encanto de la cofradía invisible, solidaria, de los consumidores.

Comparadas con el gozo que le proporcionan las caras de sus hijos, de su esposa, con esa felicidad tan parecida a algo real que traen los objetos con olor a nuevo y con el fortalecimiento de una masculinidad proveedora de bienestar, las angustias de fin de mes resultan poca cosa. El miedo se olvida. Su vida cobra sentido.

COCHAMBRE

Su rostro se refleja en la olla que a fuerza de tallarla ya parece un espejo, pero doña Filo no se ve en el espejo de aluminio, sólo se le aparecen sus angustias, su miedo, su coraje.

Tantos años ahorrando, juntando los centavitos entre todos, y su comadre Lencha recomendándole la caja popular; que si mire comadre dan muy buenos intereses, que así no tiene la tentación de gastarse lo poquito, que anímese. Y doña Filo se convenció. De su rebozo negro guardado entre bolitas de naftalina en el cajón del ropero, sacó las olorosas monedas, los arrugados billetitos y se fue derecho a la Caja.

La trataron re bien, les contó a sus hijos a la hora de la comida mientras orgullosamente les mostraba el papelito que la acreditaba como ahorradora.

La olla-espejo la devuelve una y otra vez a ese medio día de hace tres años, pero qué pendeja y qué requete confiada, se dice doña Filo, y una lágrima de impotencia se mezcla con una burbuja del jabón. Se acuerda de todos los trabajos para ganarle al gasto diario unos centavos, de todos los esfuerzos para sacarle el máximo a los mínimos salarios que entre todos juntaban. Los dientes blancos de doña Filo dibujan una sonrisa distorsionada por la olla cuando se acuerda que ya tenían varios milloncitos, o algunos nuevos miles, y de los planes y de la ilusión del terrenito allá por Tonalá.

Una mueca es lo que se refleja en el aluminio y un chirrido del metal le suena en los oídos igual que el día que le dijeron que el de la Caja se había pelado con todos los ahorros, y su comadre abría tamaños ojotes, y a don Felipe, el de la tiendita, se le iba hasta el resuello. Doña Filo no sentía nada, nomás oía las voces y las alegatas, los gritos.

Se fueron organizando poco a poco, que si la demanda, que si las firmas. Vuelta y vuelta para nada. Los sueños se

♦ ♦ ♦

le estrellaron como el cristal de los vasos cuando se lavan con agua muy caliente. Alguna esperanza les daba la autoridad, pero los días pasaban y los centavos no aparecían. Su comadre no perdía la fe, hasta llegaba a enseñarle los periódicos, mira ya salió en las noticias, a fuerza nos tienen que pagar, y doña Filo no entendía nadita, todos en su casa andaban como fantasmas.

Doña Filo prendía veladoras, rezaba el rosario de rodillas, prometía mandas, hasta una misa le encargó al señor cura, pero nada, "la averiguación ministerial" seguía su curso ajena a los milagros.

Con los dedos arrugados de tanta agua levantó la olla-espejo para cerciorarse de que todo el cochambre había desaparecido, miró a esa Filo dentro de la olla y le dijo, no pos el que nace tepalcate ni a comal tiznado llega.

Su hijo entró a la cocina: ¿qué está haciendo mamá? y doña Filo respondió, aquí nomás, limpiando una olla.

FUEGO NUEVO

Como entrega de camión de volteo se le aparecen los acontecimientos del año. El año de la turbulencia, máxima velocidad. Inútil intentar armar los pedazos del rompecabezas y, además, para qué si el que sigue también pinta movidito. Ta'cabrón, piensa Lalo, esto del comienzo de año siempre lo pone de mal humor. Con los años uno se vuelve cínico y sabe que los buenos propósitos alcanzan para una semana, cuando mucho dos, y con entusiasmo fingido levanta su copa de sidra y brinda. Luego los abrazos y los buenos deseos y las tonteras que se dicen en este punto de la emotiva borrachera: que ora sí, que tú y que yo, que te prometo, que cómo nos queremos.

Todos hablan de la devaluación. Él no está triste, ni siquiera desanimado, ya se sabe el ritual. Lalo ha convivido con la crisis desde que tiene memoria, o por lo menos desde

que ingresó a la "población económicamente activa". Su confianza ha andado a la baja desde entonces, su credibilidad en la banda de flotación. No hay indicadores para el deterioro, para la erosión de las certezas. ¿Saben qué?, dice Lalo con la voz pastosa de los whiskys acumulados, ni para qué quejarse, lo que pasa es que los mexicanos tenemos vocación de víctimas, pero alegres, complacientes y gustosas. ¡Viva México, cabrones! y a amarrarse el cinturón y sortear la crisis como surfistas profesionales, que no hay ola suficiente para clavarnos en la arena. Si ya nos sabemos de memoria la película, y además siempre nos queda la virgencita de Guadalupe y, con el favor de Dios, vamos a salir adelante, continúa Lalo animado por la cara de pasmo de sus interlocutores a los que todavía les duraba el espíritu navideño y los recursos mágicos (que si las uvas, que si los calzones rojos, que si la maleta vacía y las vueltas a la manzana) para evadir momentáneamente, por unos días, el desasosiego y la incertidumbre.

Ahí estaba Lalo para decirles que de nada sirven los amuletos, ni los conjuros.

Lalo no quería sonar serio, se sintió "malo". Lo confortaba una pequeña sensación de victoria, de ajuste de cuentas, de resistirse al simulacro del "todo está mal, pero nosotros estamos bien"; con ímpetus adolescentes la emprendió contra lo más sagrado, es decir, contra el pacto no explícito de participar en el ritual de la renovación: la ceremonia del fuego nuevo.

Una claridad fue abriéndose paso entre el humo del cigarro y del alcohol, como una ráfaga que lo sorprendió de improviso: su malestar no tenía destinatario. Esa es la base de la crisis, lo que la hace monstruosa. Es anónima en su complejidad, eso la vuelve más salvaje, feroz, intensa y, fuera de los grandes indicadores, invisible. Nos deja en el vacío con mucho miedo al miedo, y el miedo debilita.

• • •

Salvémonos pues del miedo aunque sea por una noche, a pesar de todo. Lalo se sintió inútil y ridículo, compuso como pudo lo que había dicho y se sumergió en la fiesta para tranquilidad de todos los presentes. De nuevo las copas con líquido espumoso y barato chocaron y todo transcurrió como en los viejos tiempos. Lalo se prometió a sí mismo no contaminar más a nadie con su escepticismo pero, como buen hijo de la crisis, Lalo sabe, a fin de cuentas, que los buenos propósitos duran lo que el entusiasmo de su formulación.

ESPÉREME TANTITO

Esto tampoco, ni esto. Ni modo, esto sí. Como letanía Gloria repite estas palabras frente a cada anaquel en el supermercado, como un rosario en el que ella sola se pregunta y se responde. Y es que Gloria evalúa el impacto de la crisis económica por la cantidad de cosas que puede meter en el carrito, cada vez menos.

Con ironía piensa lo chistoso que es sentir que se comete un pecado porque se da el "lujo" de hacerse trampa y poner unos duraznos de a 16.50 el kilo. La crisis arrebata la dignidad a las personas.

Tiene miedo, pero es más fuerte el enojo que el susto que le sume el estómago. Mientras paga unos fideos, un aceite, una latita de chiles, los duraznos fruto de su "irresponsabilidad", y otras cositas, Gloria va sobando el monedero, cada "tuk" del lector electrónico le acrecienta el coraje. Ciento veinticinco con noventa centavos, informa la neutra voz de la cajera.

Del monedero salen las horas de trabajo, los esfuerzos (redoblados, dice el presidente) y se esfuman los tenis nuevos para su niño y los poquitos ahorros para reparar carencias.

No se pueden pagar las cuentas con declaraciones, ni con promesas; de nada le sirven los préstamos, nada sabe de la bolsa, ni entiende de divisas a futuro.

Gloria sólo sabe que ya perdió la cuenta, que no puede pagar sus deudas, que el pánico de perder su casita de interés social le seca la boca. Sabe que no es justo, que no se vale, que no hay derecho, pero tampoco le vale de gran cosa saber que sabe todas estas cosas. Un gusanito barrenador le carcome la confianza.

Por la noche descubre en el noticiero que el secretario de Hacienda tiene un tic, como que cierra los ojitos cuando le hacen una pregunta que no puede contestar y un como resorte le jala la boca para un lado: que como no, licenciado, pues sí, licenciado, que ahora sí vamos por buen camino, que estamos corrigiendo, que las políticas macroeconómicas, y que sabe qué tanto, dice el secretario con una cerradera de ojos que hasta marea.

Lo mismito que en el sexenio anterior, piensa Gloria ya cansada de oír lo mismo, mientras se le deshace entre las manos su patrimonio. Ni Gloria, ni los miembros de su familia, pueden trabajar más, hacer más esfuerzos, ahorrar (como no sea dejar de comprar duraznos). Cada día vende menos, quién va a querer comprar cremitas y lociones y pinturitas para la cara (nos vamos a poner feas, sonríe Gloria). A su hijo mayor lo despidieron de la mueblería, a una de sus hijas le recortaron el horario, y los más chiquitos tienen que seguir estudiando. De plano no hay manera.

En un gesto inconsciente Gloria decide dejar de preocuparse. Total, que la embarguen, que le quiten sus cosas, e imagina la situación: ¿la señora de la casa?, mire, vinimos a embargarle su casa y su estéreo y su tele y sus ollas y las toallas elegantes que en un gesto inexplicable compró el año pasado, le dice en tono acusador un funcionario, también el refri que era de su mamá. Gloria piensa en dos vías de acción. En la situación A no ofrece resistencia y se queda,

• • •

junto con todos sus vecinos, en la calle; los acreedores reflexionan y ven que de nada les sirven la mercancía y las casas embargadas, pero como son muy necios de todos modos los dejan en la calle.

En la situación B, Gloria se atrinchera en la cocina y defiende hasta las últimas consecuencias su casa y sus cosas y toma como rehén a un funcionario del banco. Exige el diálogo con el secretario y con el presidente, en vivo, y que lo transmita Televisa.

El timbre la saca de sus ensoñaciones: Señora, la mensualidad del tanque estacionario está atrasada. Ay joven, espéreme tantito, para el lunes les pago.

LOS FANTASMAS NO EXISTEN (HASTA QUE PRUEBAN LO CONTRARIO)

Está sentado frente al volante con la mirada perdida, esperando que lleguen por él o que se produzca de una vez la muerte definitiva que comenzó hace varios años.

Nicolás es un hombre mayor, un viejo inútil, como le dicen los ojos de quienes hablan con él o lo miran, sin mirarlo, en la calle.

Todo comenzó con su jubilación, con el terrible sentimiento de pérdida que experimentó, la condescendencia en el trato que le daban, la inutilidad de los días que se apilaban como platos sucios en el fregadero, mientras los demás corrían, subían, bajaban.

Poco a poco Nicolás fue quedándose solo, aislado entre la compañía de una familia en la que ya no había un lugar para él. Para su desesperación, en la medida en que su cuerpo se deterioraba su mente se agudizaba; quizás la falta de presiones le permitía darse cuenta con mayor profundidad de las cosas, pero ya nadie quería escucharlo, conocer su opinión; los encuentros con él eran breves y superficiales. Era un viejo y no hay lugar para los viejos en esta sociedad.

Pero Nicolás no se doblegó, se inventó una rutina, se fabricó ocupaciones, y se resistió a permanecer inmóvil. Tomó con buen humor, y con esa fina ironía que dan los años, la cada vez más notoria cantidad de prótesis que su cuerpo requería: placas dentales, lentes gruesos, bastón. Nicolás se negaba a sentarse a esperar la muerte y decidió, pese a la falta de condiciones, vivir con dignidad. No era sencillo.

En el parque, en las filas de los cines, en el café, Nicolás captaba ese aire de superioridad con el que los adultos, especialmente los jóvenes de la especie, tratan a los más viejos. Sentía la agresión y la prisa enojada de sus conciudadanos cuando tenía que mirar con detenimiento algún billete para identificar su denominación; la vista le fallaba pero no la sensibilidad. Recibía mentadas de madre y embestidas cuando manejaba a 40 kilómetros su carrito por las calles de la ciudad. Pero Nicolás no se quejaba y defendía, como podía, su dignidad. Peleaba con todas sus fuerzas contra la muerte social a que lo habían condenado.

Esa mañana, Nicolás planeó con cuidado una visita al hospital, un viejo amigo enfermo necesitaba de su apoyo. Se bañó, se arregló, calentó el motor de su coche, se despidió sin que nadie en su casa se percatara de sus movimientos. Los fantasmas no hacen ruido.

Enfiló por la avenida con el radio sintonizado en su estación favorita. Detrás de él un joven tocaba desesperadamente el claxon, quería rebasar a Nicolás y el tráfico se lo impedía. Comenzó a presionar, a gritar por la ventanilla: "pinche viejo quítate del camino", "ya vete para el asilo", coreaba el copiloto entre carcajadas. Luego de una osada maniobra, los jóvenes lograron colocarse delante del carro de Nicolás. En el alto, Nicolás sacó un bultito de la guantera y bajó del carro lentamente, sin prisa. Se acercó al otro coche y de la franela salió reluciente una pistola. Nicolás disparó tres veces sobre el joven conductor, ante la mirada

• • •

atónita de su acompañante. Guardó la pistola en su trapito, cuidadosamente, caminó de regreso al carro, y se sentó a esperar.

El teléfono sonó en la casa de Nicolás: un anciano acaba de asesinar a un joven sin motivo aparente. Sí, a sangre fría, le disparó tres veces. Sí, está detenido. No, está tranquilo, todos quieren hablar con él pero el señor permanece callado. Un clic finaliza la comunicación.

DE FECHAS Y CALENDARIOS

Hay días en que alcanza a olvidarse, casi logra sentir como propia la prótesis donde antes hubo una pierna, de plano hasta se rasca, cosa que desconcierta enormemente al interlocutor en turno. Pero, en general, la vida para Clementina es un calendario repleto de fechas cargadas de memoria, de dolores, de citas con el destino. Cada 22 se cumple un mes, cada 15 se acuerda de la pierna amputada en la operación, cada 3 de la salida del hospital, seis meses después de la operación; cada 20 del coraje entripado de cuando le dijeron que no, que lo sentían mucho pero que no había manera de apoyarla, cada 4 del inicio de la lucha política. Y ahí se la va llevando, con un plumón rojo marca circulitos en su calendario de pared con la imagen del Sagrado Corazón.

Cuando doña Clemen platica de su obsesión por los días dice: no, pues si yo me imagino que para Guillermo Cosío la cosa debe ser distinta; hasta ha de mandar borrar de sus calendarios el 22 de abril, y más el primero de mayo. No ha de querer ni acordarse. Luego juega a imaginarse el calendario de Gabriel Covarrubias: pura cuenta regresiva dice festiva doña Clemen, ánimas que se acabe el año, y le iba poniendo un signo de menos a cada día que pasaba; pero orita, lo que's orita, no logro maliciar cómo lleva las cuentas.

Ya entrada en plática, reconstruye a su manera los calendarios de mucha gente y hasta imágenes les pone: ni te digo quién me imagino que tiene a la Trevi en su oficina.

El del gobernador me imagino que es un calendario grandote, con puros aviones, y también de seguro tiene borrados algunos días, así como si no existieran, los primeros de junio le han de pesar mucho; en cambio los primeros de mayo hasta un solecito les ha de poner como hago yo con los cumpleaños de mis hijos.

Cada quien tiene su calendario, suspira con profundidad mientras acomoda la prótesis en otra posición. Cada quien tiene sus fechas, sus días para dolerse y para festejar. Por ejemplo, el 12 de febrero los priistas lo han de marcar con un plumón negro, en cambio, para los panistas ha de ser un día bien recordado. Pero hay fechas que se comparten, que a todos nos tocan aunque, claro, de distinta manera, ahí empiezan los problemas porque cada quien cree que esa fecha es como propia, que nomás uno tiene derecho a lamentarla o a festejarla.

Lo que es yo de todo llevo memoria, y para corroborarlo muestra una agenda maltratada, llena de marcas, de cicatrices, una versión portátil de la historia de su vida y copia exacta de su calendario de pared.

Doña Clemen guarda la agenda con amoroso cuidado y continúa su reflexión. Chistea, alisa la falda, apoya una mano en el bastón. Lo que espero es que el calendario del nuevo gobernador, que me lo imagino limpiecito, blanco, grandote, vaya llenándose de fechas importantes, claro, con los días que él tiene que cumplir con sus funciones y todo eso, pero que también apunte lo que a nosotros nos importa. El calendario de una buena autoridad es aquel que tiene muchos días marcados para platicar con la gente. Yo, por si acaso, le voy a llevar la cuenta.

La enfermera se acerca a tomarle unos datos y es que los 24 de cada mes, sin falta, doña Clemen tiene su terapia.

• • •

CUESTIÓN DE LÓGICA

Este asunto de la economía es pura magia, ora sí que realidad virtual, nomás te voy a poner un ejemplo para que veas qué lógico y ya dejes de deprimirte. Mira, todos estamos llenos de deudas ¿no?, hasta el cuello: vamos a suponer que tú le debes a Juan cinco mil pesos, que a su vez le debe cinco mil a Pedro, que a su vez te debe cinco mil pesos a ti, y nadie, pero nadie, puede pagar que por la crisis y la canción. Bueno, entonces Pedro, Juan y tú se van al banco, y tú pides prestados cinco mil pesos por un ratito; con ese dinero le pagas a Juan, que a su vez le paga a Pedro, que te paga a ti y tú le pagas al banco: por arte de magia las deudas se acaban. ¿Ves? puro intercambio virtual. Pues más o menos así funciona la economía mundial, puras malditas transferencias a una escalototota que no acabamos de entender.

No me veas con esa cara, es en serio, lo que pasa es que somos premodernos, lo que nos hace optar por acumular en vez de transferir. Ya sé que no es ningún consuelo y que eso no te resuelve la bronca de la hipoteca; claro, tampoco te resuelve las acrobacias cotidianas con el gasto, ni el pago de la escuela de tus hijos. No, pero es que, a ver, lo que quiero que entiendas es que este sistema no está hecho para eso, a los planificadores les vale cacahuate la gente de carne y hueso, y que si el gasto social, y que el costo, y que la violencia; esas son cuestiones para los políticos, no para los economistas neoliberales. Dice convencido Francisco desde algún lugar de la selva de concreto a su sorprendido interlocutor.

El mundo ya cambió, hay que aprender a desplazarse rápido, puro fast track, velocidad es la clave, anticiparse y no aferrarse. Hay que mover la lana, pensar con esa lógica y ya estás del otro lado. Pero si sigues así, creyendo que el dinero es de a deveras vas a acabar por tronar.

Francisco, que es un experto en sistemas, explica con tanta claridad y tal optimismo el asunto de las transferencias que su interlocutor se siente un verdadero imbécil preocupándose por la situación, pero él cómo le hace para "transferir" algo que no tiene. Mientras más oye al "experto" más rabia se acumula en su interior, cómo carajos que al neoliberalismo no le interesan las "microescalas", ahí donde vive la gente real como él que sobrevive de milagro, al filo de la navaja, y a ver hasta cuándo.

Ante el entusiasmo de Francisco, el interlocutor se queda mudo, no hay manera de decirle lo indignado que está por las declaraciones del tal Camdessus, el mero mero del Fondo Monetario Internacional: que ningún otro país del mundo hubiera aguantado semejante programa de choque y semejantes sacrificios. Serán cínicos estos señores que ahora se muestran asombrados porque "el gobierno", y no el país, no vaciló en reducir el salario de la gente real y mandar al desempleo a un millón de personas para congraciarse con ese sistema simbólico donde habitan los nuevos dioses.

Francisco saca unas listas de su computadora personal y da por concluida la charla; su amigo sale abatido del edificio ultramoderno, ultrainteligente y ultracostoso; afuera hace calor, ni la titubeante lluvia alcanza para espantarle la sensación de agobio. Ora sí que héroes por necesidad. Hasta cuándo la tolerancia que al señor Camdessus asombra, se pregunta, abatido, uno entre los millones de mujeres y hombres reales.

Mientras las macroescalas y los macroindicadores "mejoran", el amigo de Francisco se pregunta cómo hará para pagar las deudas de este mes con sus respectivos intereses.

CUATRO MUJERES Y UN RITUAL

No puedo explicarlo pero cada que lo hago me siento como en el paraíso, pero luego me llega la cruda y ahí ando tratando de componerlo, pospongo los pagos, le quito tantito a lo que tenía para la renta y le completo con lo que tenía para el dentista, y así me la voy llevando. Comprar es una especie de droga y siempre va asociado a la melancolía. De veras no sé por qué carajos hay una relación directamente proporcional entre el volumen y la inutilidad de las compras con la ansiedad depresiva, confiesa Isabel a sus amigas.

Es tarde de café, de la rutina sagrada de compartir, una vez al mes, las historias, las monotonías, las soledades solitarias y también las acompañadas. Ritual femenino para el autoconvencimiento de que vale la pena.

A mí me pasa lo mismo, afirma Sofía, que se aferra con desesperación a los restos de una juventud que se escapa vertiginosamente, pero yo ya aflojé, ya no teorizo sobre el asunto, me lo tomo como terapia y punto. No hay placer más grande que gastarte una tarde frente a los espejos, jugar a los cambios de imagen para terminar comprando lo de siempre. Sí es cierto, hay una especie de compulsión melancólica, pero también de sensualidad: los colores y las texturas de la ropa, las formas de las cosas, son como un desafío a los sentidos. Yo no me puedo resistir y no me importa.

Pos qué jodidas estamos ¿no?, tercea Berenice, la militante del grupo: cara lavada, pantalón de mezclilla y camisas más iguales cada vez. Lo que pasa es que ustedes están bien aburridas, el consumo y la publicidad las tiene agarradas; no tienen proyecto, predica. Las otras mujeres la contemplan y se disponen a escuchar las lecciones sobre filosofía de la vida cotidiana a las que Bere recurre cada vez que se puede. A veces le atina.

No hay salida, interrumpe la cuarta amiga. El costo de lo que tú llamas "tu proyecto" te ha llevado a negarte a ti misma, no te das chance de nada y, por otro lado, claudicar es enraizarse, "normalizarse", existir sólo a través del consumo, de los simulacros. Lo que no sé es si este es un mal nomás femenino; creo que sí, pero pagaría una buena lana para saber de qué hablan los hombres cuando están solos.

¡Ay qué profundas!, se ríe Isabel. Yo lo único que quería decirles es que estoy hasta el cepillo de deudas. Le debo a la chava de la ropa gringa, a las Fábricas, a Sears ¿y los galanes? bien gracias. Isabel acaba de divorciarse.

Horrorosos, dice Bere. De plano no hay manera. Que dizque muy alivianados y a la hora de la verdad lo único que quieren son barbis.

Es que tú ya ni la riegas, le dice Sofía. Mira nomás qué fachas, de perdis hazte un cortecito modernón, pónte un trapito más femenino, eso no te vuelve tonta, ¿o sí?, duda Sofía ante el silencio de sus amigas.

La conversación fluye solidaria, fraternal. Por la vitrina de la cafetería se ven cuatro mujeres que pasan de la risa a los rostros serios. Cualquiera pensaría, viéndolas tan cómodas, que esa es su verdadera patria, lo demás es exilio.

DE HADAS, ADES Y UDIS

Anote su saldo actual, anote el valor de la udi al día de hoy, divida el renglón uno entre el renglón dos, multiplique 6.5 por el resultado del renglón cuatro, sume el resultado del renglón cinco y del renglón ocho. El cuadrito es esoterismo puro pero Margarita no se da por vencida, suma, divide, multiplica como autómatas, siguiendo la fórmula que el banco le propone para reestructurar su crédito y, de pasada, su vida. Veinticinco años nuevecitos, sin gastar, a partir de la nueva escrituración, ¿y los que ya llevo? se pregunta: perdidos, se fueron con el error de diciembre.

• • •

Margarita cierra su manual de instrucciones y con los hombros caídos se dirige a la cocina. Contempla el piso, la alacena, la campana de la estufa que nunca ha servido. A ver, si divido la casa en siete cachitos el resultado es que ocupo (Margarita es tapatía arraigada) más o menos tres años y medio para pagar cada pedazo, siempre y cuando otro error no nos obligue a comenzar de nuevo. Bueno, a ese paso, en la friolera de 15 añitos puedo considerar mía la planta baja. Calculadora en mano, pese a lo inadecuado de la hora (la madrugada es la hora de los magos, de las hadas que conceden sueños) realiza un inventario de las lozas que componen el piso: divide, multiplica y calcula el tiempo que le tomaría pagar cada una.

Se da cuenta de lo absurdo de su comportamiento, calienta un cafecito que le sabe amargo y cambia la estrategia, mejor se pone a realizar un inventario de sus posibilidades: ¿parientes ricos? cero, por lo tanto nulas posibilidades de heredar, aunque nunca se sabe; ¿posibilidades de sacarse la lotería? está canijo porque nunca compra números ni boletos de rifa alguna, de todos modos lo anota en su libreta junto al cuadrado de los intereses; ¿amigos que le presten? y ¿quién? si todos están igual que ella y su familia; ¿aumentar su jornada de trabajo?, ¿morirse ella o su esposo? así el seguro del crédito cubriría la deuda, subraya esta opción con rojo y sonríe para no llorar. Las posibilidades se le agotan.

Una cucaracha camina impúdica y retadora por la pared. Margarita contiene sus impulsos y en vez de asesinarla a sangre fría sigue con la mirada sus predecibles movimientos y le da vuelo a su imaginación: la cucaracha es en realidad el hada Morgana que asumió esa repugnante forma para verificar el grado de respeto que Margarita tiene por la vida; es decir que se trata de una prueba. El hada-cucaracha le concede el dinero suficiente para pagar su crédito, aunque, pensándolo bien, le otorga de una vez lo

suficiente para que los banqueros se peleen por ella. Pero ninguna metamorfosis se produce y la cucaracha se acerca peligrosamente al canasto del pan, Margarita la aplasta sin escrúpulos con una sonrisa maliciosa: acabo de matar a mi única salvación. Apaga las luces, sube con agilidad la escalera, se asoma al cuarto donde sus hijos duermen plácidamente, se pone su camiseta para dormir, y abraza a su esposo que protesta dormido. Cierra los ojos y el cuadrito de intereses sigue bailándole en la cabeza.

Anote su estado de ánimo, multiplíquelo por su coraje, divídalo entre su salario, súmele los años que le quedan y mándele el resultado a quien corresponda. En sueños, el hada-cucaracha le reprocha su impaciencia.

LOS OLVIDANTES

Otra vez, en medio de la enloquecida rutina, Andrés va de un lado a otro tratando de hacer que los días le rindan más horas de las que acepta el reloj. La cosa no está para menos, Andrés perdió su empleo de 20 años y, desde hace meses, para sobrevivir se autoemplea a triple jornada, y está tan ocupado, y tan cansado, que no tiene tiempo ni siquiera de enojarse.

En el último enojo se prometió a sí mismo no olvidar, no perder su capacidad de indignación, que es lo único, le dice a su esposa, que les queda. Cuando se supo de las cuentas millonarias de Raúl Salinas y, al poco tiempo, de las reacciones del hermano, Andrés y su señora cenaron con los compadres. Y que ora sí esto ya es el colmo, que cómo es posible que nos pidan paciencia, disciplina, respeto por las instituciones, ¿cuáles instituciones? casi gritaba colorado de coraje Andrés, ¿esas de las que se han burlado hasta el cansancio estos políticos corruptos? Y el peso como yoyo, igual que la esperanza, y también en espera de un milagro.

• • •

Aquí las cosas van a cambiar cuando la gente deje de estar muda, cuando no olvide, cuando deje de verse a sí misma como el "pueblo ejemplar y paciente" que los turistas diplomáticos presumen en el extranjero para taparle el ojo al macho y para demostrar, a través del simulacro, el idilio permanente entre el Estado y la gente, que entre líneas debe leerse como el alarde de la capacidad de control que todavía tienen, le dice Andrés a su compadre Nacho, entre los tragos de tequila. Mientras las señoras preparan eternamente una ensalada en la cocina y se quejan con amargura del horrible carácter de sus esposos, y del humor sombrío, y de las cuentas acumuladas sin pagar y, por supuesto, se hacen confidencias mientras la una acaricia una lechuga y la otra pica frenéticamente una cebolla.

No hay caso, dice Andrés, ¿dónde demonios está el carácter?, ¿la garra? pero, sobre todo ¿dónde está la dignidad? Sacaron cuentas, trataron de convertir a pesos los dólares encontrados, diseñaron leyes, arreglaron el país mientras atacaban las milanesas. Ya para el pay de queso no quedaba en México ningún político corrupto.

De regreso a su casa, Andrés se prometió, se juró, se llenó de planes para organizarse con los muchos como él.

Cayó en la cama con un profundo cansancio y no tuvo ni siquiera energía para soñar. Al día siguiente su memoria le jugó la mala pasada: había olvidado por completo su coraje y éste había sido sustituido por la preocupación y por el miedo. Se enojó con su esposa porque sobrepasó ligeramente el precario presupuesto del mes, llamó por teléfono para confirmar las citas que le cancelaron: orita no ingeniero, muchas gracias, a lo mejor el mes que viene. Es decir, la rutina.

Cuando Andrés viaja en el camión (para salir de apuros vendió su coche, o sea, la deuda de su coche) una voz interior le dice que olvidó algo, pero no recuerda qué. A veces, una imagen urbana, un niño pidiendo caridad, un anciano,

una conversación, le desacomodan el interior, pero Andrés está muy cansado. Hay que esperar la próxima crisis, la siguiente furia, para que el ingeniero se prometa, de nuevo, no olvidar.

• • •



Capítulo V

Memorias de la intimidad

CON SUS MANOS DE MAGA

Menea los frijoles mientras se le aparecen en desorden los recuerdos. Por su rostro pasan sonrisas, tormentas, huracanes, desiertos. Lleva la cuenta, un año ocho meses han pasado desde aquella mañana en que se le derrumbó la vida, se le quebraron la confianza y la inocencia. Frente a su nueva estufa cuelga el crucifijo retorcido que logró salvar de entre los escombros, con los ojos incrédulos y una mano sangrante; con la otra sostenía la mano de su hijita y, con el cuerpo entero, crispado, de leona, protegía a sus otros dos hijos. Tantas cosas han pasado desde el 22 de abril de 1994 que ya no tiene manera de ordenarlas en secuencia, se le escapan las fechas. Pero cuando cocina, invariablemente, en un ritual repetido, su mente se esfuerza por darle sentido a los hechos. Se ve a sí misma en su nueva casa, en otro barrio, aislada de lo que fue su vida, sus amigas, sus marchantes, sus ires y venires a la escuela de sus hijos, y no se reconoce, se mira en el espejo y otra Lourdes le hace frente. Un gesto endurecido le recuerda los días interminables de asambleas, de peticiones, de larguísimas marchas en las que lograba calentarse apenas con una mirada de sim-

♦ ♦ ♦

patía, un gesto amistoso. Se ve a sí misma, y no lo cree, organizando, declarando, dando instrucciones; ella que siempre fue tan tímida, tan callada. Desfilan por su mente una a una las mujeres que, al igual que ella, salieron de sus nichos cotidianos para enfrentar la lucha por la vida, y se le hace un nudo en la garganta al recordar la decisión, la fuerza y el coraje con el que todas hacían reclamos, cumplían tareas, negociaban, aprendían a hablarle de tú a las autoridades. ¿Quién si no ella iba a ocuparse de sacar adelante a la familia, al grupo, la vida misma? Un año y ocho meses y, todavía, en las noches, el estupor, la ira, el desconcierto, la visitan. Pero no tiene miedo, ya no, conoció de cerca las estrategias del poder, a ella le tocó el desalojo, la violencia absurda contra los vulnerables; las declaraciones, los careos; y aprendió que era fuerte y que se necesitaba mucho más que advertencias y amenazas para arrancarle la única certeza que resistía en medio de la confusión: su fortaleza venía de su profundo amor a la vida, a los suyos, a sus compañeros de infortunio; y su poder, del poder que tienen los que no tienen nada.

Recuerda cómo se retiró poco a poco, cómo se fueron yendo sus vecinos, lejos, muy lejos de Analco, al Batallón de San Patricio, a Miravalle, a la colonia Independencia, a rehacer la vida. Mientras, la ciudad iba olvidando como un mal sueño la pesadilla que muchos como Lourdes siguen habitando. Ella recuerda cómo regresó lentamente a las rutinas cotidianas.

Los frijoles están a punto, desde el radio las noticias del medio día inundan la cocina; como un torbellino, la pequeña Paloma se sienta a la mesa con su pelo negro y su olor a esperanza, mientras Lourdes vuelve a este hoy que no se explica sin todos esos días en que la frontera entre la vida y la muerte, entre la renuncia y la búsqueda, era una tenue pero poderosa llama de amor. Lourdes ha recuperado la destreza de sus manos de maga para sanar una herida,

• • •

acariciar una pena, tejer anhelos, cocinar los sueños, pero ella sabe, todos lo saben, que no volvió igual.

CARTA POSPUESTA

Amalia decidió escribir, quién sabe por qué razones, una carta al subcomandante Marcos; aunque no sabe si se atreva a buscar los caminos para hacérsela llegar, y tampoco está segura de lo que quiere decirle. Desde que inició el conflicto en Chiapas está muy confundida. Busca en los artículos que lee, cosas que le aclaren la confusión que la habita. Amalia es defensora de los derechos humanos, lleva años trabajando en comunidades de base, la paciencia a veces se le agota, no es demasiado optimista sobre lo que puede esperarse. Toma la pluma y comienza su carta.

"Muy querido subcomandante Marcos: Se necesita algo más que valentía y afán de protagonismo (como dicen sus críticos) para hablar y escribir como usted habla y escribe".

Amalia se ha leído todos los comunicados del EZLN y las cartas del "sub", prosigue:

"Pienso que usted sabe que está muerto y que entonces eso lo autoriza a decir las cosas como las dice, porque ya algunos otros se han cansado de hablar de la pobreza y del neoliberalismo y de la situación de los marginados del país. ¿Por qué entonces sus palabras nos duelen tanto en el corazón a algunos, y a otros les mueve el coraje?"

Amalia recuerda el texto sobre la "tormenta y la profecía" y el de la "fuerza política en formación". No es que sea una romántica, a su edad y con la vida que ha llevado está curada de espantos, pero esos textos le pusieron en palabras lo que ella tantas veces ha pensado.

"Fijese que aquí todos hacen hipótesis pero nadie le atina a los sentimientos que usted nos mueve a muchos mexicanos; me digo que a lo mejor es eso, que todos los que hablan se la pasan hablándole a nuestra razón y que

• • •

usted encontró el modo de hablarnos en otro lenguaje; uno que hasta reír nos hace a pesar de tanta muerte y de tanto dolor (cuando la gente ya no sabe reírse, digo yo que ya no hay esperanza)".

Piensa que es una pena que la tele no transmita los comunicados de los zapatistas, poca gente lee los periódicos. No medita demasiado y sigue escribiendo.

"Se me ocurre que lo que no les gusta a sus críticos es que usted esté preparado y que tenga tanta información sobre la situación del país. A lo mejor les suena raro que alguien que anda metido en las montañas hasta citas en latín y en inglés pueda hacer. Les gustaría, a lo mejor, que fuera usted un furibundo, el prototipo del guerrillero malencarado, no alguien que hasta 'hamburguesas y queso de Oaxaca pide' (ojalá por ahí se los lleven), alguien, pues, que fuera más fácil de combatir, que se dejara envolver en las palabras de otros".

Amalia piensa que a ella también podrían acusarla de las mismas cosas que al subcomandante; también a muchos otros mexicanos. Ella anda metida en las colonias marginadas, entre gente muy humilde. No se había preguntado nunca si la veían mal por eso, por no haber nacido pobre y haber tenido acceso a la educación y por opción personal dedicarse a este trabajo.

"Muchos de los que escriben, escriben sobre usted y sobre el EZLN, los más pocos escriben sobre lo que nos está pasando a los mexicanos (desde que ustedes nos inauguraron el año) de diferentes maneras".

Mientras escribe piensa en lo que ha pasado en la ciudad.

"Fijese, aquí nos tardamos varias semanas en reaccionar. Marchas iban y venían en otras partes del país y aquí apenas andábamos viendo si podíamos 'concertar' (somos muy divididos en mi ciudad); claro que había muchos que le

seguían la pista a todo el asunto, pero reaccionar, lo que se dice reaccionar como sociedad civil, nos tomó tiempesito".

Se le quiebra el pensamiento y decide posponer la carta. Se sirve un vaso de leche y enciende la televisión para acompañar la lectura del periódico, por si acaso hoy sí pasan información confiable.

HOJA DE VIDA

Dicen que, contra toda costumbre, su papá se puso triste cuando le vinieron a avisar que era un hombre, un varoncito grandote y fuerte. Su llegada fue una decepción: había equivocado el cuerpo que de él se esperaba. Juan Ramón le pusieron en memoria de los dos abuelos, y junto con el nombre vinieron una serie de obligaciones y la lucha de las dos familias por amoldarle el cuerpo y las maneras al estilo de cada clan familiar: los de su madre eran broncos, pragmáticos y de risa fácil; los de su padre eran más bien tristonos, reservados y muy dados a la meditación. Desde chiquito mostró Juan Ramón una gran habilidad camaleónica para adaptarse a los unos y a los otros.

Los primeros años de escuela los pasó aprendiendo a controlar su cuerpo, a estarse quietecito en una banca horas interminables, a cronometrar sus idas al baño. Ya impulsado por resortes propios, su cuerpecito infantil se paraba, se sentaba, corría, obedecía a las órdenes de los maestros. Vino la primera comunión y Juan Ramón no entendía de qué tenía que limpiarse si él se bañaba a diario; intuyó que en el cuerpo había cosas que el jabón no alcanzaba a lavar y una como vergüenza se le fue instalando de a poquito.

Poco después, en un abrir y cerrar de ojos decía su mamá, empezó a hacerse hombre. Manos, pies y nariz le quedaban grandes y ya no bastaban sus esfuerzos de voluntad para contener la fuerza que lo habitaba por dentro. Su cuerpo ya no obedecía tan fácilmente y tenía que invertir

horas haciendo ejercicio para aplacar la sangre y el bullicio de las hormonas desatadas. Los del clan materno andaban felices con el cambio; los del clan paterno observaban con mirada preocupada y desaprobaban en silencio la voz demasiado fuerte, los impulsos saltarines, los ruidosos desplazamientos de un cuerpo que crecía sin control.

Por esas fechas fue que Juan Ramón tomó conciencia de la diferencia. A pesar de que tenía dos hermanas, a las que el cuerpo se les amoldaba de otros modos, no fue sino hasta un roce accidental en un juego de pelota cuando le cayó como descarga eléctrica la evidencia de que no todos los cuerpos son iguales.

Al cabo de varios meses, su lengua, instrumento hasta entonces ignorado, se convirtió en exploradora de otras bocas y, como nunca antes, le gustó su propio cuerpo. El clan materno decidió que estaba listo y organizó, en beneficio de Juan Ramón, una gira nocturna para iniciarlo en los secretos del amor. Aterrado, mientras uno de sus tíos negociaba posibilidades y pactaba con caballerosidad el trato, Juan Ramón fue golpeado por la revelación de que el cuerpo también es asunto de negocios. Pese a sus resistencias, su cuerpo reaccionó movido por una fuerza extraña que se impuso. Tantos años de disciplina, de entrenamiento, de autocontrol, para venir a descubrir la deliciosa ingobernabilidad de su propio cuerpo, decía él.

Juan Ramón se puso corbata, su cuerpo se amoldó ahora a los horarios. Se puso un smoking para su boda, aprendió a dormir con otro cuerpo. Se alegró con los cuerpecitos recién nacidos de sus hijos y fue transmitiendo su propio entrenamiento.

Dicen que por un error de cálculo Juan Ramón no cabía en el cajón de muerto que su hija compró, que hubo que tomar medidas poco ortodoxas y hacerlo caber a como diera lugar. Su partida resultó una decepción.

MUNDO INTERIOR

Despertó con un vacío en el estómago. La misma sensación de tedio, de rutina repetida. Levantarse y esquivar el espejo, preparar el desayuno, un beso ligerísimo, los niños a la escuela y la casa para ella sola, la zona de desastre sólo para ella. Siempre se pregunta cómo harán las amas de casa de los comerciales para lucir tan bien arregladas y contentas con sus deberes cotidianos; no sabe quién es más estúpido si los señores que inventan los comerciales, o ella por no tener el valor de decir "oiga usted, eso son puras mentiras ¿a poco cree que de veras una lava tres tandas seguidas con esa sonrisa de ángel y ese vestido que luego luego se ve que es de seda?" Paty se encamina hacia el baño, de pasada recoge un cuaderno, una mochila y un tenis. A lo mejor en otras casas la vida sí funciona como en la tele, aquí definitivamente no, se dice. Se encierra en el baño, con todo y seguro, sabe que está solita pero es una costumbre que se le ha ido quedando a fuerza de verse interrumpida por todos los miembros de la casa quienes, en cuanto ella decide hacer pipí, emprenden la búsqueda "de vida o muerte" de un cuaderno, quieren saber su opinión sobre un peinado, rastrean la sección del periódico o precisamente la revista que ella tiene en su poder. Suspira.

Inicia el ritual matutino, un enfrentamiento con el que ella siente su enemigo: el espejo. La revisión no perdona un sólo centímetro del cuerpo, de la cara, "verificación corporal" la llama ahora y nunca la pasa, jamás se extiende a sí misma un certificado aprobatorio. Tal vez sea tanta maldita tele, tantas modelos que parecen tan casuales, tan seguras, el estándar de comparación es alto. El agua caliente le entibia la desesperanza.

Paty está triste, se le acabó la telenovela y el subcomandante Marcos no ha escrito comunicados ni ha salido en la tele. El otro día tuvieron una discusión entre sus amigas; el

tema obligado, el conflicto en Chiapas y el subcomandante Marcos. Al oír los comentarios una idea se le fue abriendo paso por entre las confusiones, todas (unas profesionistas, otras comerciantes, otras amas de casa) coincidían en el enorme atractivo que Marcos ejercía sobre ellas, y todas decían con unas palabras o con otras que los hombres estaban celosos del "sub". Claro, se dijo, porque ellos creen que lo que vemos es un cuerpo, un símbolo sexual, un macho, y no, lo que hay atrás del pasamontañas es un hombre decidido, comprometido, que asume, pues; mientras que estamos rodeadas de seres que le sacan al compromiso, todo por encimita, como en la tele. Además, ese pasamontañas logra conectar con una parte atrofiada que está quién sabe dónde, en qué parte del cuerpo o la cabeza esperando que le hablen, de ahí el encantamiento por Marcos. "¿Y si se quita el pasamontañas y está feo?", já, que poco nos conocen nuestros hombres, concluye.

Una bella mujer sale de la regadera, Paty no logra verla porque anda demasiado ocupada tratando de negarse a sí misma. Atraviesa el caos de camino a la cocina y, poco a poco, el orden va tomando forma; el humor le cambia y Paty piensa que así debería hacerse con el país, pues, que caray, ni que fuera tan difícil.

NOMÁS POR HOY

Saca con cuidado la camisa delicadamente doblada del cajón y escoge un par de calcetines. Completa rápidamente su arreglo personal, pues hoy le toca dar el desayuno a los niños. Juan improvisa un desayuno instantáneo con cereal y pan dulce, que saca de una alacena bien provista. Él se toma un café que su esposa dejó listo antes de irse a trabajar. Mientras los niños recogen sus mochilas, Juan guarda sus papeles en su portafolio de piel natural.

Juan es un académico exitoso y profesor respetado. En sus clases de teoría política se empeña en transmitir a sus alumnos los valores de la democracia, la igualdad, la libertad. Sus alumnos, pero principalmente sus alumnas, asimilan arrobadas las teorías y lo ponen de ejemplo entre sus compañeros cuando cotidianamente aquellos minimizan sus capacidades.

Juan es miembro del Consejo Directivo de su facultad. En él participan apenas dos colegas mujeres y, pese a todas sus teorías de igualdad, tiene enormes problemas para entenderlas. En sus juntas nunca falta la clásica broma acerca de la tensión premenstrual cuando las mujeres defienden acaloradamente una idea o una posición, o las típicas referencias a la hipersensibilidad o al cursi romanticismo. Son bromas entre compañeros, se justifica Juan. Pero nunca se percata de que cuando alguna de sus colegas hace alguna aportación interesante, él tiende a montar su argumentación precisamente sobre esa idea, de tal modo que al final las ideas femeninas desaparecen y sólo quedan en la mesa referencias a "como señaló Juan..."

Pese a esos pequeños actos cotidianos, Juan se describe a sí mismo como "feminista", colabora (no asume) en las tareas del hogar, comparte (bajo lista) las responsabilidades del grupo familiar; critica en sus clases, en el café, en las reuniones, el "anacrónico machismo" que tiene sumido en el subdesarrollo al país; ejecuta con precisión y maestría sus rutinas en clase para que ellas se sientan iguales a ellos.

Después de una jornada agotadora Juan llega a su casa con la conciencia limpia y satisfecha propia de los defensores de la democracia. Debe preparar una ponencia, por lo que pide a su esposa-compañera que lo supla "nomás por hoy" en los quehaceres nocturnos. La compañera-esposa tiene también algunos asuntos de trabajo que atender, pero solidariamente ¡faltaba más!, decide posponerlos para las 12 de la noche. Prepara entonces la merienda, dobla la ropa

y arregla calcetines, revisa la despensa y el refrigerador, mientras Juan está concentrado en su trabajo.

En su análisis acerca del debate de los candidatos, un punto central lo constituye la crítica lapidaria a los posdebates, tanto de Televisa como de Televisión Azteca, en los que no hubo ni una sola presencia femenina. A medio párrafo de su trabajo descubre que no tiene a la mano algunos ejemplares de periódico. Un suave y dulce grito para averiguar "dónde chingados me pusieron esos periódicos" saca a la esposa-compañera de su propia concentración, quien con una sonrisa complaciente le indica con la mirada que están exactamente dónde él los puso ayer.

"La participación femenina en la construcción y desarrollo del país resulta absolutamente incuestionable. Hoy día las estadísticas señalan el papel cada vez más importante de las mujeres en el sector productivo del país..." afirma la ponencia de Juan.

EL INFIERNO NO SIEMPRE SON LOS OTROS

Casi ninguno de nosotros sabía bien a bien quién vivía al otro lado. Más allá de un cortés "buenos días" o "buenas noches", de una eventual conversación sobre el costo de la vida o sobre la inseguridad pública, las relaciones entre la mayoría de los vecinos no da para más. Y es que, por mucho que las casas sean iguales, la gente que habita en ellas es muy diferente. Claro que se habían dado algunos indicios, como aquella vez en que una camioneta de la policía asustó a los muchachos. Varios de los vecinos que no tenían ni vela en el entierro pues salieron al quite y ahí estábamos muchos haciéndonos fuertes, como si fuéramos un grupo muy compacto. También en otras ocasiones se habían dado gestos muy bonitos, muy solidarios; pero, en general, cada quien su vida y ya.

A lo mejor por eso resultó tan impresionante la reacción; tanto que varios de nosotros nos mirábamos como si fuera la primera vez, así como con sorpresa, pero nadie decía nada, como si fuera la cosa más natural del mundo. A las 11 de la noche oímos los primeros movimientos, con cierta timidez nos asomamos por entre las persianas. Más o menos 15 minutos duraron los titubeos entre el "me involucro o no". Al rato, la casa de Leti estaba llena. Hecha un manojo de nervios, preocupadísima y con una tristeza que se contagiaba. A ciencia cierta nadie sabía de qué se trataba. De voz en voz lo único que quedaba más o menos claro era la palabra "embargo", suficiente motor para despertar la solidaridad. Nadie necesitaba mayor información, nadie la pidió.

De manera casi espontánea se armaron las brigadas de rescate. Las muchachas empacaron la ropa; los hombres (los más jóvenes y los no tanto) se organizaron para salvar lo más pesado que generalmente es lo más caro: el refri, la tele, la lavadora. Dos vecinos pusieron al servicio de la mudanza sus camionetas y a la una de la mañana comenzó la procesión. Las mujeres tomaban las decisiones sobre cuáles cosas había que empacar. Una cofradía femenina envolvió a Leti en su manto protector, ella no debía preocuparse por nada, faltaba más.

Ordenadamente las cajas se apilaban; las obsesiones particulares de cada quien determinaban su contenido: la vajilla elegante, las latas de comida, la plata. Que no se queden los apuntes ni las recetas, decía una; otra más estaba preocupadísima por la lámpara de la cocina, es que está muy bonita, decía. El doctor fue a su casa y nos trajo a todos una jarra de agua de limón que nos bebimos agradecidos, mientras algunos mordisqueaban unas zucartas abandonadas sobre el pretil de la cocina, a estas alturas ya vacía. La desesperación iba en aumento, cómo salvar lo más posible: yo puedo guardar esto en mi casa; y yo esto; hay que llevar

• • •

a casa de la abuela el resto. Pero el cansancio de la madrugada, después de una jornada regular y agotadora, sumado a la implacable evidencia de la imposibilidad de desmontar una casa en unas horas, nos dejó a todos en silencio unos minutos. La rabia y la impotencia nos llevaron a decidir de forma colectiva que había que salvar las persianas: última defensa hacia el exterior. Concluida la faena, todos se retiraron a sus propias casas; tristes pero confortados por esa respuesta colectiva. Por la mañana todo se veía normal; sin embargo, el "buenos días" sonaba diferente. La vecina de enfrente dijo: no, hace como un mes que se fueron, y sin más explicaciones se alejó con una sonrisa de oreja a oreja.

LOS ESFUERZOS DE HOMERO

En la sala, el padre juega con su hijo en el nintendo un videojuego que se llama street fighter. El hijo, por supuesto, vence vez tras vez al torpe padre que siente que pierde la paciencia y el orgullo al verse abatido por nocaut ante el primer golpe de su oponente. ¡Ponch, auch, tiririririri!, repite incansablemente la maquinita. A los múltiples sonidos del videojuego se suman los comentarios sarcásticos del hijo. La madre llama a cenar y es el padre quien se resiste a abandonar el juego. Mientras el niño se lava las manos, el padre recuerda, y piensa para sí en lo terrible y doloroso que a él le resultó, cuando era niño, vencer a su padre, entender que el hombre ya estaba viejo, que ya no era capaz de fingir que se dejaba ganar en las peleas, en los juegos de fútbol. Una idea fue abriéndose paso en la mente del padre: no podía hacerle eso a su propio hijo, todavía no.

Al día siguiente, luego de un agotador día de trabajo, el padre se dirigió a un negocio de maquinitas y observó con atención los juegos de los niños. Pidió al más diestro en el street fighter que le enseñara algunos trucos y, después de

• • •

varias horas, monedas, regaños y frustraciones, aprendió lo necesario como para enfrentarse con dignidad a su hijo. Llegó a su casa, lo llamó y lo retó a jugar. Condescendiente, el niño colocó el aparato en la televisión, tomó su control, entregó el otro a su padre y anunció triunfante: *prepárate para una paliza.*

El padre logró esquivar los golpes, saltar como nunca lo había hecho, colocar certeras patadas en el pecho de su adversario. El niño estaba desconcertado, su padre estaba a punto de vencerlo.

La madre llegó para avisar que la cena estaba lista, como ninguno de los dos le hiciera caso desconectó, sin titubeos, los cables del nintendo y, entre airadas protestas, padre e hijo se levantaron a regañadientes para ir al comedor. Sin darse cuenta, el hijo tomó de la mano al padre y un sentimiento enorme de ternura cubrió el rostro, normalmente feo, de Homero Simpson, mientras Bart contaba con entusiasmo en la mesa los resultados del encuentro deportivo. Pero te hubiera ganado, le dijo a un feliz y orgulloso padre, quien aceptó condescendiente el comentario de su hijo.

Verónica estaba impresionada, nunca había visto un capítulo completo de los Simpson. Le preocupaba reconocerlo pero, lejos de considerarla una caricatura mala, los esfuerzos de Homero le habían robado el corazón. La manera de presentar la relación familiar le recordaba mucho a sus propias reflexiones como madre de familia. Al día siguiente, prendió la tele para ver otro capítulo. En esa ocasión Lisa, la niña Simpson, estaba deprimida, y después de una serie de consejos paternos, pero sobre todo maternos, la madre aceptó la tristeza de Lisa y decidió acompañar a su hija en ese proceso antes que imponerle una felicidad forzada.

Verónica descubrió que no puede protestarse por todo. Hay de caricaturas a caricaturas y a veces la ficción resulta un buen camino para reflexionar acerca de la vida real,

concluyó Verónica, mientras masticaba un chocolate con la figura de Homero que su pequeño hijo le regaló.

TERRITORIO LIBRE

¡Cállese la boca!, si yo le dijera a Polo que me operé, me mata, ahí nomás, me mata. Pero yo ya no estoy para esas andanzas, cinco chiquillos, uno tras de otro, con esos tengo, le contó Lilia a su comadre. Cuando tuve a Juanito le dije al doctor que me amarrara pero que no le fueran a decir nada a mi marido, ya ve cómo son los hombres.

A veces como que algo se malicia porque se me queda viendo serio y me pregunta qué por qué no encargo, y yo me hago la loca y digo: pues ya ves, ha se de ser porque ya estoy vieja.

Lilia tiene 35 años pero el desgaste de su cuerpo la hace parecer mayor. Lilia no tiene tiempo propio, desde siempre ha vivido en función de los otros: su padre, sus hermanos, su marido, sus hijos. Pasó de la tutela paterna a la tutela de su esposo, y sus días transcurren entre las múltiples tareas que debe realizar para el bienestar de todos. A veces tiene la sensación de que algo va chupándola, consumiéndola, robándole la fuerza que por otro lado parece inacabable. Lilia siempre está despierta aun cuando esté dormida.

Hasta el día de su último parto, nunca había tomado una decisión por ella misma, sin consultar con nadie, sin explicar, sin dudar. La idea se fue abriendo paso poco a poco y, como no queriendo, en las consultas al médico cuando veía a las demás mujeres llenas de niños y de panzas y parecía que se veía a sí misma.

La imagen no le gustó. Se sintió humillada, utilizada, con miedo. Mientras aguardaba su turno escarbaba en su interior razones: ¿y si algo me pasa?, ¿y si me muero?, ¿qué va a ser de mis niños? Y se enojaba consigo misma porque sus miedos tenían siempre que ver con los otros, nunca con

ella misma, ni con sus propios deseos y opiniones. Lilia no habló con nadie, fue tragándose las reflexiones que le crecían en el interior al mismo ritmo que la panza.

El mero día de su parto le dijo al médico con una voz tan segura que a ella misma la sorprendió: sabe qué, me va a operar.

Saboreó su victoria, la pequeña operación había sido su único acto de rebeldía. Lilia se declaraba independiente. Sin que nadie lo supiera proclamaba su cuerpo territorio libre.

Y andaba ligerita, cantando, de buen humor. Hasta se animó a enfrentar a Polo su marido, y a decirle que no a sus hijos, a su suegra, a su papá. Lilia dejó de ser un mueble y nadie entendía el por qué de los cambios.

Su comadre rajó y fue y le contó a su propio marido, que a su vez se sintió en la obligación de contarle a su compadre de la afrenta. Solidaridad masculina que le llaman. Polo montó en cólera no por el hecho en sí, que él, a estas alturas, también estaba cansado y viejo, sino por el desafío a su autoridad.

En la camilla del hospital, en el frío pasillo, el neón ilumina la palidez de un morete que parece una mujer, cuya mueca misteriosamente semeja una sonrisa maliciosa.

Los médicos dictaminan, escriben: femenino que presenta contusiones múltiples, estallamiento de vísceras y claves indescifrables.

Las palabras no alcanzan a Lilia, por fin su cuerpo es verdaderamente un territorio libre.

EL RESPLANDOR AMBIGUO

Mi memoria más antigua me transporta a la cocina de la casa de mis padres donde, noche tras noche, acabadas las tareas del día, con un sentido ritual nos reuníamos a contar y a escuchar, a reconciliarnos con lo que éramos en aquel entonces, y a imaginar lo que seríamos. México era enton-

ces el mundo y la palabra; el viejo radio de bulbos nos congregaba como una hoguera y ejercía sobre viejos y jóvenes un encantamiento y una fascinación por la palabra. Tomás dice estas cosas mientras ve las noticias con su familia, cuando las pausas comerciales se lo permiten, con una especie de nostalgia y de tristeza.

Ahora nadie entiende nada, las cosas se hacen viejas antes de gastarse, todo resulta confuso y, por más que tratamos, no podemos retener el sentido de lo que está ocurriendo. En la tele un chamaco que parece a punto de llorar dice, sin decir, para que podamos interpretar; un secretario de Gobernación acusa, sin acusar, para que entendamos a quién van dirigidas las palabras y las iras gubernamentales.

Tomás, molesto, se acomoda en su sillón. No sabe qué le molesta más, si el espectáculo decadente de un sistema político que ya no da para más, o el poco respeto por la palabra que ha dejado de nombrar lo que nombra y, en un acto de prestidigitación política, arropa sentidos que percibimos amenazantes sin llegar nunca a saber por qué.

No papá, le dice el mayor de sus hijos, un novato inversionista de la bolsa, tú eres el que no entiende nada, las palabras son el oficio de los políticos; ellos son una especie de equilibristas y su arte consiste precisamente en el decir sin decir.

Pues a mí me vale madres, dice pragmática la hija arquitecta. Si se van a tirar a matar que se apuren, porque ya la están haciendo mucho de emoción y mientras nos está cargando el carajo a todos.

Shht, niña, no te expreses así, comenta distraída la mamá que históricamente se esfuerza por conciliar las diferencias entre Tomás y sus hijos. Yo también pienso como tu papá, pero también creo que son otros tiempos y que los recuerdos no pueden sustituir la vida. Lo que sea de cada quien se ve listo el chamaco, se ve seguro ¿no?, añade

• • •

como para restarle importancia a la nostalgia y molestia de Tomás.

¡Sopas! dice el inversionista, esa pedrada del pachoncito estuvo durísima, se van a ir sobre el chamaco.

Ahora es Tomás el que parece un espectador, mientras su familia discute e imagina lo que sucederá: que si cae Ernesto Zedillo, que si agarran a Carlos Salinas, que si José Córdoba Montoya vino a negociar en corto. La conversación se anima.

Tomás sonríe para sí, puede que, después de todo, aún exista esa hoguera en torno a la cual narrar y escuchar, aunque ya no se trate de las historias, las leyendas, los romances de sus tiempos de infancia. El acto es el mismo, crear ese espacio que nos reconcilia con la vida o, al menos, nos ayuda a soportarla.

Todos se han ido a dormir, Tomás se queda solo con la televisión prendida, con su resplandor ambiguo y seductor. Un símbolo en el que puede resumirse, y tal vez condensarse, el sentido de toda una vida.

CICLOS DE VIDA

Quitar el arbolito y el nacimiento es un ritual que la entristece, la llena de nostalgia, de sabores perdidos, pero sobre todo que la conecta con sus propios recuerdos. Muchas navidades han sido para Amalia fechas definitivas para el rumbo de su vida: hace 57 navidades perdió a su padre en la guerra civil española, lo que la llenó de rabia impotente y de un sentimiento de indefensión que, a pesar de su fortaleza, la ha acompañado desde entonces; hace 50 navidades Amalia llegó a México en busca de una tierra nueva para una nueva vida; entre el fin del tercer año y el comienzo del cuarto de su llegada, Amalia unió su destino al de Francisco, un mexicano que, además de adorarla, le devolvió una patria, le dio motivos para vivir, la "civilizó",

como él gustaba de decir entre risotadas cariñosas. Y fue también en una navidad cuando Francisco murió, arrancándole con su partida un pedazo de vida.

Con amoroso cuidado y con esas manos temblorosas pero expertas que dan los años, Amalia quita los foquitos. Los cristales multicolores la remontan a aquella navidad en que Francisco se le fue y las lucecitas quedaron encendidas un poco inútilmente (los colores, los sabores, carecen de sentido si no se aprecian en compañía, siempre ha pensado Amalia) pero, al mismo tiempo, eran lo único que tenía para confortar su soledad.

Pasado el funeral, Amalia se sentaba frente al árbol y contemplaba extasiada la luminosidad intermitente. Fielmente repetió esta operación durante varios meses hasta que sus hijos decidieron que se trataba ya de un ritual enfermo y hasta que el árbol, ridículo en el calor primaveral, perdió su dignidad.

Desde entonces, cada año se cumple el ciclo. Los amigos, los hijos, los nietos, los sobrinos, admiran el entusiasmo infantil con que Amalia prepara el escenario navideño y de fin de año. Su casa se llena de olores y emana un calor confortable que en torno a la vida adquiere sentido y recupera la magia. Es el tiempo de ir a los recuerdos, a la memoria que se ordena en relación con el presente, es tiempo de celebración y revisión. La navidad es una patria noble y generosa en la que todos caben; por sus rituales, todo parece posible una vez más.

Amalia ha entendido sabiamente que para que la magia funcione y del pasado venga la fuerza para el presente y el sentido del futuro, hay que cerrar los ciclos y, religiosamente, con todo y su nostalgia, el día de Reyes quita su arbolito, los adornos, el nacimiento, hasta que la casa adquiere su clima y su dimensión cotidiana. Amalia es una vieja sabia.

Terminada la operación limpieza, Amalia se dirige al hospital. Una nueva nieta acaba de nacer, llegó tarde y con

forceps, morada, por sus resistencias a salir al mundo. Amalia abraza a esta pequeña mujer y con la facilidad que tiene para las pequeñas grandes cosas de la vida, la integra a la celebración de su propia llegada. De Amalia, algunos de sus nietos han heredado el gusto por la celebración, por la fiesta, por los sabores. La bebida capta el calor y los olores del cuerpo de Amalia y la violencia de su nacimiento se transforma en felicidad. Amalia sabe, sin saber, que estos dos elementos, violencia y felicidad, son la síntesis de la vida.

EN BUSCA DEL TIEMPO PERDIDO

Inicia la cuenta regresiva, faltan pocos días. Se trata de un acto de poder absoluto: el poder del Estado para ordenar el tiempo de los ciudadanos. Adelantar el reloj no representa solamente un acuerdo en aras de la reducción del gasto energético, hay que leer ese acto como la más pura condensación de poder simbólico, escribe Andrés, historiador de los usos del tiempo.

Hubo una época en que las comunidades, alejadas unas de otras, ordenaban su vida en función del sol y de los ciclos lunares; más adelante fue la Iglesia con su presencia social la que organizó el tiempo de pueblos y ciudades a través de los campanarios; y luego vino el Estado y declaró la unificación del tiempo en el territorio bajo su jurisdicción. El tiempo es un recurso controlable.

Un largo mechón de canas cae sobre el rostro avejentado de Andrés, quien escribe a mano frente a una computadora apagada porque no ha tenido el tiempo de aprender a usarla. Mientras él se asila en su pequeño mundo, los demás miembros de su familia están ocupados en tareas distintas: para unos es tiempo de estudiar, para otros, de ver televisión. Todos, pendientes del reloj que dentro de poco marcará la hora para abandonar las actividades

individuales y dirigirse puntualmente a la cita cotidiana y colectiva.

Hay tiempo para la familia; hay tiempo para comentar o lamentar los sucesos pasados y futuros. Andrés siempre logra hacer un poquito de trampa y robarle unos minutos a ese tiempo colectivo. De hecho, Andrés es un ladrón de tiempo pero generalmente está en déficit, y vive con ese sentimiento contemporáneo de que no hay día que alcance ni jornada lo suficientemente larga para cumplir con la agenda. El tiempo es un recurso escaso.

A la hora de la cena, su hija más pequeña, al escuchar las disertaciones de su padre sobre el cambio de horario, pregunta que a dónde iría a parar la hora que se pierda con adelantar los relojes: si a la una van a ser las dos, perdemos una hora, ¿quién la guarda? inquiere. La familia entera se mete en una discusión filosófica acerca de la relatividad del tiempo. El hijo mayor, bastante más pragmático, está preocupado por las respuestas biológicas de su cuerpo, una hora de sueño es una hora, esgrime como razón ciudadana frente a la razón de Estado. Y todos interrogan a Andrés sobre su tesis del poder simbólico.

Quien controla el tiempo controla todo lo demás. Tiene el poder sobre los cuerpos, sobre las rutinas, sobre las rutas que deben seguir las personas: tiempo de estudiar, tiempo de trabajar, tiempo de procrear, tiempo de retirarse, tiempo de morir. El tiempo es un recurso monopolizable.

La hora colectiva concluye y cada quien se dirige a cumplir con los últimos rituales del día. Andrés regresa a su escritorio, rendija hacia el pasado y ventana hacia el futuro. Libros, enciclopedias, discos y fotografías marcan su propia temporalidad, pero Andrés sabe que su propia biografía temporal está indisociablemente unida al tiempo social de sus contemporáneos. Revisa sus notas y piensa que ojalá pudiera retrasar el reloj, arrebatarse unas horas para tener el tiempo de repensar el futuro. Inicia la cuenta regresiva.

• • •



Capítulo VI

Los otros y los sí mismos

SE TRATA DE UNA RIÑA

El mundo se oscurece a su alrededor, las voces y los ruidos suenan lejanos, absurdos, su cuerpo es un puro dolor. Bañado en su vómito está desmadejado sobre el charco que forma su propia sangre. Poco a poco se apaga el resto de conciencia, sabe que se va a morir y como una letanía repite para sí mismo "yo no debía estar aquí".

Mientras unas botas se clavan en su costado "para verificar su estado", el Güero reconstruye fragmentos de su vida.

Se acuerda de la noche del "ilícito", como le decía el abogado de los lentecitos de fondo de botella a la tarugada que lo llevó a la cana: el apañón, los gritos, los golpes, los insultos; del proceso que lo convirtió en recluso, de lo que tuvo que aprender para sobrevivir, y eso que el Güero no era para nada una blanca paloma. Pero allí en la cana, o sea en la peni, las cosas son muy gruesas: ora sí hijo de tu puta madre aquí te alineas o te chingas, le decían por igual custodios y reclusos. A los 22 años el Güero aprendía a someterse sin someterse, cada día vivido era un triunfo, una conquista sobre el caos, la violencia, el absurdo. Se iba

endureciendo mientras su cuerpo se llenaba de cicatrices y tatuajes.

Como un monje zen, el Güero aprendió el difícil pero necesario arte de separar la mente del cuerpo, de aislar el dolor; fue construyendo dentro de él mismo un nichito intocable al que nadie tenía acceso, ninguna humillación lo alcanzaba. Casi hasta lograba comerse el caldo asqueroso, simulacro de comida, con cierta dosis de alegría. Todo está aquí, les decía a sus compas del dormitorio (con capacidad para dos, pero donde "vivían" nueve) y con el dedo índice se tocaba la frente. Entre la raza el Güero era respetado. A pulso fue ganándose ese respeto: una punta en el abdomen de otro recluso, una golpiza a mano limpia en situación desventajosa. No, pos si yo estaba grueso, se oye mascullar al bulto sanguinolento, tirado junto a otros, en el traspatio del penal.

Se acuerda clarito de la Carmen, con su pelo negro y sus pantalones bien trincados. De los saltos que el corazón le daba cuando la morra pasaba por la esquina y, de todos, nomás a él lo miraba. De la declaración de amor, de los planes, hasta del pleito en el que la Carmen le tiró una plancha encima cuando se lo cachó en el primer robo, se acordó de todo en el último minuto.

Nomás lamentó estar bocabajo, ¡qué jodido!, pensó el Güero, no morirse de frente con los ojos abiertos, de cara al sol, hacerle una última pregunta a la gente que lo rodeaba. Pero, ni modo, como pudo se encerró en su nichito y ahí se fue muriendo despacito.

Afuera, Carmen esperaba, con el corazón encogido, una razón. Le decían que todo estaba bajo control. Mientras, en el radio los funcionarios del nuevo gobierno declaraban, a la antigua usanza, que se trataba de una riña, que todo era culpa de las drogas; que no podía ser la comida, ni las condiciones, y mucho menos la reducción de la dignidad humana. Para completar el cuadro nomás faltó que dijeran

• • •

que eran los intereses oscuros de minorías que pretendían desestabilizarlos. Siete reclusos habían cometido la ingratitud de morirse.

Y DIOS QUE NOS PROTEJA

Mientras contempla sus largas uñas rojas, Bertha le comenta a su amiga que qué barbaridad, que cómo ha cambiado la ciudad, ni qué esperanzas de que en sus tiempos se viera tanto maricón, ni tanta pornografía: has de cuenta que ya no se puede dormir tranquila por la noche, recita cadenciosamente. A este gobierno lo que le faltan son pantalones, es un es-cán-da-lo tanta corrupción, dónde quedaron los valores de la familia y de la religión, porque la religión siempre es un freno, dice convencida desde sus ojos verdes (herencia de su bisabuelo francés). Y añade, ya ves que Marthita se nos divorció y luego, la pobre, con ese hijo tan rarito, dicen que tiene sida, uy que horror, se sacude un escalofrío. Eso pasa cuando las familias se desintegran, cuando no hay una mano fuerte para controlar a los hijos, con tanto peligro en la calle, y luego las drogas, tanto degenerado y las muchachitas tan facilitas. Y luego, claro, los robos a la orden del día, a Marycarmen le robaron su cougart en lo que te lo cuento, si la gente decente ya no puede vivir aquí.

El dedo índice enrolla y desenrolla la larga cadena de oro que compró en su último viaje a Estados Unidos, donde hay divinidades, le dice a su amiga, pero, ya ves, ellos también tienen sus problemas, con tanto "negrito" y los homosexuales tan descarados, y las mujeres que nunca están en sus casas, por eso se está deshaciendo ese país y para allá vamos nosotros, fijate lo que te estoy diciendo, se están perdiendo los valores. Nada más ve un programa de la pelada esa, la Cristina, sacando los trapos al aire como si fueran una gracia, claro que es pura gente de clases bajas

• • •

la que se presta para ir a exhibir sus cosas, pero no hay derecho a que lo pasen por la tele. Mi prima me invitó a un grupo en contra de esas cosas y hasta fueron a hablar con el gobernador, pero a mí me da flojera. Yo le dije, mira yo los apoyo, y qué bueno que haya gente así porque están contra del aborto y de la inmoralidad, pero ya bastante tiene uno con el quehacer de la casa y las tareas de los niños, qué barbaridad.

No, si no gana uno para problemas y disgustos. El otro día, ahí enfrentito de la escuela agarraron a unos tipos vendiéndoles drogas a los muchachitos ¿tú crees?, lo más horrible es que se descubrió que unos niños de buenas familias eran los que metían las drogas a la escuela, que pastillas y marihuana, te imaginas qué vergüenza, ya no hay respeto en ningún lado. Por eso nosotros compramos la casa en ese fraccionamiento cerrado, con vigilancia y Dios que nos proteja.

Bertha recoge su bolso, da un beso en la mejilla de su amiga y emprende el viaje de regreso a su fortaleza. Por lo menos ahí, en la seguridad de lo privado, la certeza de que puede exorcizar a los fantasmas, ogros y engendros que amenazan su mundo, la mantiene optimista, a pesar de que las Cristinas, los Niños Canún y los directores hollywoodenses se las ingenien para traspasar la bien pagada vigilancia de su hermoso y bien cuidado fraccionamiento.

DEFENDERÁS LA TIERRA

Llegó a Guadalajara allá por los cuarenta, luego de haber vivido en varias ciudades de su nuevo país, el que le dio cobijo, y al que trajo, en un pequeño bulto, lo que quedó de sus sueños hechos pedazos. Conoció todos los cafés de la ciudad; en ellos fue aprendiendo a conjugar dos mundos: el de su tradición mediterránea y el de las tonalidades claroscuros bañadas por el Pacífico. Ahí frente a un negrísimo

express discutió, revisó, recreó, una y otra vez, con compatriotas y locales, los últimos minutos de la derrota a manos del franquismo, el futuro de México y su vocación democrática, domesticó sus maneras y, en cada sorbo, perdió seseos y descubrió nuevas cadencias.

José se construyó una vida en Guadalajara, se dolió con sus dolores, se alegró con sus hazañas, se enojó en silencio con las autoridades, y se aguantó las ganas de decirles unas cuantas verdades. José tuvo hijos mexicanos, algunos tapatíos, jinetes bifrontes que cabalaron en dos mundos: uno, el de la añoranza y la melancolía; otro, el de la vitalidad y la promesa.

José es un hombre de sueños ordenados y, pese a ello, apasionado e intenso; pero últimamente le faltan nombres para nombrar lo que ve, lo que oye, lo que intuye. José a veces piensa que la historia le ganó ¿cómo entender la Perestroika y la caída del muro del Berlín y el TLC y la televisión por cable?, ¿cómo entender el desperdicio de democracia, la violación sistemática de los derechos humanos, el neoliberalismo, el sojuzgamiento de los gobernados, los sistemas electorales computarizados? ¿Cómo?, él que vivió un mundo sin televisión, en el que valía la pena y era posible dejarse matar por un ideal. Últimamente José ya no calla tanto y escupe en el café toda su angustia: la corrupción y la injusticia, la mercadotecnia y la mentira, la indiferencia y el descaro.

José sigue atento las noticias, consume diarios y revistas, enciende su televisión puntualmente para morir de coraje con Televisa, se indigna con la corrupción internacional, pero siempre tiene un ojo puesto sobre su ciudad, que es más suya que si fuera un nativo. No es frecuente, pero hay ocasiones en que con discreción se limpia unas gotitas furtivas en los ojos cuando percibe la lucha de la gente, cuando escucha a sus conciudadanos reclamar por sus derechos.

Recibe una pequeña pensión del Seguro Social, para ir tirando, y no se queja porque José no olvida, ama a este país y a esta ciudad en la que instaló sus sueños y su vida. José y sus compatriotas están cansados, los últimos guerreros se dan ánimos, ahora frente a un agua mineral se prestan pistas para descifrar el mundo en un viejo café, se lustran la armadura para cruzar las tierras pantanosas del presente.

Poco a poco sus amigos se han ido, silenciosamente, pero el pacto les sobrevive: amarás esta vida, defenderás tus sueños, amarás a los otros hasta el sacrificio, defenderás la tierra por los siglos de los siglos. Los últimos guerreros están entre nosotros.

¿LLORA LA VIRGEN?

La menor de cinco hermanos, Angelita, nació en la Guadalajara de 1915, cuando la ciudad era chiquita y toda la gente se conocía. Hija de una mujer que se quedó sola con cinco hijos, ella también perdió pronto al padre de los suyos y tuvo que sacarlos adelante sola. Angelita recuerda los paseos dominicales al jardín de San Francisco y cómo, en la semana santa, los chiquillos iban a las casas y preguntaban ¿llora la Virgen?, sí, si llora, y les daban agua fresca. En ese entonces en la ciudad la gente era decente, bien arreglada y no como ahora que la familia está completamente desintegrada y, por el trabajo, los padres no tienen tiempo de ocuparse de sus deberes. Claro que no había la necesidad urgente de que trabajaran los dos, como ahora, dice Angelita.

En un viejo barrio de la ciudad, Angelita colecciona las fotografías de sus hijos y de sus nietos: de su pasado familiar. Una foto y un diploma de su padre, quien figuró mucho por su participación en la Constitución del 17, son recuerdos que atesora junto a la foto de su esposo. Angelita ha perdido pronto a los hombres de su vida, el destino se los arrancó:

su padre, sus tres hermanos, su marido, y los hijos que se le fueron, aunque, bueno, no se han ido.

Todos los días se levanta temprano y se va fresqucita a la misa mañanera. El día transcurre rapidito entre la oración, sus enfermos y la platicada con los vecinos, pero en las noches la soledad le pesa y no hay rosario que le alcance para aplacar el insomnio que la persigue. Ya fue con el chochero, con el médico, con el psicólogo, y nadie le atina a sus desvelos, que se van y regresan como la primavera.

Angelita es una cinéfila incansable, se sabe de memoria muchos nombres y películas, hasta hace poco le encantaba ir a la sala Greta Garbo con una vieja amiga. También es un archivo de información sobre la historia de la ciudad, la cotidiana, la que no pasa por los libros de texto. Se sabe al dedillo el origen de la fortuna de determinada familia, el secreto oscuro sobre el hijo ilegítimo de otra, los pleitos por herencias, las bribonadas de muchos políticos, los amores atormentados de una muchacha que en los cuarenta terminó de monja; pero Angelita piensa que la ciudad ya no es la misma, se han resquebrajado las costumbres, ya la madre no es el centro de la vida familiar ni anda con sus hijos, mucha mala influencia llegó con el crecimiento de la ciudad.

Con su pelo plateado y un paso inquieto, Angelita está contenta con su vida. Su viudez la puso a prueba, dice, había que salir y ella salió, sus hijos son gente de bien. Pero a veces Angelita se siente muy triste, tanta noticia, tanta muerte, tanta inmoralidad, que no encuentra ni manera de indignarse, todo se debe a que la gente se aleja de Dios.

En sus noches eternas, cuando la soledad le zumba en los recuerdos, Angelita revive a sus muertos: aquel gallardo hombre que en 1943 le cambió el apellido y le regaló dos hijos, se ve en aquel viejo rancho de su mamá (que ahora es una mina), y en las playas de Cuyutlán donde las muchachas tapatías soñaban en los hijos que tendrían,

cuando la vida era fácil de entender y las mujeres tenían muy claro su papel. Angelita llora silenciosamente, una imagen de la Virgen es testigo de su insomnio. La ciudad ya no es la misma.

LA VIDA TE DA SORPRESAS

Nunca ha podido superar la sensación de outsider.

Tantos años en la ciudad y cuando cree que nativos no son capaces ya de sorprenderla ¡zas!, un gesto, una mirada, una palabra, le recuerdan su condición de extranjera. Alejandra llegó del norte hace muchos años para estudiar, y terminó por quedarse. Recuerda sus tiempos juveniles y lo difícil que le fue entender la cortesía local, que ofrece para que uno no tome, que trata con confianza para que uno mantenga la distancia. Le costó trabajo comprender el peso de los apellidos en algunos sectores y la obsesiva búsqueda de un pariente común o, de pérdida, de un conocido. ¿Tú eres hija de fulana? o ¿prima de perengano? Alejandra tuvo que decepcionar a muchas mamás de sus amigas cuando confesaba que ni fulana era su madre, ni perengano era su primo. Pero seguramente conoces a sutano, es de tu tierra, volvían a la cargada, que no señora, no lo conozco. Con impactado gesto la señora volvía a sus actividades y, segundos después, había olvidado la plática y, de paso, la presencia de Alejandra.

Mucho trabajo le costó acomodarse a los patrones domésticos y privados de la ciudad. Ella que venía de una ciudad toda balcones y ventanas y volcada hacia afuera, tuvo que enfrentarse a las maneras sigilosas con lo desparpajada y poco prudente que era; tuvo también que saber de los besos en público y las críticas privadas, ella tan apasionada en sus pasiones y tan clara en sus odios. Varios errores y amistades perdidas le ensañaron la sutil diferencia entre lo que se dice y lo que se calla.

• • •

Pese a ello, Alejandra está contenta de vivir en la ciudad, ser una outsider le da ciertas ventajas, se divierte observando, pronosticando las reacciones. A través de ella, sus amigos se ven a sí mismos, incluso algunos hasta aceptan sus críticas y otros gozan con las descripciones que Alejandra, con absoluta, irónica y contundente precisión, hace de alguna situación que se vive en la ciudad. Con naturalidad de nativa se mueve a sus anchas en diferentes grupos.

Alejandra es discreta, pocas veces compara lo que haría la gente en su ciudad ante determinado acontecimiento. Entre esas pocas ocasiones, Alejandra, indignada, inflamada, comentó sobre las explosiones del 22 de abril, que era indignante lo que estaba pasando, pero más indignante lo que había dejado de pasar. Cómo es posible que la sociedad se trague semejante dictamen, dijo, y perdió la compostura en una reunión donde alguien le dijo, sin decirle, que *aquí* (el *aquí* subrayado) se considera de mal gusto desconfiar de las autoridades. Se sintió regañada y más extranjera que nunca.

Otro resbalón reciente, debido a que bajó la guardia y se sintió en confianza, fue su comentario sobre el ridículo retiro de los calendarios de la Trevi. De entre los rostros familiares brotó uno que no lo era tanto y casi le escupió su condición de extranjera, *nosotros* (el *nosotros* subrayadísimo) creemos firmemente en estas medidas y apoyamos a las autoridades. Se desató un debate, más bien tenso, sobre la posesión legítima de lo local, de tapatíos contra tapatíos, en el que ella prefirió mantenerse al margen. Se dijo a sí misma que el sombrero de trucos aún no se agota. Tapatilandia está llena de sorpresas.

SABE QUÉ MODO

Está como nostálgico. Se acuerda de la expresión que usa en broma una amiga, "estoy sabe qué modo", que le viene

bien para explicar el desasosiego y la sensación de no caber en ningún lado. Gilberto es un músico de corazón transformado en vendedor de tiempos compartidos por necesidad y por las circunstancias. Bajo su avanzada calvicie y su ropa convencional habita un rockero que, allá por el 68, creyó poder transformarlo todo y contra todo poder. Poco a poco fue entrando al redil y viviendo las contradicciones y conflictos de una homosexualidad no asumida que lo fue convirtiendo en extranjero de sí mismo. A costa de doblegarse, de disciplinarse como él dice, consiguió transformarse en un ser asexuado: en la metamorfosis se arrancó la vitalidad, los sueños, las esperanzas. Se prohibió a sí mismo ponerse en situaciones de peligro y eso lo fue llevando a un aislamiento de todo lo que antes había sido su mundo: sus compañeros de facultad, sus amigos músicos, las largas sesiones de discusión política y de lectura de poemas.

En su escritorio gris Gilberto piensa en lo terriblemente machista de ese mundo que abandonó, tan contradictoriamente lleno de prejuicios, la intolerancia setentera causó muchos estragos en gente como él. En el fondo, Gilberto sabe que no tiene remedio, que a estas alturas no puede enderezar el rumbo de su vida, está demasiado acomodado, por mucho que suspire y se imagine asumiendo los costos sociales de su sexualidad.

La mayor parte de su tiempo consciente, Gilberto no piensa en esto, está rodeado de buenas amigas con las que, desde la indefinición, comparte las preocupaciones cotidianas. Su ambigüedad también le permite contar con un sentido especial en su trabajo, es el mejor vendedor de la compañía, "psicología" les dice a sus compañeros, tiene un sentido agudizado a través del cual capta las frustraciones y deseos de la gente, eso es bueno para vender. Él dice que vende sueños, aventuras, posibilidades de vivir una vida distinta; mientras que sus compañeros venden intangibles pedazos de tiempo de un mismo cuarto, además, sin saber

• • •

explicárselo, las mujeres se sienten cómodas con él y los hombres no se sienten amenazados.

Los fines de semana, Gilberto hace dos pequeñas concesiones a su rutina. Los sábados asiste a diversos cafés o bares, y hasta se da el lujo de echarse un palomazo, es un excelente guitarrista; dos vodkas son la medida precisa para mantener el control férreo sobre sí mismo. Los domingos se va a desayunar a algún cafecito con tres periódicos y una revista, lee con avidez los comentarios políticos, subraya, hace notas, opina para sí mismo, para después echar todo al basurero. Terminado este ejercicio, Gilberto se transforma en el ser apacible de todos los días, un poco huraño (será por la soltería dicen sus compañeros) pero predecible, esto es lo que cuenta. Lo demás son patrañas.

Un bluesesito le martillea en la cabeza mientras atiende a la afortunada pareja a la que acaba de vender un tiempo compartido junto con la promesa de placeres inagotables.

PEQUEÑOS GODZILAS

El diminutivo forma parte fundamental de su lenguaje, especialmente cuando se siente incómoda. El mundo de Mary Carmen está organizado en dos grandes categorías: la de las personas decentes, de su medio, condición social y religión, y la del resto del mundo que se acomoda en una larga lista de diminutivos: negritos, cieguitos, jotitos, morenitos, inditos. Para Mary Carmen las cosas son blancas o negras, malas o buenas, decentes o indecentes; ningún matiz, ninguna duda enturbia la sucesión de días, ni la organización perfecta de su vida.

Mary Carmen fue educada para no cuestionar, para no preguntarse absolutamente nada, para serle fiel, sin titubeos, al sistema de valores que heredó junto con una casa, una cuenta en el banco y muchísimas relaciones. Pero curiosamente también fue educada para mandar en el

espacio íntimo de la casa, cada vez menos privado por el bombardeo de la televisión, del radio. Mary Carmen comanda en el reino de lo femenino, ahí donde un saber milenario organiza la vida cotidiana y hace fluir mágicamente las complicadas y nunca cuestionadas operaciones para mantener los hilos de la realidad real.

No es que Mary Carmen sea una mujer desinformada o chapada a la antigua, no, para nada. Lee, va al cine, ve 24 horas, hojea los periódicos, maneja coches y cuentas de cheques. Se emocionó con *Como agua para chocolate*; en voz alta dijo que "pobre mamá, con semejantes hijitas", pero en su interior algo se le desacomodó con los amores atormentados de la heroína. Nada grave, Mary Carmen está dotada de un mecanismo que la protege contra la reflexión. A salvo, vive con la confianza de los que creen poseer el saber auténtico, la única verdad incuestionable.

Sin embargo, transita con facilidad de la confianza al miedo, de la certeza al fanatismo, y hay momentos en que una gran duda invade su mundo equilibrado. Se siente amenazada, invadida, ultrajada, por esa larga lista de otros, que, no entiende por qué, se hacen tantas bolas con la vida. Su voz de mando interior la lleva a emprender cruzadas moralizadoras, atraviesa el umbral privado y se suma a la evangelización de los impíos.

Los niños, los jovencitos, las muchachitas, necesitan ser salvados de la duda, tal como ella fue salvada. Una única moral como escudo protector contra el sida, el rock satánico, el vicio, la degeneración, y contra el cuerpo como vehículo del pecado. Un escudo que protege simultáneamente contra la pobreza, la injusticia, la opresión. Curioso sistema de defensa el de Mary Carmen, que opera con alarmas ante ciertas situaciones y permanece mudo ante otras.

La moral pertenece a una esfera, la política a otra y "pobrecitos los inditos, ellos no tienen la culpa de haber nacido así, pobres e ignorantes" o "pobrecitos los niñitos migrantes, qué culpa tienen ellos de que sus papás se hayan ido a otro país".

Sin embargo, en su lenguaje, el superlativo (grado superior de significación del adjetivo y del adverbio) se echa a andar cuando se trata de las grandes ofensas que, desde su categoría diminutiva, esos otros emprenden contra el mundo blanco y negro de Mary Carmen y, entonces, de seres diminutos se transforman en monstruos horrendos que asechan en la oscuridad.

TESTIGO

Al atardecer se le puede ver en lo alto del edificio, como una figura más de los relieves que adornan la vieja construcción que pese al deterioro conserva una gran dignidad, igual que la de Adela.

No tiene edad, de ella se cuentan muchas cosas. Que era corista de un vodevil, que fue la amante de un teniente porfirista, la novia de un torero, el secreto amor de un abogado rico que se volvió loco por ella, que a su único hijo lo mató una tormenta eléctrica, que es rica, hija de un conde y que tiene el dinero bajo el colchón; también se dice que es pobre y que lo único que tiene es esa hermosa y extraña casa en pleno centro. Pero nadie sabe, a ciencia cierta, quién es Adela ni cuáles son los íntimos secretos que la animan.

A las cinco y media, sin faltar un día, Adela atraviesa los patios interiores de la casa tarareando una canción indescifrable, la misma siempre, saca del ropero un viejo y hermoso vestido rojo y unas sandalias de baile.

Con sumo cuidado se quita la bata de algodón con la que cada mañana va a la tienda de abarrotes a comprar las provisiones del día (Adela sólo dice las palabras exactas y estrictamente necesarias para poder sobrevivir, nunca llora en una ausencia voluntaria de lágrimas). De ella puede decirse que es una mujer derrotada pero no vencida, sola pero no abandonada.

Con la elegancia de una princesa y la sensualidad de una bailarina, Adela se pone su vestido y se coloca con trabajo las sandalias en los pies hinchados y agrietados. A las seis menos cinco ya está subiendo la escalera de caracol. Cuando en el viejo reloj suenan las seis, aparece digna y radiante en la azotea.

Con un rostro imperturbable contempla la ciudad como si se tratara de sus dominios. Su mirada se pierde hacia el sur en una confusión de antenas, cilindros de gas y ladridos de perros. Hacia el norte sus ojos rebotan contra el nuevo edificio que levantaron sobre los restos de la casa donde vivía la señora española que bordaba de maravilla, y la única con la que Adela se permitía un cortés intercambio de miradas, parecido a un saludo. Adela permanece inmóvil, sólo sus ojos giran y ocasionalmente se detienen en algún punto. A lo lejos un claxon enfurecido tapa momentáneamente el ruido de los carros, de la gente al pasar: habituales sonidos de la ciudad.

Como los ángeles que rematan las ventanas superiores de su casa, Adela parece una figura de piedra que algún bromista hubiera vestido para asustar a los transeúntes. Así permanece por una hora exacta, ajena a las miradas que algunos curiosos le dirigen, como los oficinistas del edificio nuevo. Cuando comienzan las campanadas de las siete Adela desciende por la estrecha escalera, y con el mismo amoroso cuidado se despoja de su atuendo, con su devastada belleza y su edad indescifrable. Al dar las ocho, ni un minuto después, en un viejo cuaderno como de antiguo

contable, Adela garrapatea con mano temblorosa algunas notas.

Los vecinos reportaron un olor extraño, así fue como los del edificio nuevo se enteraron de que la vieja loca del vestido rojo se había muerto dormida y con los ojos muy abiertos, como queriendo ver. Al lado de la cama encontraron un vestido rojo, unas sandalias y un cuaderno de notas que en la última página decía: "si cerramos los ojos no vemos las cosas que están frente a nosotros, hay que aceptar las consecuencias de no verlas. Si no hay sombras nada puede verse".

EL NORTE EMPIEZA AQUÍ

Silvia se decidió por fin, total, qué más podía perder. Durante los últimos cuatro años estuvo en diez ciudades distintas. A sus 25 ha hecho casi de todo: portera en un baño público de un mercado cobrando a peso, o a lo que sea su voluntad, un pedazo de papel de baño; repartidora de volantes en los cruceros; ha experimentado la asfixia de un traje deprimente de pollo de peluche; hasta intentó convertirse a una neorreligión con tal de que algo le dieran de comer.

Salió de su pueblo en la sierra de Jalisco junto con su padre viudo y dos hermanos. El dinero de la venta de las poquitas cosas que tenían les sirvió para instalarse, pero la ciudad no resultó precisamente un paraíso de oportunidades. Silvia descubrió rápidamente que ella y su familia eran extranjeros, que había fronteras y territorios vedados para ellos. A los pocos meses, su padre, un campesino recio, se fue secando y falleció de una bronquitis, aunque Silvia piensa que lo mató la desesperación y la tristeza. El hermano mayor se fue pa'l norte y ya no tuvo razón de él; el menor se metió en cosas de drogas y agarró su rumbo. Silvia se quedó solita y su alma y alguna que otra posesión: su acta

de nacimiento, el único documento que acredita que está viva, un viejo librito de geografía que le regaló su maestro de segundo año de primaria y que así como llegó se fue de la ranchería porque de plano no había condiciones para trabajar, y entonces Silvia decidió que tampoco las había para estudiar. Silvia también es dueña de unas manchas blancas en el rostro, ella ignora que son una marca de desnutrición.

La ciudad la expulsó. Decidió probar suerte, junto con una amiga, en otros sitios. Se fue a la mera capital y ahí tampoco encontró nada. Los caminos la iban llevando para el norte y ya en las meras puertas del país se consiguió el mejor trabajo que había tenido nunca.

Su turno en la maquiladora empezaba a las cinco de la mañana. Su trabajo consistía en coser los botones de un pantalón que se producía por miles. Tenía que pedir permiso para ir al baño y no la dejaban prender la luz para ver mejor por dónde entraba la aguja de la máquina. Media hora para comer, y a veces la jornada se prolongaba hasta 12 horas. Pero Silvia estaba contenta, tenía amigos y amigas, comida diaria y, por primera vez en muchos años, algo muy parecido a la seguridad. Desde luego la supervisora se lo hacía notar cada vez que Silvia, pese a lo dócil de sus maneras, intentaba protestar por alguna orden injusta. Todo iba bien, pero la empresa tuvo que cerrar. La crisis y todo eso, les dijeron, y como no tenía contrato pues se quedó sin indemnización; su acta de nacimiento resultaba poco útil en esos casos.

Algunos centavitos había guardado Silvia y tal vez por eso se animó a aceptar la propuesta de sus dos amigas: que vámonos pa'l otro lado y el compadre de Nacho se encarga de pasarnos en una camioneta, que él le sabe bien y que no hay problema, nomás hay que pagarle unos dolaritos y que si acaso nos agarran, cosa muy difícil, pos que él no se hace responsable.

En el camino iba flanqueada por sus dos amigas y apachurrada por la cantidad de personas que viajaban en la camioneta. Sudorosos y callados, temerosos y esperanzados estaban a punto de alcanzar la meta cuando una sirena irrumpió en el silencio. Silvia no cupo en su rancho, en su país. Pero ya sabemos que, en época de crisis, se levanta la veda de caza y se captura al chivo expiatorio.



Capítulo VII

De la inconformidad, la política
y otros malestares

PRIMERIZA

Es su primera vez, está que se muere de los nervios pero al mismo tiempo febril, animadísima. Imagina la situación, siente un vacío en el estómago, selecciona su ajuar: pantalones, le recomendó una amiga veterana. Todo está a punto, los hijos se fueron a la escuela y el marido al trabajo.

Sólo falta un detalle, Rita abre la alacena y contempla con mirada experta y extasiada los instrumentos de trabajo. Del conjunto selecciona tres sartenes, para reducir la indecisión. Siente especial afecto por uno viejo, de teflón, los frijoles quedan buenísimos. Se decide por ese. Toma una cuchara de madera, pero se arrepiente, seguro que esa hace poco ruido y mejor agarra la de peltre, azul y blanca. Ensaya: clang-clang. Los decibeles alcanzados la convencen. Recoge en el patio la manta que fabricó con sus hijos la noche anterior "Malestar para tu familia. No a las medidas económicas". Rita está lista.

Antes de salir se contempla en el espejo, no en un acto de vanidad sino en el intento de reconocerse a sí misma, de darse valor, de indagar en ese rostro los motivos que la llevan a la calle, a manifestarse por primera vez. Sale contando las

razones, una a una. La fuerza le va creciendo por dentro y, al mismo tiempo, una especie de serenidad le suaviza las facciones: "Ora sí, malditos. Ya estuvo bueno".

La ciudad le parece distinta, pero ella sabe que lo que cambió no es el paisaje sino ella misma. Se siente parte de algo que no logra formular con claridad pero que la hace sentirse responsable hasta del sol mañanero que le calienta la piel morena. Timbra en casa de su vecina que sale armada con cuatro cacerolas "por si hacen falta, no vaya a ser".

Se dirigen al lugar de la cita. Ajenos a la emoción que las sacude y embebidos en sus propios pensamientos sobre la macrocrisis, sus conciudadanos ignoran el paso de estas dos primerizas que se sienten casi heroínas y podrían jurar que "todo mundo" las está viendo.

Animadas por el ambiente combativo, Rita y su vecina toman sus posiciones. Entonan consignas, comentan animadas con una veterana el éxito de la convocatoria: pero a ver si salimos en la tele, si no hagan de cuenta que no pasó nada.

La comitiva oficial se acerca, hombres con guoquitoquis y lentes oscuros, como en las películas gringas, se mueven de aquí para allá, agitados. Alguien le dice a Rita, quien golpea desesperadamente su cacerola, que ahí va el presidente, ¡ahí está, ahí está! Rita queda como suspendida, a su alrededor todo se mueve como en cámara lenta, los señores de traje se están llevando a alguien. La señora Rita tiene miedo y la boca seca. Un joven reportero se acerca y le pregunta algo que no logra entender. Los ojos se le abren en un gesto de extrañeza, como si no fuera ella quien estuviera ahí.

Su vecina y la veterana salen al quite: porque mire, joven, ya estuvo bueno, ellos allá muy a gusto y aquí el pueblo pagando los platos rotos, y queremos informar a la

ciudadanía que no vamos a dejar de protestar, que ya no nos queda nada que perder, que ya las mujeres nos cansamos (y los hombres también, completa la vecina); y que agarren a todos los que han robado a este país y que el presidente nos escuche.

Como en un sueño, Rita escucha los gritos, se siente empujada. Descubre de pronto que está llorando, hecha pedazos, como los esfuerzos y los sueños de su familia. Amorosamente contempla su sartén favorito y un grito de coraje le cripa todo el cuerpo: ¡vayan y chinguen a su madre!

NO ES LO MISMO...

Carlos termina de dar clases y consulta su reloj, si se apura tendrá tiempo de terminar un artículo que debe entregar antes de irse a su junta ciu-da-da-na, la palabra le hace agua la boca. Qué bien se siente Carlos con su ciudadanía colectiva, no hay quien le frene el optimismo, ni crítica que le opaque el entusiasmo.

Su artículo versa precisamente sobre la irrupción de una sociedad civil más vigorosa, más pujante, retoma la teoría y usa como estudio de caso su propio grupo: verdadero paradigma del consenso, de los limpios intereses y de las convergencias democráticas. Al conjuro de su pluma todos los elementos se acomodan. Ninguna duda enturbia sus planteamientos.

Da algunos retoques a su texto y, satisfecho, hace una copia, una impresión y un respaldo. Carlos es un hombre muy ordenado y un poquito vanidoso, hace copia de todo para su egoteca personal.

Se dirige a su junta y, al llegar, se encuentra con otros ciudadanos que, como él, llegan temprano para alcanzar a comentar los acontecimientos recientes antes de que comience la reunión. Saluda y se integra a la plática.

Carlos debe presentar una propuesta. De su portafolio de piel negro salen papeles, fichas, una pluma fuente y un lápiz; está listo: "Debemos retomar la causa ciudadana..." y sigue. Se encuentra en su elemento, cada intervención le provoca un escalofrío placentero, hay tantos ciudadanos ávidos de escucharlo, y él se da vuelo en los conceptos claves, en los verdaderos problemas del estado, en la definición del carácter del grupo ciudadano. Explica prolongando los finales, las relaciones-sss entre la sociedad-ddd y el Estado-ooo, el desafío y el compromiso de ser un ciudadano-ooo. Parece niño con juguete nuevo.

Los asuntos sociales son siempre fenómenos complejos y terminan por convertirse en objeto de lucha por parte de diversos herederos que reclaman su parte, el enarbolamiento "legítimo" de una bandera. Carlos lo sabe, pero ahora su saber está al servicio de su grupo y, en todo caso, los marcos teóricos sirven para aplicárselos a otros. Este grupo, este "nosotros" sí es honesto y levantará la bandera ciudadana y todas aquellas causas que requieran de una voz colectiva, faltaba más.

La reunión concluye. Todos están muy satisfechos y cansados, realmente este quehacer ciudadano es un oficio complicado. Carlos guarda sus papeles y se despide de mano del ciudadano-ex diputado, del ciudadano-funcionario, del ciudadano-ex candidato a senador y de muchos otros ciudadanos, la mayoría con nombre, puesto y apellido, todos ellos interesados desinteresadamente en el bienestar de la ciudad, del estado, del país. De regreso a su casa, Carlos todavía siente la cálida palmada que le dio en la espalda el ciudadano-diputado o el diputado-ciudadano; como dice la canción de Silvio Rodríguez, que no es lo mismo, pero es igual.

PARA AHUYENTAR LA MUERTE

Cecilia está radiante, la vida le asoma por los ojos, se siente tan bien en medio de la multitud: las marchas son muy emocionantes. Últimamente le ha dado por participar en cuanta marcha hay en la ciudad; se trata de una vocación recién descubierta, darse calor, darse codazos, toparse con otros ojos iguales de radiantes, cómplices pues... estar-juntos le da vértigo. Piensa que todo lo demás en su vida es imperfecto y que sólo en estas manifestaciones alcanza la plenitud. No es que se conviertan en su refugio, no lo necesita, pero es que sentir cómo se pierde y se encuentra, qué curioso, en toda esa energía, la hace pensar que, después de todo, esta ciudad tiene remedio.

Ya se sabe los rituales, si se ha vuelto una experta marchista. En el fondo cada manifestación se repite y por eso resulta tranquilizadora, no hay quien pueda resistirse a esos sentimientos vividos en común. Cecilia a veces piensa que esas manifestaciones, con sus largas caminatas como preparación para ir creando el clima, y luego la llegada al centro y el acomodo y los saludos y los reconocimientos y los guiños y la suspicacia para intuir la presencia de "infiltrados" (ella no sabe bien cómo, pero siempre sabe cuando alguien nomás los está observando, para ir con el chisme, claro), todo eso es una manera de afrontar juntos la muerte, la presencia de la muerte. Y es que hay tanta muerte por todos lados. Se le hace chiquito el corazón cuando ve las caritas de los niños en la calle, vendiendo sus chicles o haciendo sus gracias para los automovilistas distraídos en sus propios problemas, y las venas se le hinchan de indignación cuando piensa en la estúpida y absurda muerte del cardenal y de los otros. Qué coraje que ya no mencionen a esa pobre señora con su sobrino ¿o su hijo? a los que mataron gratis.

Se pasma del cinismo y del silencio, nadie le responde por la golpiza de los damnificados, aquel día, después de aquella marcha tan bonita, tan solidaria. Se acuerda clarito de las canciones, de los niños jugando en la fuente, de lo justas que eran las demandas. De veras ¡cuánta muerte por todos lados! pero estando juntos somos fuertes, se dice.

Antes el centro no le gustaba, nomás cuando venía un pariente de fuera para hacerle la visita de rigor: que si el Hospicio, que si la plaza, que las calandrias. Pero le descubrió otra faceta y está segura que para eso hicieron el centro. Su hijo, que estudia arquitectura, le explicaba el otro día que eso de las plazas, en un principio, en otras civilizaciones, se diseñaron para hacer que los ciudadanos se encontraran y dialogaran entre ellos y con las autoridades. Qué chistoso que tantos años después aquí se reinvente ese estar-juntos, esa emoción colectiva de sentir que se participa de algún modo.

Cecilia tiene otro vicio recién estrenado: no pierde oportunidad de hablar al radio. Al periódico no escribe porque le da pena, a ella no se le dan esas cosas. Oye los noticieros, los programas, su imaginación se va detrás de los reporteros por las calles de la ciudad. Hay tantos jóvenes periodistas que se afanan con sus grabadoras y sus teléfonos. Le parecen como los héroes de sus cuentos de infancia, también le gustan mucho las muchachas de Radio Universidad, son bien entronas para las preguntas. Oye el radio y se le pone la carne de gallina de oír a la gente valiente. Luego llama y una voz muy amable le toma su opinión y ella opina y se extiende y dice, y oye que otros muchos como ella también dicen su palabra. Para Cecilia la justicia tiene que ver con su experiencia próxima, para ella no es un concepto abstracto. Los pies le duelen un poquito y amenaza con llover, pero aquí estamos, dispuestos a repetir una y otra vez este ritual para ahuyentar la muerte, se dice Cecilia.

LA COMPATRIOTA

Celia tiene varios años militando en la oposición. Dos veces ha cambiado de partido al ver traicionados sus ideales, pero ello no le ha restado entusiasmo, ni ha quebrantado su fe en la lucha partidista. El día del debate televisado Celia se reunió con varios compañeros para seguir en detalle el desempeño de su candidato. Sin demostrarlo, Celia estaba verdaderamente nerviosa. El corazón le latía como si fuera ella la que iba a aparecer por televisión. Desde temprano comenzaron a rerorrer diferentes canales y se encontraron con la imperturbable y eterna sonrisa de Lolita. Entró a cuadro la imagen del sorteo de los turnos de participación de los candidatos, con la voz (sonriente) en off de Lolita que no lograba entender qué era lo que estaba viendo y "ahora -decía la locutora- estamos viendo a tres personas que no sabemos quiénes son".

Es increíble, se indignó Celia, cómo es posible que alguien que maneja un noticiero no sepa quiénes son los tres negociadores de los candidatos. Tienen más de una semana saliendo en la prensa, por lo menos Aguilar Zinzer y Esteban Moctezuma, sólo este muchacho del PAN apenas apareció hoy, les dijo enojadísima Celia a sus compañeros. La espera se vio compensada. Con su gesto de siempre apareció su gallo, ¡que hombre tan sobrio!, comentó entusiasmada Celia. Tras él, Ernesto Zedillo con su sonrisa de millón y un chiflido salió de manera espontánea del pecho de la militante. Finalmente apareció Diego Fernández de Ceballos, ¡míralo, si parece emperador! La cosa se anima.

Celia iba poniendo nerviosos a sus coespectadores: ya se le olvidó, ay pero por qué está nervioso, eso, muy bien, le faltó decir esto, ay diosito, por qué no le contesta, que no lucren, mira quién es el que está lucrando. A lo largo de hora y media Celia transitó por todos los estados de ánimo posibles, desde la euforia hasta el desánimo total.

Pero fue el más claro de los tres, fue la conclusión de los presentes en esa sala del sector Juárez. El rostro de Zapata en un gigantesco cartel atrás de la televisión parecía dirigirles una mirada crítica. Celia apuró el último sorbito de ron que le quedaba y se dispuso a asistir calmada al posdebate. No lo logró, echaba espuma por la boca.

Los días han pasado y Celia no termina de saber qué opina, está escindida entre su disciplina partidista y la autocritica que le brota de forma natural. Mientras son peras o son manzanas hay que reconocer que son tiempos nuevos, se dice Celia. Por lo pronto hay que aprender a usar los medios. Con su característico activismo Celia ha emprendido una nueva tarea. Anda a la caza de un curso, de un diplomado, de lo que sea, con tal de que le enseñen esos secretos de la tele que cuando se es espectador "nos pasan de noche". Ha comprado libros y revistas sobre el tema y ha iniciado toda una campaña entre sus compañeros, para motivarlos. Este asunto tiene su chiste, repite a quien quiere oírlo.

Anoche Celia tuvo una pesadilla.

Se soñó a sí misma dentro de un monitor impartiendo en ocho minutos el curso "Campaña política a domicilio. Todo lo que usted quería saber sobre la TV y nadie pudo decirle antes del debate"; una voz en off insistía en presentarla como la "compatriota Celia" y una fuerza invisible le impedía argumentar que ella era apenas una ciudadana preocupada. Hoy Celia decidió posponer sus cursos de comunicación masiva.

EL ZAPATOUR

Benito no cabe en sí de gozo. Experimenta una mezcla de orgullo con protagonismo sin público. Por un escaso margen resultó elegido como delegado para participar en la Convención Nacional Democrática. Sintióse mártir de

la democracia preparó su viaje a la Selva Lacandona como si se tratara de una expedición al Congo (hasta una brújula que nunca sale de su caja nueva formaba parte de su completo equipo). Se sintió perseguido y señalado, víctima de infames conjuras que él, estoico, resistía.

Un gafete blanco, de delegado, con fotografía de maquinita, colgaba de su cuello. Benito se perdió entre la multitud que portaba gafetes blancos (delegados), amarillos (observadores), naranjas (invitados), rojos (prensa), verdes (seguridad) y morados (organización). Pero él se sentía especial, listo para cumplir con su misión histórica. Nada enfriaría su entusiasmo.

El larguísimo viaje hacia la selva trajo hambreados a los convencionistas. Una señora de Guerrero sacó de su morral milagroso pedazos de tortilla que embarró con salsita casera para que todos, hasta el chofer del microbús, aplacaran momentáneamente el hambre. Un campesino de Yucatán regaló agua de su improvisada cantimplora a sus compañeros de viaje. Mientras que de la mochila de alta montaña de Benito salían, a escondidas, galletitas, pasas y agua europea. Nadie sabía lo que pasaría en la Selva, Benito prefirió ser precavido y administrar sus provisiones.

Benito siempre fue precavido. Escogió un buen lugar para instalar su casa de campaña, donde cabían tres, pero prefirió permanecer solo. Se alejó de su delegación y apartó un lugar en el mero centro del "auditorio", para tener buena visibilidad. Durante la tormenta Benito salió disparado rumbo a su propio refugio, su casa de campaña resistió el aguacero y desde adentro escuchó los gritos, vio pasar las luces de linternas que buscaban náufragos y damnificados, hasta que el dulce sueño lo venció en la comodidad de su sleeping bag.

Por la mañana Benito lucía radiante, fresco como lechuga. Con su cámara automática (recién comprada) fotografió el fascinante espectáculo de Eugenia León que encabezaba

el enrollado de los tramos del gigantesco toldo arrancado por la lluvia. Capturó para su archivo personal a los zapatistas haciendo guardia frente a la biblioteca y, sin ningún pudor, le pidió a un apresurado transeúnte que le sacara una foto junto a "dos compañeros zapatistas". Benito saboreó con anticipación los rostros de sus amigos cuando lo vieran al lado de esos pasamontañas y se dio el lujo de rodear con sus brazos a sus pacientes anfitriones. La escena era digna de Disneyworld, sólo que ahora en vez de Mickey Mouse y Tribilín los personajes eran los zapatistas.

El zapatour ha valido la pena, Benito atesora las pruebas objetivas de su viaje. Mientras sus amigos lo interrogan sobre la experiencia, Benito suspira cansado y dice: lo más bonito fue la solidaridad.

EL GATO

No puede explicarlo, las palabras resultan insuficientes, no encuentra un nombre adecuado para definir lo que le pasa: un desánimo se le ha instalado por toditito el cuerpo y no puede mantenerse concentrado en ninguna idea. Tristeza y dispersión, esos son los síntomas, pero Jaime sabe que es una especie de depresión postelectoral. Le sirven para muy poco los análisis que lee, ve y escucha. Las reuniones de cuates donde todos teorizan e intentan explicar lo que sucedió. Jaime no entiende nada, o no quiere entender nada. Está cansado. Se rasca la incipiente calvicie mientras contempla los carros que pasan, indiferentes, por Chapultepec. Otro trago al cafecito para darse ánimos, para luchar contra el contagio, porque esto de la depresión postelectoral es como un virus, explica Jaime a su interlocutora: te desmadra el sistema, te borra archivos, te implanta memorias que no son tuyas, disminuye tu velocidad de procesamiento, te ocasiona un caos que ni para qué te cuento.

Hay que sobreponerse, dice enfático el ciudadano Jaime, la cosa es no perder el empuje, mantener abiertos los canales de participación, ca-pi-ta-li-zar la experiencia, añade con tono de maestro. Cualquiera pensaría que Jaime es militante en un partido de oposición, pero no, Jaime es un abogado independiente y observador electoral, un ciudadano inquieto en favor de la democracia.

La cosa está bastante complicada, abunda Jaime mientras da el enésimo trago a la quinta taza de café, porque no hay de dónde agarrarse, todo está muy bien aceitado, lubricado; todo listo para los próximos cinco años y vuelta a comenzar. Los que contradigan la limpieza electoral luego van a ser acusados de violentos, de transgresores cuando menos. Ya estamos viéndolo ¿no?, se pregunta y se contesta Jaime. Mira, estas elecciones se ganaron en la tele y mucho antes del 21, pero muchos nos fuimos con la finta.

Jaime sonríe y comparte su idea: no sé porque me acordé de la película del fortachón éste, el Silvester Stalone, la de los precipicios *¿Riesgo total?* ¿Te acuerdas cuando la chava, al principio, tiene que atravesar en una cuerda el precipicio? Se veía gruesísimo para abajo ¿no? Pues así es esto, la cosa es aventarse y no mirar para abajo. A lo mejor nos falta músculo y entrenamiento, a lo mejor nos ataca el mal de altura, pero ya encarrerado el ratón...

ESPERANDO LA LLUVIA

¡Já y ora resulta!, qué vueltas da la vida, nomás faltaba que ahora criticar las acciones del gobierno equivalga automáticamente a ser del PRI, dice acaloradamente Julio. La mera verdad yo creí que este asunto de los grupos oscuros que intentan desestabiliz: a los pobrecitos gobiernos era argumento patrimonio exclusivo del Revolucionario, pero ya está visto que al poder, sea del color que sea, la crítica le molesta muchísimo y detrás de esa interpretación, la de los

complots desestabilizadores, hay una desconfianza básica del gobierno hacia sus gobernados, incluso hasta un menosprecio. ¿Qué ningún grupo puede plantear una crítica honesta y una molestia genuina sin pretender tomar el poder?

Qué no quedamos en que la sociedad no era la misma, y que había madurado, y que era más participativa y que las hilachas. Pues esa madurez no se expresa sólo en la participación electoral, o en el voto cuando me es favorable, caray. Y perdóname porque estoy muy enojado, dice Julio. Hasta a ti parece como si se te hubiera olvidado de lo que nos pitorreábamos con las interpretaciones de Cosío Vidaurri cuando tenía la Plaza de Armas llena, un día sí y otro también. ¿A poco ya se te olvidó aquello de "que si me quieren desestabilizar y que si las minorías oscuras y que yo pobrecito"?

...No, no, no, esa es otra cosa. Es muy distinto que los partidos políticos capitalicen la inconformidad ciudadana ¿a poco el PAN no lo hizo, no lo hace?, ¿pues cómo crees que ganó entonces?, eso es parte del juego político. Y yo creo justamente que ese es el problema, que a los partidos, y no nomás en México, les falta estar cerca de los problemas reales de la gente, representarla, asumir las causas. Los partidos sí que andan tras el poder, ese es su objetivo y tarugos serían si no "descifran los signos de los tiempos". Una cosa es oportunidad y otra oportunismo, y eso es totalmente discutible, pero de eso a ver moros con tranchetes en cualquier manifestación ciudadana, en cualquier crítica, hay una diferencia enorme.

Qué lástima, porque un gobierno que no oye las críticas se va volviendo insensible, pierde el termómetro y aquí la cosa, querido amigo, es que el PAN ahora gobierna para todos, no nomás para su 46% o para los que defienden a toda costa lo indefendible.

• • •

Nadie es inmune, como dijo un periodista, ni infalible. La única opción es entrarle al debate con seriedad. La ausencia de crítica en una sociedad tan compleja como ésta sería mal indicio. Los tiempos han cambiado y tratándose de las relaciones entre gobierno y sociedad, no es para nada lo mismo una relación respetuosa que una relación obsesiva. Si caemos en la trampa de pensar que por el mero cambio de estafeta estamos salvados, estamos haciéndole el juego a la inmovilidad, al conformismo, a una sociedad sin voz.

No se vale que los mismos gobernantes que elogiaron la capacidad ciudadana, la participación, la defensa activa de una dignidad continuamente atropellada, ahora le escamoteen a esa misma ciudadanía su mayoría de edad para pronunciar en voz alta sus desacuerdos.

...Por supuesto que sí, el riesgo de abrir canales de comunicación, de diálogo, de debate, es que se filtren toda clase de posturas, pero es un riesgo que hay que correr. Al fin y al cabo esa es la democracia ¿qué no? Añade convencido Julio, mientras muerde su paleta de limón que atenúa la espera de las lluvias.

SISTEMAS INCOMPATIBLES

Se le desconfiguró el sistema, otra vez. La rutina es la de siempre. Pese a lo complejo y a la diversidad de opciones, Luis recurre invariablemente al mismo programa para procesar cualquier tipo de información, ya se trate de textos, de números o de algo más complicado. Recibir los datos y someterlos a un procedimiento establecido y extraer del proceso una verdad incuestionable.

Abrir archivo, guardar archivo, la fórmula es simple pero segura.

Luis ignora olímpicamente la barra de herramientas, son sofisticaciones innecesarias. Su método infalible le ha valido

ascender en la escala burocrática y hoy día desde su cómoda silla ya le toca tomar decisiones. Entusiastamente hace clic en varios archivos: raves, rock, tecno, jóvenes, bebidas inteligentes. El sistema se sobrecarga, la capacidad para correr simultáneamente tanta información requiere de un equipo más potente. A pesar de eso Luis continúa con su rutina: hace doble clic en el comando importar y abre una aplicación. La pantalla despliega un listado automático: variables imponderables para la evaluación de las buenas costumbres.

Con dificultad el programa empieza a operar y una serie de signos incomprensibles van apareciendo en la ventana derecha de la pantalla: @@#\$%&'(), etcétera. La aplicación no reconoce ninguno de los datos. El disco duro está saturado y envía con desesperación un mensaje: precaución formato de archivos incompatible, mismo que Luis decide ignorar ¿cómo le va a ganar la complejidad del asunto? El proceso continúa y, minutos después, Luis llega a una conclusión lógica: lo que no se entiende es malo de entrada y, orgullosamente, con ese cosquilleo de misión cumplida y la absoluta certeza en su infalibilidad burocrática, acciona el comando cancelar.

Mientras esto sucede, en otra parte de la ciudad, Norma contempla con nostalgia a su hijo de 18 años. Hoy es noche de rock, todo está a punto: la camiseta negra, el arete que en días de clase desaparece, las botas de piel y el entusiasmo renovado. Norma sigue atenta los preparativos, anda sensible, como a flor de piel. El encuentro reciente con sus compañeros de secundaria la colocó en el túnel del tiempo: se le vinieron de golpe los días en que todo era una promesa, las noches de luz negra y la voz de Lennon que desde un stereo sin ecualizadores repetía incansablemente "let it be". Todo es tan diferente y, al mismo tiempo, nada ha cambiado. La vida se hace de esos circuitos en que nos construimos a nosotros mismos con música de fondo.

Con cuatro rockeros a bordo, Norma reconstruye el pasado en el viaje de aventón al concierto y llega a una conclusión lógica: para cada etapa una rola, para cada beso una tonada.

El letrero de "clausurado" tal vez indigna más a Norma que a los rockeros que siempre se las arreglan para saltar obstáculos y prohibiciones, convertirlos en ingredientes para aderezar la aventura de ser joven.

La indignación da paso al desconcierto. No entiende, pero quiere entender y escuchar razones.

TORMENTAS CITADINAS

Sergio está cansado, Sergio está decepcionado, Sergio está harto de la burocracia, de que las cosas se atoren porque les falta una firma, un sello. Pero más coraje le da que algunas denuncias no procedan porque los involucrados están cerquitita del poder, porque son parientes o porque son funcionarios, justificaciones no faltan.

Mientras espera que la tormenta amaine y las corrientes disminuyan, Sergio observa con atención desde su coche los movimientos a su alrededor: un hombre intenta desesperadamente cruzar la calle y, en un gesto absurdo, se levanta los pantalones ya empapados; unos adolescentes en bicicleta navegan divertidísimos las corrientes, ajenos al peligro o, más bien, desafiándolo; una joven mujer se refugia inútilmente bajo una sombrilla, con un gesto de falsa resignación, el rimel le corre hasta la mejilla y Sergio piensa que con toda seguridad está llorando. ¿Y quién no tiene ganas de llorar con esta tormenta?, concluye Sergio.

Tantas denuncias acumuladas, recomendaciones no seguidas, expedientes perdidos. Y ellos, ahí, al pie del cañón, pidiendo, presionando. Alimentándose de la esperanza compartida de que todo puede cambiar, ser mejor. Robán-

dole tiempo a la rutina diaria para salvar unas horas del día en pos de los derechos humanos.

El caos crece por el diluvio. Dicen que invariablemente se presenta por el oriente, que los relámpagos son anuncio de su presencia, que es bondadoso y ecuánime, que sabe cuando castiga y que se hace presente cuando se le necesita: "Tlalokzin, Tlálok, gran señor de las aguas". Sergio no sabe por qué recuerda de repente el viejo poema náhuatl, será porque la tarde se presta para otro estado de conciencia. Será porque a pesar de su poder destructor el agua que cae en la ciudad es, como decían "los venerables ancianos" del poema, "espejo de las esencias" y nos da lecciones de vida.

Sergio sonríe melancólicamente, la ciudad es así. La tormenta como una metáfora del exceso, del todo sucede y sin embargo... nada de flujos rítmicos, sólo espectaculares aguaceros, después, siempre la calma.

Las alcantarillas engullen las corrientes, poco a poco todo vuelve a la normalidad. Mañana, seguramente el reporte de daños, y vuelta a comenzar.

Sergio se pierde en la ciudad, y en sus pensamientos va extinguiéndose un poema: Vinimos del agua/ somos del agua/ somos de la gran venerable agua/ de lo sagrado somos de la gran agua/ loemos a la gran agua/ (ueyi atzintli ti kuikatikakan).

La tormenta de hoy ya terminó.

Índice

Prólogo a la primera reimpresión, Jean Franco	1
Crónicas de la diversidad y la unidad, Carlos Monsiváis	9
Capítulo I	
La ciudad y los jóvenes	15
Dónde quedó la esperanza	17
La decisión de Sofía	19
Con el viento en las venas	21
Vibraciones positivas	22
Cruzado crónico	24
Por si acaso	26
Universidad callejera	28
Ternerita sagrada	30
Fast food	32
Un beso buena onda	33
La mirada	35
Los exiliados	37
Fantasmas ciudadanos	38
Anónimos viajeros	40
¿Pos qué está pasando pues?	41
Los caracoles	43

"Aunque me den con la mano del metate"	45
Operativo de rutina	47
Rituales como besos	49
Natural born diler	50
Que al cabo así es la vida	52
Los rechazados	54
Murió... ¿por la patria?	56
De miedos y alas	57

Capítulo II

La calle y otras ondas	61
Tránsito de historias	63
Septiembre	65
La feria	66
Lo que de plano nos amuela	68
Lavar los miedos	70
El otro lado	72
Pachamama (Madre Tierra)	73
Antes del libre comercio	75
Acá, arriba	77
Inventarios	78

Capítulo III

Los oficantes	81
Presagio	83
Sí, licenciado	85
Ni para cuándo acabar	87
Al que madruga	89
Carlitos y el guardabosques	90
Una opción profesional	92
Dejar caer los brazos	94
Lo que revela el develamiento	96
Su andar juntos	98
Los viernes de Virgilia	100

Creo, porque es absurdo	101
Sangre por sangre	103
Un altar necesario	105
El nagual y el tonal	107
Especies de extinción	109

Capítulo IV

Sobrevivir y otras metáforas 111

Regreso al futuro	113
Qué difícil ser sola	114
El gozo del consumo	116
Cochambre	118
Fuego nuevo	119
Espéreme tantito	121
Los fantasmas no existen (hasta que prueban lo contrario)	123
De fechas y calendarios	125
Cuestión de lógica	127
Cuatro mujeres y un ritual	129
De hadas, ades y udis	130
Los olvidantes	132

Capítulo V

Memorias de la intimidad 135

Con sus manos de maga	137
Carta pospuesta	139
Hoja de vida	141
Mundo interior	143
Nomás por hoy	144
El infierno no siempre son los otros	146
Los esfuerzos de Homero	148
Territorio libre	150
El resplandor ambiguo	151
Ciclos de vida	153
En busca del tiempo perdido	155

Capítulo VI

Los otros y los sí mismos 157

Se trata de una riña	159
Y Dios que nos proteja	161
Defenderás la tierra	162
¿Llora la Virgen?	164
La vida te da sorpresas	166
Sabe qué modo	167
Pequeños godzilas	169
Testigo	171
El norte empieza aquí	173

Capítulo VII

De la inconformidad, la política

y otros malestares 177

Primeriza	179
No es lo mismo...	181
Para ahuyentar la muerte	183
La compatriota	185
El zapatour	186
El gato	188
Esperando la lluvia	189
Sistemas incompatibles	191
Tormentas ciudadinas	193

Ciudadano N.
Crónicas de la diversidad
(primera reimpresión)

se terminó de imprimir en octubre de 2003
en los talleres de Editorial Pandora, SA de CV,
Caña 3657, Guadalajara, Jalisco, México, CP 44470.
La edición, que consta de 1,000 ejemplares, estuvo a cargo de
la Oficina de Difusión de la Producción Académica del ITESO.

Ciudadano

N
Tempos de la

diversidad

Ciudadano N nace de un ejercicio periodístico y adquiere vida propia en el intenso diálogo con los lectores. Es un mapa-documento en el que las personas no se agotan en una sola de sus características: la historia personal es más compleja. No solamente se es joven o mujer, indígena o blanco, católico o mexicano. *Ciudadano N* es una cartografía de las pertenencias, diversas, contradictorias, dramáticas y lúdicas. ¿Quién soy? ¿quién es el otro? en un juego de espejos, de identificaciones y diferencias.

Este libro se inserta, a partir de una escucha atenta, de una etnografía de inserción profunda, entre los diferentes "dialectos" que organizan los saberes y el sentir cotidianos. En buena medida se trata de un texto "bilingüe", en el sentido de que aspira a articular dos lenguajes, el de una antropología de la comunicación y el del habla operada por los muchos diversos que desplazan y transforman las palabras para narrar el mundo próximo y lejano.

No se trata entonces de un discurso ortodoxo, no sigue una arquitectura antropológica pero tampoco se abandona a la ficción: cada uno de los relatos es "real" a su modo. Es un discurso que se acerca a "la moderna tradición" de los estudios culturales en lo que se refiere a la inestabilidad de las disciplinas. Se trata, en síntesis, de relatos que aspiran a consignar la vida en la contradictoria complejidad de su simpleza. Es un texto cuyas tensiones no tienen solución.

ROSSANA RICUELLO es mexicana. Doctora en ciencias sociales, con especialidad en antropología social. Autora de varios libros y artículos cuyo tema central ha girado en torno a las identidades sociales y a las culturas urbanas, por los que ha recibido premios nacionales e internacionales. Ha sido profesora de varias generaciones de comunicadores; su pasión por la docencia corre paralela a su trabajo de investigación y a la búsqueda constante por nuevos lenguajes expresivos.



97896851087100